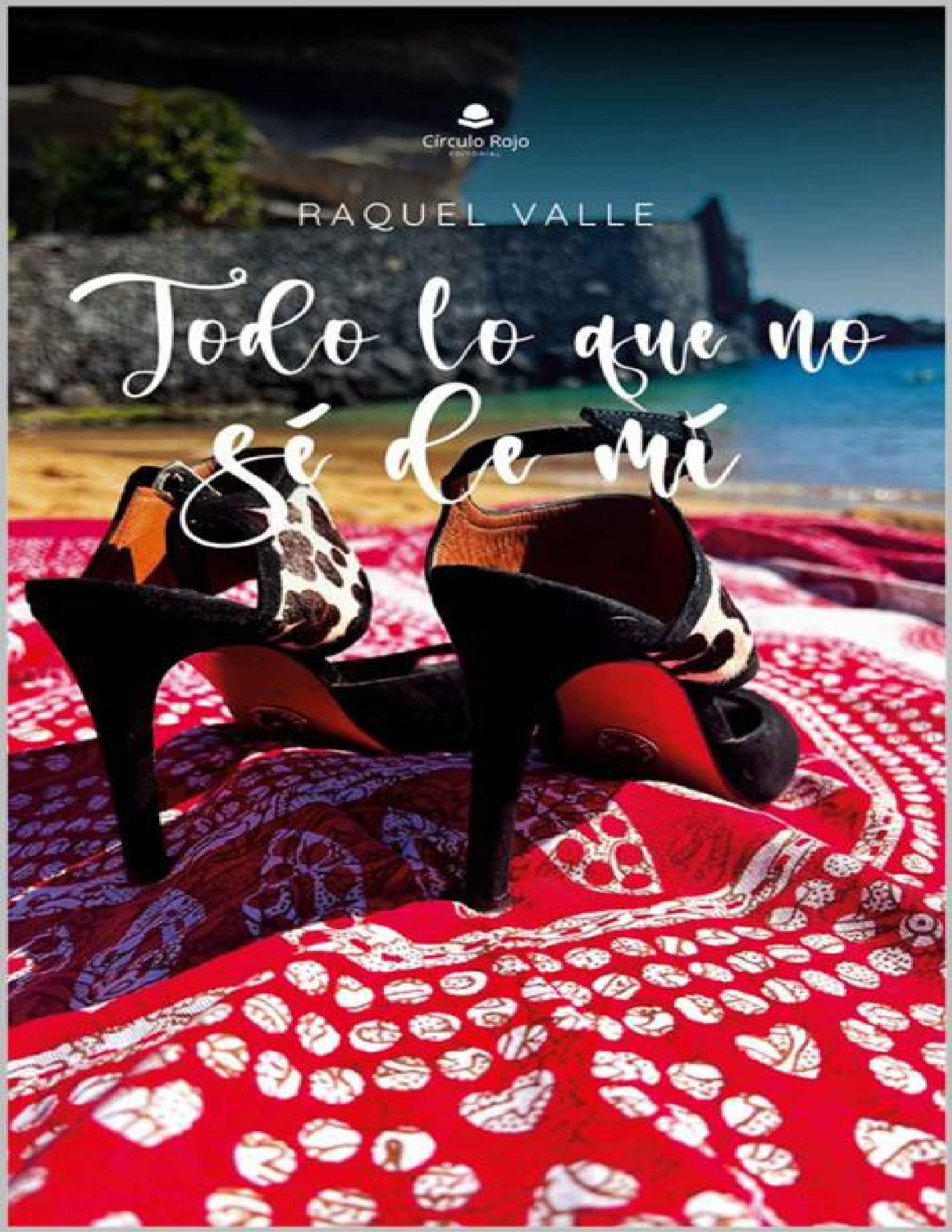




Círculo Rojo
EDITORIAL

RAQUEL VALLE

Todo lo que no sé de mí





Círculo Rojo

Todo lo que no sé de mí

Todo lo que no sé de mí

R

Raquel Valle

Primera edición: octubre 2023

Depósito legal: AL 2390-2023

ISBN: 978-84-1199-056-1 Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Raquel González Valle

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularrojo.com

info@editorialcircularrojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

A mi madre, por ser mi faro en la tormenta. A mi padre, por enseñarme que hay hombres buenos en el mundo. A mi hermano, que consigue manifestar mis luces y mis sombras. A mi abuela Tina, por cuidarnos a todos. A Lourdes, que siempre tiene las palabras correctas. A Sabina, que, aun siendo la más pequeña, tiene mucho que enseñarnos. Y, por supuesto, a mi abuelo Felipe, al que le prometí escribir nuestro apellido hasta en las estrellas.

CAPÍTULO I

—¡Esa niña se va a ahogar!

La playa entera se había puesto en modo alerta cuando decidí quitarme el flotador y tirarme al agua. Mi padre me observaba asombrado desde la orilla, siendo protagonista de uno de mis primeros logros personales. Tras dos veranos enseñándome a nadar, me cansé de colocarme nuevamente aquel plástico en la barriga y decidí debutar en solitario.

—La próxima vez avísame. No quiero que te pase nada, Lucia. —Mi padre me cogía en brazos envuelta en la toalla de playa, como si de un burrito mexicano se tratase.

—Ernesto, no sé qué vamos a hacer con esta niña. —El cigarro se consumía a gran velocidad entre los labios de mi madre, intentando calmar su nivel de ansiedad.

En el mes de diciembre de 1989 nací en la ciudad de Procida, una isla napolitana formada por lava, playas azabaches y ahogados senderos. Mi madre quería llamarme Olaya no tanto por su significado griego, sino por su amor incondicional a las olas y a la playa en la que alguna vez había sido inmensamente feliz. Para immortalizarlo se había tatuado un ancla en su tobillo derecho, trazando con tinta en su propia piel su necesidad de ser libre y aferrada al mismo

tiempo. Aunque realmente se había anclado en una vida que no le hacía feliz.

Mi infancia estaba hecha de pedacitos de felicidad, alojada en aquellos días de verano, en los que durante las tardes reinaba el salitre. Tanto Procida como yo éramos conocidas por nuestra alegría y color, dentro de una familia que se reducía a una escala de grises. Éramos, por imposición, una generación de médicos, por lo que no se esperaba de mí otra cosa que continuar con una tradición marcada por una educación conservadora y severa. Era un misterio descifrar de dónde había surgido mi vena artística.

Con la puesta de sol, las notas musicales comenzaban a emerger e inundar las fiestas del pueblo, mientras yo creaba mi propio escenario y actuaba como telonera en el patio frontal de mi casa. Componía mi propia escaleta, perfectamente organizada y sincronizada, como si se tratase de la programación de animación de un hotel. Entre el postre y la sobremesa, cuando las manecillas del reloj no habían llegado a marcar aún las nueve en punto, me preparaba en el *backstage*, lista para salir a brillar con el *show* de Tina Turner que yo misma había coreografiado.

Era mi momento, el momento de poner al desnudo mi alma ante una familia a la que costaba arrancarle un aplauso al final de cada nota. Entre micrófonos, disfraces y desfiles de moda, volvía a aparecer la verdadera Lucia. Todos tenían claro que iba en el camino correcto para convertirme en la oveja negra de la familia, y yo tenía la certeza de que el negro pegaba con todo.

Así transcurrían los tres meses de verano en mi ciudad natal, que se despedían con los últimos rayos de sol de septiembre y un doble giro de llave. El cierre de la puerta principal anunciaba la vuelta al cole. Volvía a tocar tierra, a la realidad infértil situada en nuestra casa de Nápoles, donde vivíamos el resto del año.

Durante el viaje de vuelta la música sonaba a todo volumen en el Ford Escort de la época, un coche de cinco plazas donde encajábamos los seis miembros de la familia como piezas de Tetris. Dos horas de trayecto amenizado por los clásicos de Eros Ramazzotti, el calor y el olor a ambientador de pino.

—¿Cuánto tarda el ferri? —le preguntaba a mi madre como si fuese la primera vez que recorriamos ese trayecto.

—Todos los años lo mismo. Ya sabes que el barco de Procida a Nápoles tarda una hora; luego, dependiendo del tráfico que nos encontremos de camino a casa, estimo que llegaremos antes de las nueve. Lucia, recuerda que mañana empiezas el colegio y hay que madrugar, nada de tele. — Mi madre miraba con intensidad el reloj, intentando ejercer el poder de Chronos sobre él.

Yo, por mi parte, prefería mirar el retrovisor el asiento trasero, dejando el verano atrás y recordando los buenos momentos, la playa, mis amigas y todos los espectáculos con los que debuté cada anochecer, pero también todos los sets que gané a mi hermano y a sus amigos del pueblo cuando me dijeron que el tenis no era un deporte para niñas.

CAPÍTULO II

H

acía ya unos años que mis padres habían decidido matricularme en el colegio más elitista y escandalosamente caro de Nápoles. Detrás de su interés por el nivel y el alto rendimiento, se escondía el deseo de ser socialmente aceptados en un círculo social ostentoso.

Desde el interior de mi cama evitaba pensar en la vuelta al colegio, en el que encajaba tan poco como un puzle con un número de piezas impares. No tenía elección, esta era mi realidad hasta que cumpliese los dieciocho años y empezara en la universidad, donde elegiría por cuenta y riesgo mi camino.

—Buenas noches, cariño. —Mi madre dejaba inmortalizado un beso en mi frente, intentando ahuyentar los terrores nocturnos que acostumbraban a visitarme.

Las sombras volvían a adentrarse sin permiso en mis sueños. Se acercaban a mi cuerpo inmóvil, provocando un escalofrío a lo largo de mi espalda. Estaba a punto de gritar, hasta que mi padre anunciaba la llegada de un nuevo día con una marcha militar. Con trompeta en mano, creaba una vez más aquellas notas asentadas en su mente durante el tiempo que ejerció como médico militar durante la guerra.

—¡Por favor, para ya! —Protegía mis oídos y mi cerebro de aquella estrepitosa melodía entre los cojines de mi cama mientras me daba la vuelta para continuar durmiendo.

—De eso nada. ¡Arriba, campeona! —Me despojaba totalmente de las cuatro mantas con las que estaba acostumbrada a dormir hiciese frío o calor. Luego me arrastraba hacia el borde de la cama agarrándome por los tobillos.

—Papá, tienes menos sensibilidad que una piedra —le decía quejándome mientras escondía mis ojos entre mis pequeñas manos, ocultándome de la claridad que comenzaba a inundar mi dormitorio y que iba siendo cada vez más imparable con el recorrido ascendente de la persiana.

No habían pasado ni veinticuatro horas y ya echaba de menos despertarme en Procida. Añoraba aquel pueblo de pescadores donde reinaban los colores vibrantes de las casas antiguas con techos abovedados. Mientras terminaba de colocarme los calcetines altos frente al espejo del recibidor, mi abuela me esperaba con el coche en marcha en el garaje y con la preocupación de no llegar a tiempo al colegio, donde la puntualidad era comparable con el horario de los trenes alemanes. El Ford Escort del 95 corría a toda velocidad por las calles de Nápoles, bailando al son de un tráfico sin sentido.

Tras enseñar la acreditación en el puesto de seguridad, se levantaba una barrera que nos permitía una entrada preferente hacia mi infierno particular.

—Por favor, Lucia, pórtate bien y estudia. Tus padres están haciendo un gran esfuerzo por poder permitirte estudiar en este colegio. —Mi abuela me miraba con cara de consternación mientras bajaba del coche y dejaba prestado parte de su labial rojo en mi mejilla. Ella ya sabía que recibiría alguna que otra llamada desde la secretaría para informarle que había montado un negocio de masajes, de perfumes, o que había organizado un concurso de baile en medio del recreo. Al fin y al cabo, tenía sangre emprendedora corriendo por las venas.

Eran las diez de la mañana y el horario marcaba en una de las celdas la obligación de acudir al taller semanal de Biología, donde diseccionábamos ranas y en alguna ocasión una cabeza de tiburón martillo.

—Ahora tenemos que abrir la rana por la mitad con cuidado, niños. —La profesora daba las instrucciones. Yo me mareaba y caía al suelo de forma inminente—. ¡Menuda doctora vas a ser, Lucia! Deberías tener un poco más de aguante viniendo de la familia que vienes. —En este punto se cruzaba en mí la escala de blancos y negros con mi arcoíris. Por un lado, mi niña interior estaba compuesta por una parte impositiva: la necesidad de sanar a las personas y continuar abonando patrones familiares; y por otra, la fidelidad a mi ser: avivar el desparpajo y la creatividad que expresaba mediante los colores de mi alma. Sin embargo, los adultos ya habían discutido y dictado el veredicto final, mi destino, sin mí y sin mi «con-sentimiento».

A la hora del recreo me sentaba junto a mis compañeras de clase, que organizaban su cumpleaños como si de una boda se tratase.

—Lucia, siento decirte que no estás invitada. Tus padres no son tan *cool* como para relacionarse con los míos. —Y, así, un año más no acudía a ningún evento.

Aquel centro extraía la peor versión de cada niño, abogando por valores gobernados por la vanidad, donde la comparación y la competición eran un deporte olímpico. Desde el primer día sabía que yo no tenía nada que ver con aquellas princesas que flotaban entre los vientos de otoño. En aquel punto vi el abismo entre las niñas ricas y yo, y decidí dejar de creer en los cuentos de hadas.

El ruido de la sirena nos obligaba a volver en fila militar hacia nuestras respectivas aulas.

—No hace falta que lo entiendas, con que atiendas está bien.

Aquella escuela albergaba dos tipos de profesores: los que estaban por vocación y los que estaban por las vacaciones. Aunque todos ellos tenían una característica en común: me repetían como loros que no iba a llegar a nada en la vida. En el recuento del día sumaba un castigo por emprender, otro por marearme, y el posterior arresto domiciliario que me impondrían mis padres cuando llegase a casa. No existían medicinas para el alma, así que intentaba olvidar mi pequeño gran drama escribiendo mis frustraciones en el diario que me habían regalado en mi primera comunión. Cada noche, escribía sobre sus páginas mi miedo al rechazo, mi dependencia emocional y mi necesidad de aprobación. Al terminar le colocaba nuevamente el candado a mis pensamientos y a mi corazón. Prefería no mirar qué había dentro, por miedo a encontrarme conmigo misma. Mi sensación de vacío se asimilaba a cuando los turistas se marchaban de Procida al caer el sol, dejando tras de sí un escenario de vacío, desolación y desamparo. Al final aquellos atardeceres de verano reflejaban una de las metáforas y grandes enseñanzas de la vida: estamos rodeados de personas hasta que cae la noche y nos refugiamos en nuestras casas, en nuestro interior, en nuestro templo...

Entre el perfume de Chanel N.º 5 esperaba la llegada de mi madre, escondida dentro de su armario. Una zona de seguridad que me reconfortaba y me hacía sentir, al menos, un poco más cerca de ella. Entre blusas de seda escuchaba mi nombre desde la cocina:

—Lucia, tenemos que volver al colegio, ya van a ser las tres.

CAPÍTULO III

D

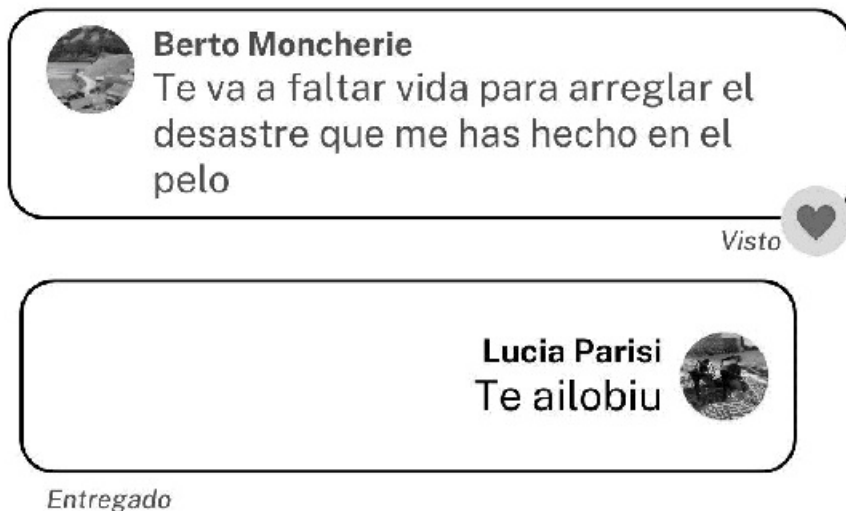
oce años más tarde continuaba siendo la espectadora de mi historia. Las riendas de mi vida andaban sueltas como caballos desbocados en medio de un desierto en el que, en ocasiones, aparecía un espejismo con dos gotas de agua. Creía no merecerme nada más y, por consiguiente, tampoco sentía la necesidad de buscarlo. ¿Cómo extrañar algo que no conoces?

Las decisiones importantes permanecían aún delegadas en mis padres por miedo al fracaso y, por consiguiente, el pavor de ver reflejado en sus ojos el menor atisbo de decepción. Por lo que, llegado este momento, les complací matriculándome en la carrera universitaria que ellos habían escogido para mí: como no podría ser de otra forma, Medicina.

Aquellos años universitarios se resumieron en intentar mezclar el agua con el aceite. Así que decidí utilizar el agua para florecer, el aceite para alinear mi vida, y, complementariamente, añadí un toque de alcohol a los fines de semana para olvidar una realidad de la que no quería ser consciente.

En este periodo de mi vida me desaté la melena. Asistía cada fin de semana a fiestas de estudiantes de mi facultad y también a aquellas de las que ni siquiera formaba parte, por lo que en esa etapa terminé haciendo cosas muy extrañas después de varias rondas de chupitos.

Mi teléfono móvil vibra y se ilumina revelando que es sábado 11 de mayo de 2015 y un mensaje de texto de mi amigo de la infancia Berto:



—Lucia, ¿estás despierta? Tienes una llamada. —La voz de mi madre desviaba mi atención de la pantalla del móvil hacia su difuminado rostro en la penumbra de mi habitación.

Me incorporo algo mareada a causa de las copas que había tomado de más la noche anterior. Mi cuerpo viajaba hacia el salón con retraso, siguiendo el huso horario de Indonesia, rumbo a hacer frente a una inexplicable llamada de teléfono de un sábado a las ocho de la mañana.

—Buenos días. ¿Con quién hablo? —Mi voz sonaba aún un poco ronca a pesar de que, en mi

tour por el infinito pasillo, me había dado tiempo de ir calentando la voz como si fuese a cantar *La traviata*.

—Buenos días. Le llamamos del Zoológico de Nápoles. Estamos interesados en concertar con usted una entrevista de trabajo para el lunes a las nueve de la mañana.

En un principio pensé que era una broma, hasta que el tono serio en el que se trataba el asunto se apoderó de la conversación.

—De acuerdo, allí estaré.

¿Un zoológico? ¿En serio? Me dirigí hacia la cocina para prepararme el café americano. Mientras revolvía las dos cucharadas de azúcar y miraba al infinito, comencé a recibir algún que otro *flashback* de lo que había sucedido la noche anterior.

Recuperaba, poco a poco, fragmentos de la historia y los unía como un *collage*. Aquella historia comenzaba a tornarse tan surrealista, que era digno de empezarla introduciendo un rótulo con un «once upon».

Eran las once de la noche del día anterior cuando empezó todo. Mi hermano había venido de visita desde Milán para asistir también al cumpleaños de Berto. Las once de la noche era la hora perfecta para poner las cartas sobre la mesa, en un sentido literal. Creábamos dos grupos olímpicos del rápido, un juego de cartas que habíamos inventado años atrás y que se había convertido realmente en una verdadera competición a nivel personal. Peligraba nuestro honor y nuestro ego, y es que solo faltaba realizar unos estiramientos previos antes de saltar hacia lo que terminaría en una verdadera batalla campal. Como norma interna, acordamos que, cada vez que un grupo perdiese la partida, tenía que beber un chupito de licor de hierbas. Dos horas más tarde nos encontrábamos en un empate y una prórroga infinita. Por lo que decidimos hacer un *break* antes de continuar con la partida y también para recomponernos antes de incorporarnos a la fiesta.

Buscando el baño por aquella inmensa casa en la que vivía Berto, entré, desubicada y bajo los efectos del alcohol, en su dormitorio por error. No recordaba tener primeras ni segundas intenciones, pero allí aguardaba una mujer que decía ser su pareja y que posteriormente terminó saliendo de su casa y de su vida con un portazo celópata.

—¡Ay, Dios! Berto, no era mi intención, de verdad que estaba buscando el baño —me disculpaba por inercia, sentada sobre el cesto de la ropa sucia, mientras él intentaba, sin éxito, ponerse uniformemente la gomina.

—No te preocupes, Lu; las cosas pasan por algo y es mejor así. Los amigos duran más que las relaciones, y nosotros nos conocemos desde que eras un mico. Aunque ahora tampoco es que hayas crecido mucho.

—Lo bueno viene en frascos pequeños.

—El veneno también. ¿Me cortas el pelo? Esto no tiene solución. —Aquellas conversaciones de alcohólicos anónimos me arrancaban las carcajadas. Así que hice uso de mi carencia de dotes estéticas y metí tijera y máquina al cabello de Berto.

El reloj de cuco de la casa de mis padres me devolvió al presente indicativo. Ya eran las nueve

de aquel sábado en el que continuaba haciendo un repaso por los sucesos sin sentido de la noche anterior. Tras recordar el catastrófico cambio de *look* de mi mejor amigo, decidí, exhausta, echarle una cucharada de azúcar más al café, intentando recordar qué más había podido pasar para acabar postulando a una oferta de cuidadora de pingüinos.

Llegaban a mi mente recuerdos distorsionados sobre una piscina y un flotador de unicornio.

La toma dos de aquella noche nos situaba en las lujosas calles de la zona residencial de Nápoles tras la salida de la discoteca.

—Algún día me gustaría vivir en una casa como esa. —Con el índice de mi mano derecha señalaba un chalet recubierto de cerámica moderna en la fachada.

—Tus deseos son órdenes para mí, pequeño padawan. —Berto me coge en peso y me lanza por encima del muro.

Tras salir de los setos que habían amortiguado la caída, me cercioré de que no se encontraban los dueños. Aquel allanamiento de morada estaba decorado con un flotador de unicornio en el centro de una piscina infinity. Dos chapuzones después nos encontrábamos en las hamacas intentando secarnos como la ropa recién sacada de la lavadora, sin escurrir y al aire libre.

—Bueno, ¿y qué planes tienes para conseguir vivir en un sitio como este? Estaría bien tener una piscina donde seguir celebrando nuestras fiestas, ¿o piensas seguir colándote en casas ajenas indefinidamente? —Berto me buscaba la lengua esperando una respuesta irónica que no nunca llegó..

—Pues ¿sabías que yo de pequeña quería ser cuidadora de pingüinos en un zoológico? Aunque eso no me daría mucho dinero, por lo que sería pluriempleada, usando esa opción B de ser actriz de un parque de atracciones, concretamente en una casa del terror.

—Ya has bebido demasiado, amiga. Deja el tequila y chupa solo el limón. La sal es para mí, que se me ha bajado la tensión después del baño y tus inclinaciones profesionales tan particulares.

—Bueno, tú sabes que siempre he tenido ideas muy estrambóticas y al final el miedo me paraliza.

—A ver, Lu, no te voy a discutir, son profesiones fuera de lo común; pero sí es verdad que deberías mandar a tu familia a tomar viento y empezar a ser un poco más independiente con tu vida, y sobre todo aprender a tomar tus propias decisiones. Así que déjame tu móvil, que esto lo vamos a solucionar ahora.

—¿Mi móvil?! —Berto se había apoderado de mi iPhone.

—¿Qué pasa? ¿No te fías de mí?

—Pues no. —Yo tenía claro que había dos cosas que no se prestaban en la vida: ni el teléfono móvil ni las parejas. Independientemente de mi respuesta, Berto decidió tenderle una trampa al reconocimiento facial colocando frente a mí la cámara frontal.

Eran ya casi las cinco de la mañana, el sueño se apoderaba completamente de mí, así que cerré los ojos un momento, hasta que una voz enfadada me trajo de nuevo a la realidad:

—¿Qué hacéis aquí?! Esto es una propiedad privada. —El dueño del chalet había aparecido con sus pantuflas en el jardín. Tocaba coger la ropa y salir corriendo.

Ahora, sentada en la cocina de mi casa, seguía removiendo el café, envuelta en la locura de *Fiebre del sábado noche*. Me preocupaba más lo que había hecho Berto con mi móvil que haber

terminado durmiendo en comisaría.

Decidí mirar la bandeja de *emails* enviados, donde estaban redactadas varias cartas de recomendación aplicando a ofertas laborales en zoológicos y parques de atracciones. Aquella noche loca había dejado tras de sí mi primer trabajo como becaria del Zoológico de Nápoles. En este punto mi mente activó el momento reflexión: por un lado, me cuestionaba porqué trabajaba un responsable de recursos humanos un sábado por la mañana, y, por otro lado, la razón por la que contratarían a alguien que había enviado una solicitud de madrugada con el currículum adjunto a una foto de gatitos. Supongo que al ser un zoológico habrían tomado el despiste de Berto como un gesto original con el que trasladar mi amor por los animales.

Mientras colocaba la taza del desayuno en el lavavajillas, llegué a dos conclusiones: que jamás me dedicaría a la peluquería y la estética, ni que Berto podría llegar a ser un buen *headhunter*.

—Bueno, pues al parecer ya tienes trabajo, ¿no? —Mi madre había aparecido en la puerta de la cocina. Me miraba desde lejos con su cara de desaprobación. Temía que, después de casi haber terminado la carrera de Medicina, no la ejerciese—. No entiendo qué hace una futura doctora trabajando en un zoológico.

—Pues, mamá, puedo ganar algo de dinero para poder pagar el máster en Cardiología.

—Lucia, tú siempre con tus pajaritos en el aire...

Quería curar corazones aunque el mío estuviese hecho añicos. En aquel momento me vino a la mente mi primer amor.

CAPÍTULO IV

—¿Sabes por qué el corazón se representa con este símbolo? No tiene nada que ver con el órgano, sino con la forma de la planta *Silphium*. Los egipcios y los griegos la utilizaban como anticonceptivo, por lo que está relacionada con el amor y la sexualidad. ¿Te imaginas? Sería curioso ver cómo, en el día de los enamorados, la gente se pusiese a dibujar corazones con las venas y arterias. Sería de lo más romántico. —Hugo era mi compañero de pupitre en la universidad, junto con su sarcasmo.

Nuestra historia empezó desde el primer día que me dio dos besos y me dijo su nombre. Éramos los mejores amigos del universo, o al menos de aquella universidad en la que los estudiantes iban y veían directos a sus clases. Me hacían recordar a aquellos burros con anteojeras de Santorini, que se dirigían sin distracciones hasta su destino final, intentando olvidar sus obligaciones diarias y la vida que les había tocado experimentar.

Un 30 de diciembre, mientras veía como mi madre entraba en modo chef estrella Michelin y enloquecía con la preparación del menú de Fin de Año, un WhatsApp aterrizaba en mi móvil.



Hugo Manccini

¿Japonés y aire?

Visto

Lucia Parisi
Por favor.



Visto

La tensión y el panorama de mi casa aumentaba a la velocidad de la temperatura del horno, así que decidí ponerme mi vestido negro y calzarme los zapatos de suela roja. Salí de puntillas atravesando el vestidor hasta el porche, intentando no hacer ruido con el tintineo del manojito de las llaves, y me subí rápidamente en el Audi que me habían regalado mis padres por mi cumpleaños, una compensación económica por el desgaste de salud mental y emocional de todos aquellos años.

Programé el GPS y me dirigí hacia la ubicación que me había enviado.

—Disculpa el retraso. Como ha sido todo tan improvisado y sobre la marcha, no he podido llegar antes.

—Los planes improvisados son los mejores, ya lo sabes, Lu. —Hugo me pasaba la carta mientras me sonreía y me reiniciaba la vida, o al menos mi estado emocional—. Relájate y disfruta, el darles una explicación a tus padres es problema de mañana. Como dicen por ahí, después del gusto que venga el susto.

La mejor virtud de Hugo era hacerme desconectar de la realidad y ayudarme a aterrizar en el momento presente, donde solo había espacio para un vino y una buena conversación.

—Lu, he estado pensando en que podríamos irnos de erasmus a Oxford el próximo año, creo que es una experiencia que nos puede venir bien a los dos. Ojeando las residencias, he descubierto que son mixtas, por lo que no podemos compartir habitación sin estar casados, pero creo que es un punto a nuestro favor para conocer a más personas y obligarnos a hablar inglés.

—Pues la verdad es que me parece una idea estupenda.

Empezamos a organizar todos los detalles del viaje hasta que llegamos al núcleo del problema: ¿cómo le iba a decir a mi madre que me mudaría un año fuera de Nápoles?

Entre Hugo y mi madre no había una buena relación. Ambos decidieron comenzar la guerra desde que ella lanzó una flecha tóxica sobre la promiscuidad de los latinos y llegó a sus oídos en forma de chiste.

—Mamá dice que esta Navidad te contratará Babbo Natale como parte de su grupo de renos con los cuernos que te va a poner tu novio el cubano. —Mi prima pequeña corría por el pasillo riéndose del comentario malintencionado. En ese momento el rostro de mi madre se tiñó de color blanco dolomita mientras Hugo le clavaba una mirada y sonaba las trompetas de guerra. De repente el camarero llega a la mesa trayendo la comida y llevándose los recuerdos de las

Navidades pasadas.

—¡Ey!, que no pasa nada si no estás preparada.

—Me da un poco de miedo, pero lo haré igual. ¡Vámonos, sin miedo al éxito!

CAPÍTULO V

M

i cuerpo se embarcó por primera vez sin escala y con asiento asignado en ventanilla hacia mi nueva vida en Oxford. Al bajarme del avión, me dirigí hacia la cinta de recogida de maletas y finalmente hacia la salida. Hugo me esperaba con un cartel y un globo de helio en la puerta:

Transfer para la señorita Lucia

Me abalancé con todo el equipaje sobre él, como un reencuentro digno de los familiares de los pasajeros del Titanic, sin tener en cuenta que nos habíamos visto hacía exactamente cuatro horas.

Al subirnos al taxi me percaté de que el conductor estaba situado en el asiento del copiloto y me explotó la mente. Me sentía como en un parque de atracciones cada vez que entrábamos en una rotonda en un sentido contrario al habitual. Lo de conducir por la derecha era una asignatura pendiente para el resto de mis días.

Llegamos a la residencia, donde me asignaron una habitación en el módulo femenino con una mujer rusa, que aquella noche se dedicó a pelar manzanas con su navaja a contraluz en el alféizar de la ventana. Estaba claro que no llevaba bien el *jet lag*.

Los días pasaban entre clases de Medicina, fiestas universitarias y *fish and chips*. Era un 18 de junio, nuestro aniversario, además de una tarde perfecta en la que Inglaterra le había dado el visado al sol. Son de esos días que no suceden dos veces al año en Oxford, por lo que planeamos nuestro primer pícnic en el Headington Hill Park.

—Un pícnic sin mantel de cuadros no es un pícnic, y no pienso discutirlo. —Hugo se reía de mi comentario, con el que estaba completamente de acuerdo. Dos cervezas más tarde, y aún sin haber preparado la tabla de quesos, veíamos como una nube negra se acercaba rápidamente hacia nosotros. Estaba a punto de comenzar una tormenta eléctrica, que, a primera vista, anunciaba el fin del mundo con carteles de neón, aunque también anunciaba el final de nuestra cita.

De repente un trueno suena estrepitosamente en el cielo inglés.

—Tres, dos, uno... —La cuenta atrás coincidió exactamente con las primeras gotas de lluvia. A medida que transcurrían los minutos, las nubes se convertirían en una alcachofa de ducha a presión.

—¡*Oh shit!*

Corríamos cuesta arriba escondiéndonos de la lluvia bajo el mantel de cuadros y cargando la cesta con toda la merienda. Se nos mojaban los sándwiches y las expectativas de un encuentro romántico. A lo lejos, los *lords* ingleses nos miraban de reojo desde la seguridad de sus paraguas negros y sobrios de medida dos por dos.

Afortunadamente, la residencia estaba lo suficientemente cerca del parque. Así que nada más

llegar dejamos la ropa empapada en el suelo del baño, que se volvió traslúcido por el vapor del agua caliente, las risas y un final feliz. El resto del año en Oxford pasó demasiado rápido.

CAPÍTULO VI

E

ra agosto y, para variar, estaba de vuelta en Procida un verano más, pero ahora en otro nivel de madurez emocional tras haber vivido experiencias modernas y placenteras. Había creado una brecha inconsciente que separaba aún más mis dos mundos, y en los que continuaba habitando sin encontrar mi lugar. Ahora sí, no encajaba ni en Procida ni en Nápoles, y tampoco en Oxford.

—No puedes abrir los ojos hasta que te lo diga. —Hugo me había colocado un pañuelo de seda sobre los ojos mientras me guiaba escaleras abajo para llegar a la playa. Aquel verano habíamos decidido pasarlo juntos en mi casa familiar.

—Me voy a caer con los tacones. ¿A dónde vamos? ¿Queda mucho? —Caminaba con la ausencia del sentido de la vista, otorgándole todo mi poder y mi confianza.

—Ya casi estamos. Espera aquí un momento y, lo más importante, ¡no te muevas! —Me quedé paralizada esperando instrucciones como un militar en pleno servicio—. Ahora ya te lo puedes quitar.

Al recuperar la visión, encontré justo enfrente de mí una toalla enorme de mandalas rodeada de velas y una cesta de pícnic.

—Creo que se nos quedó pendiente algo en Oxford. Al menos aquí tenemos la seguridad de que no nos va a llover, o mala suerte sería. —Parecía una escena recién salida de una película romántica.

Hugo había preparado exactamente el mismo menú que en aquel primer intento de pícnic. Tras haber probado sus creaciones culinarias, se sentó frente a mí, sacando de su bolsillo una pequeña caja roja y aterciopelada.

—Sabes que siempre he creído que el casarse es como firmar un contrato que te da una falsa seguridad sobre la propiedad de una persona. No será hasta que la muerte nos separe, sino hasta que el amor nos una, por eso he preparado unos votos y quiero darte este anillo como muestra de mi amor por ti desde la libertad y el amor. Un enlace íntimo entre y para nosotros.

Me había quedado completamente helada a la par que emocionada al ver en la cajita dos alianzas a juego. Después de ocho años juntos íbamos a crear una ceremonia íntima y privada en la playa donde nos dimos, en aquel entonces, nuestro primer beso.

—«Prometo enseñarte a amar la vida, abrazarte con ternura y tener la paciencia que el amor exige; hablar cuando hagan falta palabras y mantener el silencio cuando no; vivir al abrigo de tu corazón y llamarlo siempre hogar»¹.

Tomé la mano de Hugo mientras le colocaba la alianza de oro en su dedo anular.

—«Sí quiero, quiero seguir escuchando tu risa y disfrutando de esos saltos de alegría. Quiero tus lágrimas, las que tienes ahora y las que derramas hasta en los anuncios. Quiero la pasta de dientes apretada por donde no toca»². Sí quiero Oxford, sí quiero Bahamas, sí quiero Mallorca, sí quiero estar perdido en Las Vegas. Quiero ser la mano que te ayude a saltar y las alas que te

hagan volar. Lucia, eres la única mujer que he amado y así lo haré siempre. Hugo tomaba mi mano derecha, sellando con una alianza tamaño 9 un amor que cumplía de nuevo un 6 de junio.

1 Sucsy, M. (Dir.). (2012). Todos los días de mi vida [película]. Screen Gems, Spyglass Media Group.

2 Los votos de Risto y Laura Escanes: «Quiero seguir callando bocas a base de amor, de sexo y de amistad». (2017, 23 de mayo). ABC. https://www.abc.es/estilo/gente/abci-votos-risto-y-laura-escanes-quiero-seguir-callandobocas-base-amor-sexo-y-amistad-201705230843_noticia.html

Tras dos semanas sumidos en una auténtica luna de miel, había llegado la hora de volver a la vida real. Al volver a Nápoles, me dispuse a hacer las maletas para mudarme a la casa que había comprado a medias con Hugo. Durante esos meses nos recorrimos todos los centros comerciales en la búsqueda de los mejores precios de muebles de salón.

—¿Y si nos tomamos un café y luego seguimos?

Estábamos completamente saturados buscando la decoración perfecta de nuestro nidito de amor cuando se acerca a nosotros un amigo que habíamos conocido hacía ya unos años en la Facultad de Veterinaria, que colindaba con la de Medicina.

—¡Chicos, cuánto tiempo! Bueno, incluso ha pasado tanto tiempo que hasta os habéis casado y no habéis dicho nada. Vaya amigos tengo... —Luca era portavoz de uno de los albergues de animales de Nápoles—. Ya que estáis en modo familia, ¿por qué no os animáis a adoptar a dos peludos que acabo de recoger?

Hugo y yo nos miramos con conocimiento de causa de que, si los íbamos a ver, habría un 99 % de probabilidades de que se vinieran a casa con nosotros, y, como era de esperar, así fue.

Scooby y Kiwi se convirtieron en los niños mimados de nuestro hogar, dos labradores alegres y juguetones que eran un saco sin fondo de comida y de mimos. En este momento me reafirmé en la frase de que los animales se parecen a sus dueños. En tan solo unas semanas ya teníamos la estampa para el anuncio perfecto de una familia feliz: boda, familia, barbacoa y perros correteando por el jardín. Mi vida se había tornado idílica hasta que una llamada de teléfono dio un giro radical a mi *love story*.

—Buenas tardes, señor Manccini. Le llamo del Hospital Kremmaun, en Suiza. Nos gustaría concertar una entrevista con usted para la cobertura del puesto de médico con especialización en Cardiología.

Tragué saliva dos veces mientras veía como mi mundo se desmoronaba por segundos. Abrazaba a Hugo y me alegraba por su éxito a la par que escondía en el lugar más recóndito de mi alma la tristeza de nuestra separación física. Su sueño se había hecho realidad y mi peor pesadilla también. Una relación a distancia se acababa de materializar. Era totalmente inviable irme con él. Tenía conmigo la responsabilidad de un trabajo fijo, la hipoteca de la casa y ahora a los nuevos miembros de la familia. Aparentemente, la sustitución de Hugo para ese empleo era, en teoría, temporal.

—No te preocupes, Lu; estamos cerca. Si nos organizamos bien, podemos vernos los fines de semana. ¿Para qué están los aviones si no?

Me encontraba en una encrucijada, el universo estaba burlándose de mí. El trauma de abandono retornaba a mi vida una vez más. Era un callejón sin salida del que no podía escapar. Sería egoísta por mi parte pedirle que renunciase a su sueño, a sabiendas de que, de pedírselo, él se hubiera quedado a mi lado; pero tarde o temprano llegarían los reproches y la frustración.

Hugo se fue de casa un 27 de septiembre. Encerré su rostro en mi mirada mientras abría la puerta del porche y se marchaba llevándose consigo sus maletas y la vida que tanto habíamos soñado.

CAPÍTULO VII

E

ra lunes, comenzaba la semana y también mi primera experiencia laboral como cuidadora de pingüinos. Mientras me lavaba los dientes, me preguntaba si Berto habría enviado mi currículum a alguna otra empresa en la que a mi yo del pasado le hubiera gustado trabajar en su niñez. Por descarte, solo rondaba por mi mente La Casa del Terror del parque de atracciones de la ciudad.

Mientras terminaba de perfumarme con Chanel N.º 5, decidí echarle un vistazo a la bandeja de enviados desde el móvil. Allí había tres candidaturas más: una, efectivamente, al parque de atracciones, pero de Londres; otra, a un hospital suizo, y, una última, de diseñadora de moda. Realmente esa bandeja de entrada guardaba mis tres sueños frustrados. Decidí no darle más vueltas a aquella situación y me subí en el Audi rumbo al Zoológico de Nápoles.

—Bienvenida a Panda Park. Como puede comprobar tiene este nombre, pero hay una numerosa variedad de ejemplares de otras especies. Como le comentamos durante la llamada telefónica, su entrevista de trabajo se va a efectuar de forma práctica, veremos cómo transcurre este primer día de trabajo y al final de la jornada la llamaremos para comunicarle si continúa o no.

Tras uniformarme me dirigí hacia el pingüinario, donde aquellos pequeños animales me miraban desde lejos preguntándose quién sería aquella señora con botas que acaba de entrar en su iglú. Dicen que solo hay una primera vez para causar una primera buena impresión, así que decidí establecer una fantástica relación con mis nuevos compañeros de trabajo ovíparos, con quienes compartiría seis meses de contrato.

Después de un *show* ejecutado a la perfección, les premié con algún cubo de pescadilla de más. Era hora de ir a la oficina de recursos humanos a escuchar el veredicto final.

—Tus compañeros están encantados contigo, Lucia. Las críticas de los clientes han sido excelentes, se nota tu conexión con los animales. Por nuestra parte, estás contratada, ahora faltaría que nos firmases estos documentos.

Mi satisfacción era tan grande que en aquel momento podrían haberme puesto en la zona de pavos reales y hubiera pasado desapercibida. Finalmente había obtenido un reconocimiento laboral por algo que había conseguido yo sola.

Entre los documentos que me llevé a casa figuraba un manual de acogida de la empresa, donde aparecían varias personas felices trabajando y colaborando en equipo. Caí en la cuenta de que el

responsable de *marketing* se habría inspirado en un catálogo de ciencia ficción.

En los momentos libres me formaba aún más sobre el cuidado de los animales, así que me puse en la búsqueda de encontrar un lugar secreto y tranquilo dentro del pingüinario, la zona Atlántida, en la otra punta del recinto. Me sentaba en las gradas, al otro lado del cristal, recordando mi afición desde pequeña por estos pequeños animales. Me había empapado de información e incluso había hecho un curso a escondidas de mi familia. ¿Cómo les explicaría que una cardióloga estuviese interesada en los pingüinos rey? Supongo que ambos teníamos en común la forma de ver las relaciones amorosas. A lo lejos una pareja ovípara se tira al agua haciendo un salto mortal desde el trampolín de hielo. Me hicieron recordar aquel momento en el que Hugo me regaló un peluche.

—¿Por qué un pingüino? —le preguntaba mientras terminaba de romper el papel de regalo.
—Pues la verdad es que me recuerdan bastante a ti y a mí. Los pingüinos son monógamos y tienen un ritual para el cortejo: el macho busca una piedra, que pone frente a la hembra como ofrenda, que se traduce en formalizar un nido en común; si ella la acepta, se reconocen como pareja. Además, la hembra se ausenta durante largos periodos de tiempo por trabajo y quien cuida el huevo es el macho. Están tan compenetrados que, cuando uno de los dos muere, su pareja deja de comer y termina falleciendo de tristeza.

Principalmente, era yo la que siempre me encontraba fuera de casa haciendo prácticas en los hospitales, saliendo con amigas o centrada en mi rutina de deporte. Él era más ermitaño y cuidaba de la casa y de nuestros perros. En su soledad buscaba recargarse del agotamiento social que le producía el hospital. Sin embargo, por paradojas de la vida, la que había terminado cuidando el huevo era yo. Su recuerdo desaparecía de mis pensamientos por la vibración de mi móvil. La llamada entrante de número privado me devolvió nuevamente al presente.

—¿Quién es? —Al ver el prefijo «+44» aparecer en la pantalla de mi móvil, me vino a la mente la bandeja de mensajes enviados que había estado revisando aquella misma mañana.

—Buenos días, señorita Parisi. Le llamo de London Dungeon Lates en relación a su solicitud de empleo en La Casa del Terror. Creo que su perfil profesional se adaptaría perfectamente a nuestra empresa.

Tenía exactamente tres días para dar una respuesta y también para entrar en todas las plataformas de reservas de vuelo, apartamento, y estudiar la viabilidad de una mudanza a Londres. Muy en el fondo sabía que ese trabajo ya no formaba parte de los sueños de una Lucia adulta, pero lo consideraba como el pasaje de regreso a la ciudad donde un día fui feliz. Desde la partida de Hugo, mi madre había acaparado nuevamente el control remoto de mi vida, cambiando de canal a su antojo. Ese mando tenía que perder señal mientras yo extraía la fuerza y el coraje suficiente de romper para siempre con el cordón umbilical. Decían que huir era de cobardes, pero muchas veces una retirada a tiempo era una victoria.

Al salir del zoológico me dirigí hacia la casa de mis padres para darles la gran noticia. Observé desde lejos que en el garaje se encontraban aparcados dos coches más: el de mis abuelos y el de mi hermano. Por un lado, me abrumó la idea de tener que enfrentarme a todas las críticas a la vez como si de un mitin político se tratase. El drama ya estaba convocado en el salón, donde

nuevamente iba a comunicar el nuevo rumbo de mi futuro laboral. Respiré tres veces intentando encontrar la seguridad que no tenía, esperando que, por magia divina, me convirtiese en una persona tajante y decidida. Toqué el timbre con el dedo índice.

—Lucia, no te esperábamos. Siéntate, tu abuela ha hecho lentejas. —Era una costumbre familiar preparar la comida desacomodada con la meteorología: si hacía treinta grados en Nápoles, ellos hacían *sopa minestrone*.

—¡Madre mía, qué flaca estás! —Mi abuela estaba más obsesionada con el peso que los representantes de las modelos de Victoria's Secret. Realmente me había mantenido siempre entre los cincuenta y cinco y sesenta kilos, pero ella necesitaba cuidar, cuidarme. Al fin y al cabo, esa había sido su misión de vida inculcada desde su infancia: la cocina y asegurar que su familia tuviese un buen porvenir subjetivo.

La tensión, el calor y los niveles de incertidumbre iban creciendo en aquel comedor victoriano donde reinaba el protocolo. El postre estaba a punto de llegar. Un tarro de fresas con nata como premio a haberme comido aquella sopa en pleno agosto. Mientras varias gotas de sudor se desprendían de mi frente, decidí volverme valiente y lanzarme a los lobos.

—Tengo que darles una noticia.

El silencio envolvió cada rincón de la casa. Solamente quedaba por escuchar el sonido de un plato romperse contra el suelo. Mi madre dejó a un lado la botella de champán francés y levantó rápidamente su cabeza, encontrándose de frente con mi mirada. Comenzaba el drama.

—Lucia, no me digas que estás embarazada... —Aquella frase me produjo una mezcla entre risa y preocupación. ¿Qué imagen tenía mi madre de mí? No tenía ni siquiera una pareja estable.

—No, mamá, no estoy embarazada, ni me voy a casar, ni tengo una enfermedad terminal.

—Empecé a despejar todas aquellas dudas catastróficas que se encontraban haciendo la cola en su mente, esperando a ser atendidas.

—¿Entonces? Vas a dejar el trabajo, ¿no? Sabía que lo del zoológico era un capricho. Nunca aguantas en ningún sitio más de un año. Mira tu padre, desde que entró en el hospital lleva allí treinta y cinco años. Yo llevo trabajando también en el hospital psiquiátrico unos treinta años, y tú estás con esa filosofía de vivir la vida. Desde luego esta juventud no es como la de antes. — Mi madre era así de bipolar. Primero se quejaba por haber aceptado un trabajo, a sus ojos vergonzoso para una graduada en Medicina, y ahora le preocupaba que lo dejase.

4-7-8. Era la clave. Estos números me habían salvado durante muchos años de no acabar huérfana o encarcelada. Así que los puse en práctica, respiraba en cuatro tiempos, aguantaba siete y soltaba el aire en ocho. En mi cabeza se iban disipando aquellos pensamientos en los que creía firmemente que la que necesitaba una camisa de fuerza era ella. Ese trabajo en la Unidad de Psiquiatría la volvía más pusilánime cada día, tanto que le faltaban solo un par de meses para convalidar la carrera de artes escénicas. Continuaba intentando mantener la calma con la fórmula secreta. Sin embargo, no paraba de darle vueltas a esa expresión de «nunca aguantas en ningún sitio más de un año». ¿Por qué alguien tendría que aguantar situaciones o a personas?

—Bueno, será mejor que venga otro día. —Intentando disimular las lágrimas, cogí mi bolso y los táperes con comida que me había preparado mi abuela a modo de contrabando.

Al llegar a mi casa ya no sentía rabia, pero sí incompreensión por todas aquellas veces que, al tomar una decisión y compartirla, me sentía como una loba solitaria. Si mi relación con Hugo era como la de los pingüinos, la mía y la de mi familia era como la de los lobos: ellos caminaban siempre en manada, hasta que uno de ellos se enfermaba y lo abandonaban a su suerte.

Desgraciadamente, era un lastre si querían seguir avanzando y no extinguirse como especie. Estaba claro que yo no podía permitirme seguir perteneciendo a un clan que, cada vez que pretendía volar, me cortaba las alas.

Ahora mismo lo más parecido a una manada eran Scooby y Kiwi, que me miraban frenéticamente intentando hacerme llegar su mensaje: dar un paseo por el parque. Aquella noche comprendí que uno de mis aprendizajes era debutar en solitario sin esperar validaciones y reconocimientos. Así fue como empecé a convertirme, más que en un lobo, en una pantera, un animal retraído que pasaba mucho tiempo subido en los árboles, viendo la vida desde lo alto (en mi caso, sin actuar), con miedo de salir a cazar; siendo una mera espectadora de todo lo que pasaba allí abajo. Era, entonces, un proyecto de pantera, una variación de jaguares que no era una especie, ni siquiera una subespecie; era simplemente un animal diferente sin clasificar, sin etiquetas.

—Chicos, espero que les gusten los parques de Londres, porque nos vamos en unos días. — Scooby y Kiwi levantaron las orejas en señal de escucha y apoyo.

Me tocaba cazar en solitario. Así fue como aterricé nuevamente en Inglaterra, empezando no desde cero, sino desde la experiencia.

CAPÍTULO VIII

A

Al llegar a Londres decidí guardar en el cajón de la mesilla de noche el sueño ajeno de ejercer como cardióloga. Tras todas aquellas tardes, que mis ahorros me permitieron, me sentaba a meditar y escribir cerca del río Támesis, donde sabía que iba a encontrar no solo agua, sino también una solución a mi futuro profesional. A lo lejos, en el tercer puente a contar desde la abadía de Westminster, comenzaba un desfile de moda que teñía de color la ciudad. El puente de Vauxhall se había convertido en el escenario de los *flashes* y funcionaba como soporte de interminables alfombras rojas. Me puse en marcha hacia el origen de esas notas musicales, que anunciaban un nuevo evento de moda en Londres.

—Buenas tardes. ¿Tiene invitación? —El personal de seguridad vestía acorde a la temática del desfile. Se habían tomado su tiempo para tematizar hasta el último atrezzo del lugar.

—No.

—Sin invitación, no puedo dejarla pasar.

Desde el exterior, veía entre bastidores aquel evento como un

punto central donde tenían cabida mis sueños. La música, el espectáculo, el color, la fotografía, el diseño y la creatividad habían quedado a tomar el té de las cinco en la estación de King's Cross.

Al llegar a mi apartamento de Whitechapel me senté en la mesa de la cocina a trazar mi plan de acción, que se resumía en combinar, como siempre, estudios y trabajo. Decidí hacerle caso a

aquel panfleto de propaganda que había descubierto hacía unos días en el buzón y matricularme en el Istituto Marangoni, donde estudiaría moda y diseño mientras sobrevivía con el sueldo de La Casa del Terror.

Así fueron pasando los meses, entre agotamientos mentales y físicos que eran hidratados con las esperanzas y las expectativas puestas en hacer las prácticas finales en un atelier tras acabar los estudios. Harry pertenecía a ese nuevo mundo en el que me quería adentrar, un londinense con el que compartía aula y que había sido apartado del mundo social por sus gustos extravagantes y su orientación sexual.

—Quizás es que tienes que dejar que te encuentren —decía Harry mientras le daba un sorbo a su *ginger ale*.

Me acompañaba durante aquel *break* tras haber recorrido todas las tiendas en busca de una camisa blanca rota, que no blanco huevo. Teníamos que preparar el *shooting* para la última sesión práctica del curso de moda y diseño.

—Siempre he ido en busca activa de las oportunidades, pero se me escapan de las manos. Aplica para el trabajo y para la vida sentimental.

Harry se había convertido en mi confidente durante mi estancia en Inglaterra, además de haber sido testigo de mis recientes fracasos amorosos.

—Tú lo que estás es desesperada por un hombre y la necesidad se huele a kilómetros, querida. Deberías dedicarte más tiempo a ti, pero no me refiero laboralmente; tiempo para conocerte y estar en sintonía contigo misma. —Con dureza y eficacia, me ayudaba a reorganizar mi vida y a soltar la dependencia emocional.

—Venga, vamos, tengo que entrar al turno de tarde en La Casa del Terror. A ver en qué sección me ubican hoy.

—Querida, tú sí que estás desubicada en la vida. Te pasas diez años estudiando Medicina, para luego no ejercer. Te vienes a Londres huyendo de tu familia, aunque no me extraña porque parecen los Romanov, y luego estudias Diseño y Moda mientras trabajas en un parque de atracciones, y, en vez de elegir como destino Suiza para reencontrarte con tu exmarido, te vienes aquí. De verdad que, entre el cuadro de vida que tienes y el mal de amores, podrías escribir un libro.

—Seguramente, una trilogía y me lo compraría Netflix. Realmente, creo que ya he perdido suficiente tiempo viviendo una vida que no me pertenecía. Y no sé, supongo que prefiero equivocarme mil veces de camino, experimentar, perderme y encontrarme antes que quedarme anclada en una vida que no es para mí.

Después de haberle pedido al camarero la cuenta y reincorporarnos a la rutina, vimos como un camión se desviaba del camino y se llevaba por delante la terraza donde habíamos estado sentados hacía apenas unos minutos. Cómo es la vida... Lo que no está para ti, ni aunque te pongas; lo que está, ni que te quites. Si mi madre hubiese podido ver desde Nápoles aquel suceso, ya me hubiera encerrado con llave en la torre más alta que hubiese encontrado.

—De verdad, Lucia, que, cada vez que salgo contigo, pasa algo. Solo atraes locos. —Harry se colocaba de nuevo las gafas de sol sobre la punta de la nariz mirando con incredulidad la situación.

—Ya te vale...

—Querida, a todo el mundo le gusta la sinceridad hasta que encuentra a alguien que la practica. Mi móvil, que había permanecido bocabajo durante el *break*, coleccionaba veinte mensajes de mi madre y tres llamadas perdidas. Cuando se lo proponía podía ser más pesada que un saco de

piedras.

—Dime, mamá.

—¿A ti te parece bonito? No me coges el teléfono ni me respondes los mensajes durante dos horas. Eres una mujer sola en una gran ciudad, te puede pasar cualquier cosa. Nos vas a matar a tu padre y a mí de un infarto o de los disgustos que nos das. Como me muera, va a ser culpa tuya.

—No, mamá; si te mueres, va a ser culpa de la falta de oxígeno. ¿Podrías respirar un poco? —La personalidad de mi madre me recordaba a Italia, sobre todo a su café y al tráfico; era una mujer intensa y caótica.

—Mira, Lucia, solo te voy a decir una cosa: quien no oye consejo no llega a viejo.

Realmente, no quería continuar conversaciones que no llegaban a ningún puerto. Prefería no llegar a vieja si tenía que vivir en una cárcel mental. Así que decidí con asertividad poner punto y final al momento más estresante del día.

El hecho de haber sido una niña sobreprotegida y ahora una mujer solitaria en medio de Whitechapel, un barrio protagonizado principalmente por islamitas, ajeno a mi zona de confort, hizo que desapareciese y me volviese invisible entre auriculares, música y redes sociales. Al bajar del metro caminaba rápidamente hacia el apartamento intentando evitar el contacto visual con los hombres que estaban en las calles. Los comentarios misóginos me convirtieron en una mujer cabizbaja. Sin embargo, había situaciones que me hacían cuestionarme la incoherencia en el mundo. Desde la ventana del patio trasero podía ver como mi vecino, recogía la ropa tendida y preparaba la cena mientras su mujer se ocupaba de los niños. En ese momento encontré una similitud entre las redes sociales y la religión: todo el mundo es políticamente correcto de puertas para fuera. Mostramos lo que queremos que vean de nosotros, cómo debería ser nuestra vida. El sonido del microondas me llevó de vuelta a la realidad. No entendía cómo los ingleses podían llamar *kitchenette* a un aparato en una encimera.

Saqué el cuenco de sopa japonesa que me había comprado en el restaurante de la esquina y pulsé el botón de «Play» para continuar la serie que había visto por cuarta vez. Fue entonces cuando recordé aquella *masterclass* de Psicología en la que mostraban un estudio en el que se reflejaba que una persona que veía una y otra vez la misma serie sufría de ansiedad y miedo al futuro. Ya sabía lo que iba a pasar en cada capítulo, incluso los diálogos, por lo que me encontraba todo bajo una falsa sensación de control. Aquella reflexión me llevó a apagar la televisión, encender las velas y la música, en un espacio creado a conciencia, solo para mí, y comenzar a rellenar la documentación que había recogido aquella misma mañana en la secretaría del instituto para hacer las prácticas en empresa. Tomé un sorbo de sopa mientras marcaba con una X la casilla de «Disponibilidad geográfica completa». Tras lavar el cuenco y la cuchara, me peiné con un moño desaliñado y me envolví en el pijama. Ponía fin a un día más, en que mi misión era soltar el control y permitirle al universo sorprenderme y llevarme hacia el lugar al que pertenecía. Sonaba el despertador, Scooby y Kiwi estaban resoplándome su aliento a sardinas proveniente del mar Muerto, deseando su desayuno especial de arroz con pollo.

Era viernes y mi cuerpo y mi estado de ánimo lo sabían. El parque de atracciones recibía la visita de muchísimos más visitantes los fines de semana, era agotador, por lo que intentaba compensarlo con una cerveza y mis compañeros de trabajo al terminar la jornada.

Acabábamos el turno de tarde a las once en punto de la noche. Era un trabajo divertido, pero muchas veces llegaba a casa sorda y con dolor de cabeza causado de los gritos. Al menos esto era el *feedback* perfecto para saber que estaba haciendo bien mi trabajo.

—Lucia, tienes que sustituir a Helen en la zona de la familia Addams, te toca hacer de Morticia.

—Realmente me hacía ilusión cambiar de personaje.

Aquella tarde me coloqué la peluca negra y el vestido hasta los tobillos. Representaba tan bien mi personaje que no hacía falta que me aclarase la piel; el tiempo de Londres se había encargado de convertirme en una mujer suficientemente pálida. Mientras terminaba de pintarme los labios de rojo y colorear de sombra azul los párpados, me vinieron a la cabeza los mensajes de WhatsApp de mi madre que había dejado en visto durante la noche anterior.



Mamá

Lucia, deberías centrarte y empezar a buscar un trabajo serio, ya empiezas a tener una edad. Además, ha llegado una carta a casa con información de una empresa de moda. ¿Qué estás haciendo con tu vida?

Visto

En aquel momento tenía que centrarme y terminar las pocas semanas de contrato en La Casa del Terror, para luego dedicarme en cuerpo y alma a las prácticas de final de carrera. Afortunadamente, había podido ahorrar algo de dinero para mantenerme durante los meses que no iba a recibir ningún sueldo. Mi vida se estaba tornando incierta y complicada, y con ello comenzaban las palpitaciones en mi cuerpo. ¡Basta! Decidí no darle más vueltas al asunto y meterme a fondo en mi personaje. Recordé la frase de Morticia Addams «Lo que es normal para la araña es el caos para la mosca». Por una vez sabía lo que estaba haciendo y hacia dónde me dirigía. Nadie podía estropear mi destino, nada, excepto mi teléfono móvil.

—Vamos a ver... ¿Quién es el inteligente que se ha traído el móvil al túnel del terror? —Ahí estaba yo sonrojada intentando acabar con el volumen de la banda sonora que me iba a llevar directa a la oficina del paro—. ¡Morticia, a dirección ya! —Vaya tela, llevaba allí casi un año y aún no sabían mi nombre.

Mientras esperaba en la antesala de mi despido, el teléfono móvil comenzó a sonar de nuevo bajo la fulminante mirada del encargado, que esperaba con ansias ver la guillotina caer sobre mi nuca.

—Dígame —respondía firmemente mientras recordaba la frase de mi abuela materna «Después del gusto que venga el susto». Definitivamente, ya no tenía nada más que perder.

—Buenas tardes, señorita Parisi. Le llamo de la empresa de moda Wood's en Amberes en relación con su solicitud de prácticas. Viendo su baremo de notas, cuenta con el mejor expediente académico de su promoción, además de haber recibido numerosos premios en los concursos realizados por el centro de Marangoni de Londres. Nos encantaría poder concertar una entrevista con usted para el puesto de asistente de dirección del Departamento de Diseño y

Moda.

Mientras el encargado del parque comenzaba a entrar en una especie de cólera contenida que iba a reventar por algún lado como una olla exprés, decidí, sin haber colgado aún la llamada, quitarme la peluca y colocarla sobre la cabeza brillante y calva de aquel señor.

—¡Hala! A ti te queda mejor. Bendiciones, Morticio. —Haciendo alarde de mis nulos conocimientos de español latino, me dirigí hacia los camerinos de La Casa del Terror para recoger mi bolso y volverme a disfrazarme de mí misma.

Dos *gin tonics* y varias bromas después me encontraba con mi carta de despido y mis ya excompañeros de trabajo en uno de los *pubs* más exclusivos de Londres. La ocasión lo merecía. Harry no podía parar de llorar de risa mientras le relataban los mejores momentos de mi mítico despido.

—Brindemos por Morticio y por la nueva vida de Lucia en Amberes. El sonido de las copas al chocar anunciaba el final de las caretas y la despedida de los disfraces.

CAPÍTULO IX

A

quella mañana de diciembre me desperté con vistas a los treinta años, que me acechaban al otro lado del viernes. Me levantaba de nuevo, una vez más, con esa sensación de querer encontrar mi sitio en el mundo, necesitando sentir un hogar como un estado, y no como un destino. Estaba físicamente lejos de casa y emocionalmente lejos de mí. Lo había conseguido todo; sin embargo, continuaba sin ser feliz.

Amberes amanecía mojado y con olor a chocolate. Enrollaba la persiana entre bostezos, mirando aún el cielo oscuro y las farolas que iluminaban desde la avenida principal hasta la catedral. Mientras, mis perros, Scooby y Kiwi, me observaban con cara de desaprobación al ser testigos de mis múltiples postergaciones de la alarma. Esta ciudad tampoco era santo de su devoción. Estaban acostumbrados al calor de Nápoles y empezaban a experimentar ya cierto rechazo a los chubasqueros caninos, de los que no se desprendían desde nuestra vida en Londres.

—¿Quién quiere un cacharrito de pienso para desayunar? —les decía con voz infantil teniendo la certeza, tanto ellos como yo, de que esa era la única opción de menú.

Después de seleccionar el *outfit* del día y de despojarme de mis pensamientos debajo de la alcachofa de la ducha, me perfumaba de Chanel N.º 5. Seguía inconscientemente la misma línea genealógica de un árbol que ya era necesario podar. Dejaba de lado mis zapatillas peludas en forma de jirafa para darle paso a los Louboutin. Su altura era directamente proporcional a la autoestima que me faltaba. Tapaba con antiojeras los desvelos de aquellas noches en las que envolvía mi cerebro en pensamientos que ponían rumbo hacia mi autosabotaje. Afloraban los pensamientos recurrentes de un diálogo interno dañino: ¿cuántos vacíos seguiría llenando con personas que no estaban realmente preparadas para amarme?; ¿cuántas cuerdas usaría hoy para hacerme mi propia trampa, que me hiciese sentir la protección de aquellos años en los que me

encerraba en el interior un armario? Se repetía de nuevo el ciclo, solo que esta vez las blusas de seda se cambiaban por americanas y yo escribía ahora las historias dentro de un gran vestidor.

—¡Joder, Kiwi, llego tarde!

Salía de casa dándole a mis dos hijos caninos un beso en la cabeza, dejándoles claramente visible el carmín rojo pasión en su pelaje marrón. Mientras cogía las llaves, les daba la explicación cotidiana de que no tardaría mucho en volver, algo que ellos no entendían y que tampoco les importaba lo más mínimo, pero que a mí me aliviaba la conciencia de dejarlos tantas horas solos.

Era lunes de nuevo en aquella oficina en la que había comenzado como asistente de dirección en prácticas, hasta que tras varios meses mi jefa decidió mudarse a París con su nuevo marido. Los directivos prefirieron que yo ocupase su puesto, ya que estaba habituada a todas las tareas que realizamos cotidianamente bajo el método Wood's. Durante varias semanas estuve saturada de tareas, las suyas y las mías. Así que entre café y café recordé una de las ocurrencias de Harry.

«Cuando la mujer se convierte en amante, el puesto queda vacante». Estaba claro que este dicho también podía aplicarse al trabajo. Necesitaba una ayudante, así que, tras esta reflexión, me dirigí hacia la planta 15 del edificio a solicitar en recursos humanos el refuerzo de un asistente de dirección.

Tras una respuesta afirmativa, que esperaba no se alargase mucho en el tiempo, pensé en la falta de aire fresco que necesitaba el departamento; por otro, rezaba para que fuese una buena compañera de trabajo. Su llegada estaba prevista para mediados de semana; sin embargo, mientras estaba sumida en el programa de diseño, la responsable de recursos humanos tocó la puerta de mi despacho acompañada de una mujer rubia que podría ser perfectamente la hermana gemela de Kate Moss.

—Buenos días, Lucia. Te presento a Candela Evans, a partir de ahora te ayudará con las tareas del Departamento de Diseño y Moda.

Saludé a aquella mujer de unos cuarenta años que llevaba una riñonera rosa con flecos azul celeste, un diseño que me recordó a la nueva temporada de Antik Batik. Quizás podríamos llegar a compartir ideas y crear un estilo medio entre el suyo y el mío, aunque en el fondo resultaba algo estrambótico y poco comercial.

—Buenos días, encantada de conocerte, soy Lucia Parisi. Bienvenida a Wood's. —Me disponía a darle dos besos. Sin embargo, mi cuerpo, por impulso, me llevó a abrazarla de modo inconsciente.

Durante aquella mañana estuvimos de ruta turística por el edificio, que albergaba quince plantas. Paseamos por todos aquellos rincones, donde cada engranaje empresarial era imprescindible para que Wood's estuviese posicionada como una de las mejores empresas de moda a nivel mundial. Éramos como pequeñas hormigas, cada una organizada y centrada en su función específica, pero a la vez, trabajando en equipo. Nosotras nos situábamos en la planta número 14, en un espacio compuesto por dos despachos, sala de fotografía, costura y desfile, donde realizábamos los ensayos generales antes de cada evento.

Nuestras actividades se resumían en diseñar y dibujar prendas para cada colección; bocetos; prototipos; seleccionar las telas, y asistir semanalmente a eventos. Por lo que realmente no íbamos a pasar demasiado tiempo dentro de la oficina, sino dentro de los aviones. Este era el tipo de trabajo que me gustaba: cero rutinas y nuevas experiencias diarias. Por lo visto, Candela también compartía esta misma ideología conmigo. No solo era *hippie* de ropa, sino de espíritu.

Cuando estábamos a punto de finalizar la ruta y volver nuevamente a nuestra planta, el ascensor se detiene en la 13. Al abrirse las puertas entró Manu. Mis mejillas se pusieron del mismo color que la alfombra roja que presidía la entrada al edificio de Wood's. Candela me miró con incredulidad, sin dar crédito de por qué una mujer de treinta años se sonrojaba como una niña en el patio de preescolar.

Al sonar el «¡cling!» del ascensor se abrieron las puertas y nos dirigimos rápidamente hacia mi despacho, como si nos estuviera persiguiendo la policía.

—¿Me puedes explicar por qué corremos como si hubiéramos atracado un banco? ¿Quién era el buenorro ese? —Me sorprendió la confianza con la que Candela se dirigía a mí a tan solo medio día de habernos conocido. Me recordaba a aquellas noches en las discotecas londinenses, donde el alcohol convertía a todas las mujeres del baño en mejores amigas. Pero también desprendía cierta semejanza con la película *El cartero*³, de Neruda. Podría decir que Candela era el punto medio entre la cultura y la desinhibición. Seguramente, habríamos coincidido en vidas pasadas, en otro formato, en otro cuerpo y con otro tipo de relación. En una sola mañana nos habíamos hecho amigas íntimas.

—Es Manuel Goodfire, el redactor de la revista de Wood's. —En la empresa tenía la reputación de haber sido contratado por el apellido de su familia. Sin embargo, cuando leían sus artículos era evidente que tenía un talento nato para el periodismo y la comunicación.

3 Película grabada en la ciudad de Procida. Narra la insólita amistad entre un cartero y el gran poeta Pablo Neruda, quienes compartían el deslumbramiento por la creación y la libertad.

—¿Él va a ir a la fiesta de inauguración del *pub* que acaban de abrir en la esquina? —Candela estaba más al día que yo en las fiestas de la oficina, y tan solo llevaba unas horas aquí.

—Pues no lo sé, la que no iba a ir era yo. —En mi filosofía de vida tenía como regla principal no mezclar placer con trabajo, por lo que evitaba asistir a las fiestas con los compañeros de la oficina.

—¿Quieres que te preste unas horquillas? —Candela abrió su bolso en un intento de sacar algo que no tenía.

—¿Unas horquillas? —No entendía aún el humor australiano de Candela. Su país figuraba en un *ranking* de los veinte países con mayor sentido del humor a nivel mundial. Era irreverente, irónico, burlón y comprensible solo para unos cuantos afortunados.

—Sí, Meri, para terminar de hacerte el moño de señora mayor. El tacataca entiendo que lo tienes a buen recaudo dentro de este armario, ¿no? —Candela se levantaba hacia la puerta del vestidor donde se encontraban los bustos de los maniqués, que se caían por su mala colocación—. Pero ¡qué mujer tan ordenada eres!, ¿eh?

Estaba exhausta viendo como alguien había sido capaz de captar mi personalidad y todos mis

defectos tan rápidamente. Su naturalidad y su sarcasmo habían llegado a mi vida para que cambiase las gafas con las que veía la realidad. Estaba claro que me hacía falta perspectiva y un par de dioptrías.

CAPÍTULO X

L

os coches pasaban a toda velocidad al lado de los charcos que reposaban cerca de las aceras. Me escondía tras la pantalla del móvil, apoyada en un edificio de paquetería mientras esperaba la llegada de Candela. Habíamos quedado a las ocho en punto para ir a la inauguración del *pub*. Después de ocho horas juntas, su poder de convicción había hecho mella. Envuelta en tres capas de ropa y una bufanda, veía de lejos bajar del taxi a una mujer con una falda de cuero, que parecía inmune al frío de Amberes.

—Meri, perdona por el retraso. El taxista se puso intenso y le costó darme la copia del datáfono, y claramente esto lo tengo que entregar en recursos «inhumanos» para que me lo apunten en la nómina. —Me asombró que justamente hubiese retenido esa información de entre todo lo que le había explicado durante la mañana—. Los bolsos no se pagan solos. Una es *hippie*, pero con estilo.

Nos dirigimos al *pub* entre carcajadas.

El volumen de la música les echaba un pulso a los niveles máximos de decibelios. El reguetón de ultraperiferia retumbaba entre las paredes del *pub*, aclamando a los cuatro vientos la llegada de los *hits* de América Latina. No teníamos muy claro cómo se bailaba aquel tipo de música que incitaba a despojarse de los problemas y las preocupaciones entre las letras sin sentido. Miro de reojo la reacción de Candela. Visto el ritmo de sus caderas, estaba claro que el reguetón había llegado antes a Australia que a Procida.

—Cuanto más sube el volumen de la música, más se ignoran los problemas. Voy a por una copa. ¿Te traigo algo? —La voz de Candela luchaba por sobresalir sin demasiado éxito.

—Una cerveza sin alcohol.

No estaba acostumbrada a beber y me ponía muy sentimental cuando lo hacía, por lo que me comprometí a no saltar ciertas barreras que me hiciesen sacar a flote todo aquello que intentaba dejar intacto en el fondo de mar.

—Si quieres, te traigo una copa de Champán⁴. —Candela se alejaba entre carcajadas mientras continuaba hablándome—: Un buen copazo de *gin tonic*, que es lo que te hace falta para que te desmelenes. Con esa cara de revólver, pareciera que fueses a matar a alguien.

Candela se dirigía hacia la barra del bar a por los dos *gin tonics* mientras yo la esperaba en el medio de la pista, intentando adaptarme a un ritmo diferente de la música que estaba acostumbrada a bailar. A lo lejos veía una cara conocida que me hubiera gustado no reconocer. Nuestras miradas se cruzaron, pero no lo hicieron nuestras intenciones. Por mi parte, esta historia había terminado, pero él quería continuarla, borrando mi punto y final y mis límites. Le encantaba sobrescribir puntos suspensivos, que convertirían esta historia en una pesadilla interminable. Aquella noche había dejado en el banquillo sus infidelidades y la vergüenza para volver a acercarse a mí con una sonrisa y la intención de volver a atraparme. Mi corazón latía rápidamente, chocándose contra mi armadura, como cuando se quiere derribar una puerta y

escapar a toda prisa.

—Lucia, ¿qué haces aquí? Acabo de pasar por tu casa y no estabas. Ni siquiera me has enviado un mensaje de que ibas a salir.

Víctor era mi pareja a tiempo parcial, aparecía y desaparecía de mi vida sin explicaciones. Él no necesitaba dármelas y yo prefería mirar para otro lado y no reprocharle nada. El problema era que yo desaparecía del mundo y de mi propia vida cuando él decidía de forma unilateral que volvíamos a estar juntos.

—No habíamos quedado. ¿Ha pasado algo? —Le miraba con preocupación, expectante de que trajera consigo alguna mala noticia.

—Lo que pasa es que has salido a escondidas y te has vestido como una furcia para venir a buscar hombres. Está por aquí ese tal Manuel, ¿no? Por eso has venido. —El nivel de ira de Víctor aumentaba proporcionalmente a la velocidad de la retroalimentación ocasionada por su celopatía.

—A ver, ¿quién es el retrasado este? —Candela había entrado en la escena, creando el triángulo de las Bermudas. Estaba claro que aquella situación no podía terminar bien—. A ver, nada por aquí, nada por allá... —Ella me sujetaba el brazo en busca de algo que ni Víctor ni yo comprendíamos.

—¿Qué estás buscando? —le preguntaba a Candela sin entender absolutamente nada de lo que estaba pasando.

—Pues, Meri, estoy buscando el lugar del cuerpo donde tienes tatuado que eres de su propiedad. La mandíbula de Víctor comenzó a chasquear mientras apretaba los puños, una reacción que anunciaba la llegada de un nuevo brote psicótico. Sin embargo, antes de comenzar el *show*, decidió mirar primero a su alrededor. Al percatarse de que la directiva de Wood's se encontraba también en la inauguración del *pub*, decidió mantener su disfraz de persona civilizada; su posición social no podría verse afectada por un escándalo digno de una pelea callejera.

—Ya hablaremos, Lucia. —Tras clavarme una profunda mirada de odio y desprecio, se marchó, dejando en llamas de nuevo el jardín que me había costado reconstruir, esta vez, dos semanas. Candela me miró a los ojos, que habían perdido nuevamente la luz y se habían convertido en dos lunas llenas tristes. Víctor era especialista en arruinar los mejores momentos: cumpleaños, bodas, viajes y aquellas contadas ocasiones en las que me daba permiso a mí misma para disfrutar un poco más de la vida.

Candela me toma del brazo y me lleva a uno de los reservados.

—No te voy a pedir que me cuentes nada si no quieres. Se que nos acabamos de conocer hace apenas unas horas, pero quiero que entiendas que eres una mujer libre y puedes ir y hacer lo que te dé la gana sin darle explicaciones a nadie, y menos a un payaso como ese. —Candela me hablaba por primera vez con seriedad y preocupación, siendo más consciente que yo de la peligrosidad que encerraba esa relación.

—No quiero hacerle enfadar, Candela. Ahora todo se ha complicado y la situación entre los dos va a ser aún más tirante. —Tras ponerla al día con los antecedentes que me habían llevado a desembarcar en esa relación tóxica, me dio un abrazo reconfortante, un abrazo en el que se transmitía la fuerza suficiente y el apoyo necesario para querer dejarlo todo atrás y querer empezar de cero.

—Mira, si no lo dejas porque te trata mal, pues al menos déjalo por feo. Y te voy a decir una cosa: como te vuelva a ver mal por un hombre, te doy una sacudida que te cambio hasta de peinado. Hay que elegir muy bien en la vida las personas por las que se sufre, y ese tío no se lo merece, no te merece. No vale lo que duele. Ahora vamos a bailar. Vas a empezar a ver lo bonita

que es la vida siendo libre.

Tras dejar el cigarro a medio fuego en el cenicero del reservado en el que nos habíamos colado, volvimos nuevamente a la pista de baile. La música tamizaba mis pensamientos y mis tristezas, llegando a disfrutar de lo que quedaba de noche. Perdí el rumbo entre la melodía de Bob Marley. Ya eran las seis de la mañana. La noche había sido tan larga que me molestaban hasta los Louboutin.

—Eso te pasa por ser tan pija. Puedo descifrar el mensaje que intentas lanzar al mundo con esos tacones: reconocimiento, elegancia, exclusividad, la glorificación de la mujer... y, si no me equivoco, el estatus social de una familia de médicos. ¿O me equivoco? —Candela enrollaba su tabaco de liar en el alféizar de una ventana mientras había descrito a la perfección algunos de mis matices inculcados—. Candela, el dueño de la casa está dentro haciendo unas tostadas. Nos va a reprender como nos vea aquí. —Me invadía el síndrome de superresponsabilidad, improcedente en esa situación, que me servía también para escapar de aquel diagnóstico de la personalidad—. A ver... —se asomaba por el hueco entre las dos cortinas esperando ver el doble salto mortal de las tostadas. —¡Buah, chaval! ¿Está viendo *El silencio de los corderos* a esta hora?

Candela sabía que el cine no era mi fuerte, por lo que le ponía de los nervios no poder extrapolar las metáforas y los aprendizajes a mi vida. Después de que las últimas caladas del cigarro acompañasen la salida del sol, nos sentamos en un banco del parque a mirar el amanecer.

—Meri, ¿tú crees en el destino? —Candela se había puesto filosófica. Era una persona camaleónica con la que podrías hablar, reír y bromear, pero también con la que podías mantener una charla seria y trascendente.

—Yo creo que bajamos aquí con un propósito: a aprender y elegir consciente o inconscientemente el camino para llegar a ese aprendizaje. Digamos que somos dueñas de nuestro destino a tiempo parcial.

—Me ha gustado tu respuesta. Yo pienso igual, lo que a mí me gusta mucho es experimentar la vida en todos sus sentidos y facetas. Por cierto, esos zapatos de suela roja son una tortura de la Santa Inquisición, que lo sepas.

Y así, con un comentario retroactivo, zanjaba un tema del que no quería seguir hablando.

Habíamos estado a punto de abrir su cajón emocional, que estaba cerrado con doble llave, cadena y custodiado por un dragón. En el fondo sabía que su comportamiento era de autodefensa. Le costaba mostrar sus sentimientos, ya que en demasiadas ocasiones, al abrir sus alas y volar como un pájaro, le dispararon directamente en el corazón.

—Bueno, yo te he saturado con mi vida sentimental. Es tu turno, ¿no crees? —Intentaba arrancarle una respuesta en un último intento por conocerla aún más.

—Soy pansexual, me gustan las personas más allá de su género. Esto es una conversación de adultos, y tú tienes que irte ya a la cama. Te acompaño a tu apartamento. Cogemos tu coche del *parking*, pero conduzco yo.

4 Bebida refrescante de zumo de frutas con azúcar que se utiliza en los cumpleaños infantiles para simular el consumo de una copa de champán.

CAPÍTULO XI

S

onaba la alarma que anunciaba la llegada del comentario más repetido durante el día de mi cumpleaños: «Es martes 13, el día de la mala suerte». Afortunadamente, yo nací un domingo,

pero, de todos modos, cargaba con la cruz de los malos augurios desde que el ginecólogo decidió obligarme a enfrentarme a la vida a través de unos fórceps. Esos elementos sacados directamente de una sala de tortura eran los responsables de mis terrores nocturnos y de mis ojeras, aunque también los reproches de mi madre sobre sus dieciséis horas de parto.

Tenía muchas razones para no querer salir al exterior. La primera fue que aquel día los alumnos de la Universidad de Nápoles habían asistido a convalidar horas de prácticas de ginecología. Estaba claro que algo de artista tenía que tener si ya nací con público. La segunda razón era que estaba demasiado cómoda dentro de mi madre como para salir a combatir contra el mundo, y sobre todo despertarme temprano. Odiaba madrugar.

Ya había pospuesto el despertador tres veces, y, como de costumbre, mis perros entraban en el dormitorio de nuevo reclamando su desayuno. Sus bigotes en mi nariz me recordaban que tenía que ponerme en pie antes de que llegase tarde a Wood's.

Decidí vestirme con algo más especial para desbloquear el nivel 30. Me subo al SUV, donde el reguetón de Don Omar inundaba el coche de un momento a otro, haciéndome recordar la motivación con la que Candela había aparcado la noche anterior. Al llegar a mi despacho estaba todo sospechosamente tranquilo. Me acerqué a la sala de ensayo, que estaba completamente oscura. De un momento a otro se encendieron unos focos directos apuntando hacia mi cara. Me recordaron a los de aquel paritorio.

—¡Felicidades, Meri! Ya eres toda una señora. —Candela salía del *backstage* con una super tarta de frambuesa más grande que ella.

Los compañeros de la empresa aplaudían esperando con ansiedad el trozo de pastel que les tocaba.

—Candela, no hacía falta que montases todo este revuelo —le susurraba al oído mientras me percataba de que el chico de la planta 13 estaba allí.

—Ven. Tengo que darte tu regalo, seguro que te va a alegrar la mañana y el resto del día. —Coge con emoción mi mano y me arrastra hasta su despacho.

—Miedo me das.

Candela era una mujer sensata, pero altamente impredecible. Me encantaba ese misterio que estaba a punto de revelarse. Introduce la mano en el bolso y extrae una caja blanca y transparente que tenía menos color que mi cara.

—Mira, Meri, tiene hasta diez velocidades y, si le pulsas varias veces en este botón lateral, cambia de vibración. —Candela describía las funciones de aquel vibrador como si se hubiese tatuado a fuego las instrucciones en el cerebro. Luego pensé que quizás tuviera más experiencia en la práctica que en la teoría.

Aquella situación me recordó a la primera cita con la ginecóloga.

Había acudido a la consulta con mi madre y mis complejos. La doctora era sincera y directa, por lo que el interrogatorio comenzó fuerte.

—¿Has mantenido ya tu primera relación sexual, Lucia?

Mi madre, conservadora como buena señora italiana de rosquete, me miraba de reojo intentando modificar una realidad más que evidente. Ese fue mi primer trauma con el sexo y mi

primer cambio de colegio. Una bronca y seis horas después me encontraba en el avión rumbo al internado en Suiza, un vuelo que marcaba distancia entre mi sexualidad y yo.

—No me cuentes cuentos. Es hora de romper traumas y desenrollar esa serpiente kundalini, así que aquí tienes la caja con el vibrador pijo de diseño, que he mandado hasta serigrafiarlo con tus iniciales. Y por aquí un bono para una sesión de activación sexual.

Candela se había hecho con el *pack* completo, solucionando la parte técnica de mis problemas con el sexo. Tenía marcado como objetivo ayudarme a encontrar a esa diosa interior que estaba perdida por algún rincón del Olimpo. ¿Había llegado el punto donde estaba preparada para conocerme íntimamente? Mis viejos esquemas y paradigmas comenzaron a hacerse añicos desde que ella entró en mi vida.

—Aunque no lo creas, hasta las princesas Disney se masturban, Meri. ¿Tú crees que Blancanieves o la Bella Durmiente iban a estar tanto tiempo en una cama de dos por dos sin echar un polvo? —Candela siempre encontraba una comparación entre mis expectativas, la realidad y los prejuicios generacionales.

Mientras discutíamos sobre la vida sexual de los dibujos animados, me preguntaba cómo iba a concebir el sexo separado del amor y también experimentar el autoplacer sin remordimiento.

—Ahora en serio, Lucia. Tú lo que necesitas es que el *hippie* de la planta 13 te enseñe otras formas de vivir la vida, así que empieza a ir un poco más a tu bola y a esperar a que las únicas velas que vayas a soplar sean las de la tarta, y no las que colocas en la habitación para simular un romanticismo de Shakespeare.

Últimamente mis historias terminaban en tragedia, comúnmente con la caída del narcisista que moría en mi mente de traumatismo craneoencefálico al aterrizar de cabeza desde el pedestal en el que yo misma le había subido.

En ocasiones me preguntaba qué sucesos le habían llevado a Candela a ser tan fría en las relaciones y no involucrarse más de la cuenta. Aunque quizás la que no aprendía las lecciones era yo, que seguía aventurándome hacia los mismos ríos revueltos una y otra vez, esperando que la corriente no me arrastrase. Si los resultados habían sido siempre los mismos, tendría que empezar a hacer acciones distintas. Era un nuevo año y, por lo tanto, un nuevo renacer, así que metí el vibrador y el bono en el bolso de Balenciaga y me puse a diseñar la colección de calzado y complementos de la temporada primavera-verano.

—Meri, una última cosa: sabes que puedes estar con el hombre que te dé la gana, ¿no? Miras tanto al suelo que no te das cuenta de lo que sucede a tu alrededor. —Sus comentarios repentinos y derivados del poder de leer mentes me pararon en seco. En aquel momento rompí el techo de cristal, dándome cuenta de que nunca me había permitido elegir, sino ser elegida.

CAPÍTULO XII

—¿Puedes venir un momentito a mi despacho, por favor?

Candela golpeaba suavemente con los nudillos mi puerta, escondida tras las gafas de sol, que ocultaban las ojeras originadas por las horas de celebración de mi cumpleaños.

—Buenos días, pija.

—Algún día me contarás tu secreto. No me explico cómo puedes estar tan fresca. —Candela se acercaba a mi mesa, donde se encontraba el *planning* de eventos de la semana.

—A ver, tenemos un problema. Nos han enviado dos invitaciones para un evento el mismo día, así que vamos a tener que repartirnos la asistencia. —Amplió y hago *scroll* en la pantalla del ordenador—. Tenemos un festival fusión de música electrónica, arte y moda en Ibiza, y, por otro lado, un seminario sobre la historia de la moda. ¿Cuál eliges?

—¿Cuándo dices que sale el avión para Ibiza? —Candela lo tenía claro y mi cuerpo no aguantaba otro *round* de música tecno.

—Adjudicado.

A las cinco de la tarde me encontraba en aquel evento, en el que predominaban el perfume caro, el vino añejo y los abrigos de visón. Asistir a este tipo de actos era parte de aquel trabajo, que obligaba a establecer relaciones vacías e impersonales de forma premeditada. ¿El objetivo principal? Salir en la foto. En mitad del vacío de la muchedumbre, enviaba mis agradecimientos mentalmente al creador del teléfono móvil. La pantalla táctil era mi mejor escondite para las miradas unidireccionales que encerraban segundas intenciones. Aquel momento no se diferenciaba demasiado de mi experiencia en Whitechapel.

Mientras gestionaba mis emociones, me gratificaba pensando en las pocas semanas que quedaban para las vacaciones. Bali podría ser un buen destino para escapar de la realidad, aunque, al mismo tiempo, me preguntaba por qué necesitaba una recompensa por un proceso que ya de inicio era bueno para mí.

Era la primera vez que viajaba sola en un evento empresarial desde mi nombramiento como directora. En Wood's, nos organizábamos para viajar con nuestros asistentes; en mi caso, con Candela. Era el soporte que daba nombre a todos los rostros, como en la película *El diablo viste de Prada*. Uno de los puntos positivos de tener una buena relación profesional y personal con ella era elegir aeropuertos como puntos de encuentro al terminar de trabajar. Así que, en cuanto finalizó el *networking*, me puse en marcha hacia el aeropuerto de Luton, Londres.

Tras recoger las maletas de la cinta, me encontré con Candela en la zona de úberes, que nos llevaría directamente al hotel. Redactaba en el asiento trasero el informe sobre el evento al que había acudido Candela. Ella me redactaba su experiencia con pelos y señales. Quería dejar las tareas concluidas con doble *check* para disfrutar al completo del fin de semana. Candem Town era una parada obligatoria para desconectar.

Me preguntaba en qué momento empecé a huir de las relaciones sociales y adentrarme en una vida más relajada, en la que apreciaba los pequeños detalles y momentos que me ofrecía la vida. Mi mente paró a la misma vez que el uber al llegar a Candem. Respiré y comencé a observar con detenimiento todo lo que sucedía a mi alrededor. Sentía el sol en la piel, el olor a especias del puesto hindú que se colaba en mi nariz. Entre la muchedumbre se encontraba un adolescente envuelto en una bata blanca y una toalla en la cabeza. Bailaba un estilo *funky* con la finalidad de volverse viral en TikTok. Candem Town seguía en la línea de ser el escenario de muchos artistas en busca de su primera oportunidad. A lo lejos, un irlandés servía té disfrazado del Sombrero Loco. Había expuesto la escenografía completa: mesas, relojes, tazas...

—¡Vamos a tomar té con el Sombrero Loco!

La reacción de Candela me sobresaltó. A ella también le había llamado la atención el mismo puesto, así que decidimos apoyar aquella obra de arte con un donativo y una fotografía que

publicaremos en nuestro Instagram.

Caía la tarde noche, y Candem no era una ciudad lo suficientemente segura para esta franja horaria. Revisando los mensajes, nuestros compañeros de trabajo habían comentado en el grupo de WhatsApp que asistirían a la London Fashion Week y que posteriormente irían de copas. Se nos acumulaban los planes. Estaba acostumbrada a trabajar dieciséis horas al día para evitar dejar entrar los pensamientos intrusivos.

—Candela, hoy vamos a tomárnoslo con calma y descansar. En unos días hay que cruzar el charco.

Tres *gin tonics* después ya eran las siete de la mañana del domingo. Nos encontrábamos en el aeropuerto, preparadas para embarcarnos hacia el encuentro de jóvenes diseñadores en la Vogue Summer School de Miami.

—Con este trabajo voy a terminar de paciente de tu madre, internada en cualquier psiquiátrico situado en la parte del mundo en la que me encuentre. Últimamente me levanto por las mañanas y no sé ni dónde estoy. Supongo que a ellas les pasará lo mismo. —Candela señalaba a la azafata que venía hacia nosotras con el carrito y el menú.

Durante el vuelo había distribuido mi tiempo entre películas y juegos de tablet, mientras que ella había decidido bajar su antifaz y despedirse por un rato de la luz y del mundo. Ocho horas más tarde nos encontrábamos sobrevolando Miami. Era uno de mis lugares favoritos en el mundo, y compartirlo con ella iba a ser una experiencia maravillosa. Minutos antes de aterrizar ojeé la revista que estaba guardada dentro de la funda del asiento delantero. La portada estaba protagonizada por algunas fotografías de South Beach, que me trasladaban hacia los recuerdos de mi primera vez en la ciudad junto a Hugo.

Tras un largo control policial en aduanas, nos subimos al taxi. Los edificios llegaban tan alto que era casi imposible ver el cielo desde la ventanilla, aún menos con la contaminación lumínica. Habíamos llegado justo al anochecer a los estudios de la Vogue Summer School, que organizaba una reunión previa a la formación para que todos pudiéramos conocernos mejor antes de empezar al día siguiente con la teoría.

Para mi sorpresa, allí estaba Manuel, el famoso chico de la planta 13 de Wood's, que al parecer había acudido para cubrir la noticia de la formación interna.

Nos dirigimos rápidamente a la recepción para hacer el *checkin* mientras Candela me lanzaba miradas furtivas. Decidí no darle mayor trascendencia y apurarme por cambiarme de ropa, sustituyendo los tenis de viaje por los tacones de suela roja.

La música provenía de una cabina de DJ situada al otro lado de la zona de la piscina.

—¿Una copa de champán, señorita?

El camarero acercaba la bandeja hacia mí para coger aquella bebida que albergaba oro en su interior. De lejos observaba a Manu, con su libreta. Nuestras miradas se cruzaron y su bolígrafo cayó al suelo. De repente una voz me sobresalta:

—Mi amor, usted es tremenda mujer para ese diente de leche. —Eduardo, mi amigo cubano y director de moda de Wood's South Beach, había hecho acto de presencia justo detrás de mí. Su comentario hacia otro hombre no era más que una declaración de poder típica del género masculino.

—Eduardo, ¿cómo estás? Hacía meses que no nos veíamos. Ya ni pasas por Amberes a saludar a tu amiga. —Me alegraba volver a verle. Era de esas personas que, aunque estuviesen lejos, sabía que podía contar con ellas para todo, aunque sus intenciones fueran más allá de una genuina amistad.

—Ya tú sabes que la vida aquí es muy ajetreada, mi chica; pero no me olvido ti. Por cierto,

¿quién es esa rubia peligrosa que te acompaña? —Eduardo señalaba a Candela, que sorprendentemente se acercaba hacia nosotros arrastrando del brazo al famoso chico de la planta 13. Mi corazón en ese momento latía tan rápido que podía generar energía eólica para todo el continente.

—Manu, ella es mi amiga y jefa, Lucia. Tenía unas ganas locas de conocerte, ¿verdad? En ese momento sentí el mismo vértigo que cuando decidí hacer mi primer vuelo en parapente. Mientras tanto, la cara de Manuel hacía juego con el rojo de mi vestido.

—¿Su nombre es? —Eduardo había quedado atónico con la entrada en escena de Candela. Había perdido completamente el sentido espacio-tiempo. Sus ojos delataban un interés sexual que ahora se había desviado hacia ella.

—Yo soy Candela Evans, asistente de dirección de Wood's en Amberes. Estoy acompañando a Lucia en la formación. Por tu acento, entiendo que eres de Cuba, ¿no?

—Has acertado. Un gusto venir a estos eventos donde se conoce a jevas⁵ tan hermosas como usted. De hecho, antes de retirarme, aprovecho para invitarlas al *pub* de moda. En la vida todo se arregla bailando, ¿o no es así? —Había quedado claro que aquella noche íbamos a terminar en el Samba hasta que la luz del sol diera la orden de volver al hotel.

Manu seguía allí, sin saber muy bien cómo interactuar con nosotros ni su aportación en aquella conversación. Mientras Candela y Eduardo se ponían al día sobre su pasión por la música salsa, Manu y yo nos mirábamos de reojo, esperando a que apareciese algún motivo que nos pusiese en sincronía, como un engranaje al que solo le hacía falta un poco de aceite para ponerse en marcha.

5 'Mujer joven'.

La sensibilidad que desprendía me hacía sentir menos incomprendida y fuera de lugar en el mundo. Todavía quedaban personas con las que compartir personalidad y valores en una realidad en la que ser sensible y hombre era un acto de suicidio social inminente. Quien dijo que los hombres nunca lloraban no tenía ni idea de fisiología ni inteligencia emocional. Supongo que él me inspiraba a voltear a aquellas historias ya no de Disney, sino de Titanic, donde existía el amor entre dos adultos reales de carne y hueso. En aquel mundo en el que los sentimientos de una persona incrementaban su valor entre versos y besos. Supongo que fue en esa escena de no amor a primera vista donde empecé a creer que todos los seres humanos desprendían sentimientos bondadosos y genuinos con quien consideraban estrictamente necesario.

Después de la despedida de Hugo, creé una burbuja paralela en la que quería creer que las malas intenciones no existían, una burbuja compuesta por átomos de buenas intenciones en boca de quien promulgaba querernos.

Nunca se encuentra dos veces a la misma persona, menos en diferente cuerpo. Cuántos sapos disfrazados de príncipes se camuflarían de lo que nuestros ojos querían ver o quizás de lo que nuestras almas necesitaban sentir. Había besado a tantos príncipes en la búsqueda de algo insaciable que un día comprendí que solamente podría encontrar dentro de mí. Me costó tantas batallas entender que debía perder la guerra para ganarme a mí misma... Aprendiendo cada día más a desaprender a amar, para aprender de nuevo a amarme a mí, para luego poder amar a otro. Porque al final se trataba de experimentar una relación libre. Esa es la mejor combinación en el amor: una relación basada en la libertad y la confianza.

Aquel hombre me transmitía paz. Dejaba ver su alma y su ser al desnudo que no estaba

compuesto por malas artes, que buscaba, como yo, conectar. Una conexión que no se encuentra y no se da con cualquier persona ni en cualquier dimensión. A veces era necesario volar, extender las alas sobre un nuevo aire, sobre un nuevo paisaje que nutriese y aportase, que nos convirtiese en personas vitamina.

Manu me miraba con disimulo, pero no articulaba palabra, al menos con voz en *on*. Sus palabras se agolpaban en el pecho queriendo y pidiendo salir, con esas ansias de exponer todo aquello que era capaz de crear con su magia.

Su forma de ser me recordaba en cierto modo a Candela cuando le decía a Eimy, su pareja, que la quería en un susurro, cuando realmente quería gritarlo a los cuatro vientos. Un tono que se reducía en base al miedo al rechazo, a no encontrar la misma respuesta. Evitando volver a sufrir el dolor de un amor no correspondido. Ella sabía lo que era amar, ella ya sabía lo que era el amor. Porque no se lo entregaba a cualquiera, primero se lo entregaba a sí misma. Yo, sin embargo, vivía obsesionada por encontrarlo fuera, cuando lo tenía tan cerca, y no me refiero a él. No existe una tercera persona en esta ecuación del amor propio...

—Es gay. —Candela acababa de poner en *pause* y derrumbar todo mi diálogo interno que había construido como la torre de Babel—. Aunque parezca un tópico, lo es. Me atrevería a decir que es pansexual, como yo. Ya te estaba viendo en tu cara cómo lo subías al pedestal y cómo te estabas haciendo ilusiones, así que, amiga, te paro en seco antes de que empieces a pensar en el nombre que le vas a poner a vuestros hijos. Espero haber llegado a tiempo.

Mi entrada en estado de *shock* debía haber hecho eco en una dimensión paralela, comparable con el derrape del Correcaminos al llegar al borde del precipicio. Al menos esta vez había conseguido detenerme y no caer en picado. La noche y el cóctel transcurrían su curso normal, y, después de hablar durante horas con Manu desde el enfoque de la amistad, decidí darle un pase preferente a mi vida.

CAPITULO XIII

E

ra domingo en South Beach, en la radio sonaban todas aquellas canciones nuevas y desconocidas de reguetón recién salidas del horno. La luz inundaba mi habitación, situada en la planta 27 de uno de los rascacielos más altos de Miami. Mientras combinaba el cepillado de dientes con los pasos de baile, imaginaba al otro lado de la radio a sus autores, que esperaban ansiosos la llamada de una productora que les hiciese saltar a la fama.

Era la hora de volver al curso de formación. Durante la mañana disfrutamos de las nuevas tendencias en moda, que pronto se presentarían en Europa. El reloj marcaba las tres y la hora de comer. La noche anterior había quedado con Manu para almorzar en un restaurante chileno y luego hacer la digestión en la playa. Media hora más tarde me encontraba en la entrada del local mirando mi reloj digital. Al levantar la mirada, le veo aparecer con una camiseta de los Lakers, una sonrisa de oreja a oreja y un ramo de flores.

—Espero que te guste. —Me decía mientras yo intentaba disimular mi cara de asombro ante un

gesto que ya consideraba renacentista.

Entramos en el restaurante, donde comenzamos a pedir una variedad de entrantes que nos hicieran sentir dentro de un país extranjero. En mi cabeza, donde todo tenía que tener un porqué, se estaba produciendo un cortocircuito. ¿Por qué me regalaba flores y pasaba tiempo conmigo? Tenía preferencia por los hombres, y más concretamente por su novio. En ese momento me acordé del término pansexual, del concepto relación abierta y el adjetivo que me adjudicaba constantemente Candela: «Eres una cerrada de mollera⁶».

Después de hablar largo y tendido de camino a la playa sobre nuestras historias de vida sin protección ni crema solar, desnudamos todo nuestro mundo interior, indagando en heridas que ya estaban cerradas y que posteriormente cicatrizamos nuevamente con un baño de agua salada.

Aquella tarde la temperatura era excesivamente alta. Por alguna extraña razón, mantenía el ritual de introducir mi dedo pulgar del pie en el mar como primera toma de contacto.

—¿Qué? ¿Metiendo el termómetro? —Asombrosamente, Manu se había soltado emocional y verbalmente conmigo. Al menos ya tenía la suficiente confianza como para bromear.

—Esperaba que el agua estuviese fría como la de Sint Annastrand. —No me acostumbraba a que el océano Atlántico se encontrase tan caliente como mi cerveza. Aun así, sumergí mi cabeza en el agua, que arrastraba las malas vibraciones y pensamientos. Reposaba el cuerpo, que permanecía a flote, dejándose llevar por el arrorro⁷ de las olas.

Al regresar a la toalla, los efectos producidos por la resaca volvieron a apoderarse de mi cuerpo.

—¿Estás bien? —Manu se preocupaba por mi estado, ya que sabía que no había descansado prácticamente nada tras el curso y la salida al Samba con Eduardo.

—Sí, voy a cerrar los ojos un rato a ver si se me pasa el mareo.

Mis párpados cayeron repentinamente mientras la brisa y los últimos rayos de sol me acariciaban la piel. Estaba en paz y tranquila, hasta que unos minutos después sentí unos bigotes tocándome la nariz. Por un momento pensé que estaba en mi piso de Amberes.

6 Expresión usada para indicar que alguien es cabezota, terco u obstinado. 7 Canción de cuna de origen canario.

—Scooby, te echo ahora de comer —le decía a un labrador miamense, al que, sin saberlo, le estaba creando una crisis de identidad.

Manu, que acababa de despertarse también de su siesta, comenzó a reírse de aquel momento tan cómico. Todo eran risas hasta que el labrador, en un ataque de *vendetta*⁸ personal, decidió echar a correr con las chanclas de Manu en la boca. Estuvimos varios minutos corriendo por la orilla de South Beach intentando solucionar aquel hurto canino que nos impedía regresar al hotel, donde pronto empezaría el cóctel. Como un buen equipo, nos organizamos en círculo trazando un plan estratégico, como si de la final de un partido de béisbol se tratase. Tras abordar al labrador conseguimos recuperarlas, cerrando aquella situación que había generado más expectación que el programa de Oprah Winfrey.

De camino a casa Manu y yo nos reíamos por el acantilado dialéctico que nos separaba.

—De verdad, cuando hablo contigo parece que estoy con un extranjero; tienes unas palabras y

unas frases que solo se escuchan en las profundidades de Nápoles. —Él también era italiano, pero del centro de Milán.

¿Qué estaba pasando con mi apego y mi dependencia emocional? Estaba aceptando relaciones desde otro punto. Por un lado, me sentía libre por ser dueña y señora de mis propias emociones y reconducciones psicológicas; por otro lado, no entendía cómo había podido asumir tan fácilmente que no íbamos a tener una relación romántica y que ahora incluso prefería tenerle como un buen amigo.

Al llegar al hotel, Candela estaba en el *hall* esperando para entrar nuevamente en la sala de formación.

—Vamos, Meri, que va a empezar la última *masterclass* de Tendencias. Justo después de terminar tenemos que irnos directas al aeropuerto, mi maleta ya está en consigna.

8 ‘Venganza’.

¿En qué momento habían cambiado las tornas y era ella la responsable de esta relación de amistad?

Subí corriendo a la habitación y dejé todo preparado. Era la primera vez que me había permitido fluir. Empecé a culpabilizarme por haber soltado el control, ya que la mayor parte de las veces que lo había intentado había acabado estresada y rota emocionalmente.

CAPÍTULO XIV

H

acía un par de días que había llegado de Miami. Afortunadamente, tenía todo el fin de semana para recuperarme del *jet lag*. Saco el bol de leche del microondas y sirvo los cereales de chocolate mientras ojeo las notificaciones de mis redes sociales, en las que saltan publicaciones psicológicas de forma *random*.

Somos de quien pensamos los domingos

Me cuestiono por qué reinan los perfiles de Instagram repletos de frases al estilo Mr. Wonderful. Ser de alguien no era para nada romántico; más bien hacía sentir a cualquier persona como una propiedad. Era la cárcel de la que todos queríamos escapar. Si yo hubiese tenido que crear una frase para ese domingo, hubiera sido «Con la puerta abierta nadie se va».

Era necesario dejar de jugar al estilo Tom y Jerry, en el que, cuanto más persigues a alguien, más huye.

Durante este tiempo estuve obsesionada buscando a mi alma gemela, mi media mitad, sin percatarme de que realmente yo ya era un ser completo, un ser que no se había llegado a conocer a sí mismo. Teniendo en cuenta mi historia, mi árbol y mis anteriores relaciones, estaba más que claro que tenía que elegir a alguien acorde a todo ello y a mi personalidad. Buscaba esa alma gemela con la que crear un imperio e ir a la par. Ese momento en el que haces un ademán de sorpresa al descubrir que a la otra persona no le gusta el queso ni los bordes de la *pizza*, aunque extrañamente la combinación de ambas sea deliciosa.

Era cuestión de complementar, y no completar. El concepto alma gemela estaba manido y sobrevalorado, siendo el arma perfecta de psicópatas narcisistas que actuaban interpretando un

papel que les quedaba grande. Aunque, como todo en este mundo tenía su función, las abejas polinizaban y los narcisistas te enseñaban a amarte, ocupando un papel imprescindible en el ecosistema. Si conseguías salir de la trampa del ratón, te dabas cuenta de que te habías enamorado de ti, de tu imagen y de tu reflejo en ellos.

Hacía un sol de justicia en Amberes. De camino al río, escuchaba en la radio un *podcast* sobre el poliamor, en las que la mente experimenta sin barreras. De repente el audio se puso en pausa para darle paso a la llamada entrante de Candela.

—Meri, ¿qué haces?

Candela siempre tenía planes en los días libres, por lo que siempre la catalogaba como no disponible. Yo desde luego prefería quedarme con la manta en el sofá viendo películas o irme con mi pamera cerca del río a leer un buen libro.

—Me apuesto lo que quieras a que estás en el sofá con la manta y los perros. Solo te falta el helado de vainilla.

—Pues esta vez tu bola de cristal te ha fallado, estoy de camino al río.

—A ver, envíame ubicación ahora mismo y aparca el coche. Tenemos unos días de puente en el trabajo y no tenemos que volver a ese edificio hasta el miércoles, así que vístete, que nos vamos al aeropuerto, paso a por ti ya.

Mientras esperaba a Candela dentro del coche, como si estuviéramos planeando un golpe a un banco, me acordaba de que no tenía maleta. Miré hacia el asiento del copiloto haciendo recuento de mis objetos personales: la documentación, la crema solar y el bikini. El ruido de la bocina me hizo levantar la mirada y ver a mi izquierda el descapotable de Candela.

—¡Nos vamos a España, Meri! —Candela levantaba los pasaportes y los billetes con su mano derecha. Estaba claro que en este viaje iba a aprender a vivir con lo mínimo. Aunque a su espíritu *hippie* le acompañaban una funda de almohada, una bajera y unas toallas. Contradicciones...

Tres horas y media más tarde me encontraba entre los puestos de la playa buscando algún *outfit* con el que bajar desde el apartamento a la playa malagueña. Candela me había escondido la parte de arriba del bikini. Decidí extender la toalla y tomar el sol un rato, negándome rotundamente a bañarme en La Malagueta en toples.

—Candela, dime por favor que la parte de arriba está en el bolso de la playa. —Rebuscaba en él con la poca esperanza de que no me hubiese puesto la prueba de enfrentar mis demonios.

—Es hora de que te liberes. ¿Has visto cuántas personas hay en pelotas? ¿De verdad crees que se van a parar a mirarte extrañados? Fíjate en aquel de allá, no le da reparo estar jugando a las palas desnudo y agacharse a recoger la pelota. ¡Joder, qué asco!

Aquella imagen horripilante, que me hubiera gustado eliminar de mi mente con un «Control» más «Suprimir», me hizo despejar mis complejos y ponerme bocarriba en la toalla. Era un paso.

—De eso nada, monada. —Candela me arrastró por los tobillos hacia la costa, donde una ola me revolcó—. Hala, ya estás mojada y el mar te tapa lo que no quieres enseñar. De verdad, ni que fueras la única persona con tetas en el mundo.

En el cielo no había ni una nube. Estaban todas escondidas, como mi cuerpo. Corrí directa hacia la toalla de mandalas, ocultándome entre mis propios abrazos, acostándome bocabajo y esperando que fuese la hora de volver al hotel para ponerme algo de ropa por encima.

Cuando logré ubicarme y recobrar la respiración a una velocidad normal, miré a Candela a través de los mechones que me dejaban un ojo al descubierto. Caí en la conclusión de que me estaba

perdiendo las mejores sensaciones de la vida por darle prioridad a pensamientos que no dependían de mí, a la par que me hacían dependiente de vivir una realidad de postureo⁹. Candela, por su parte, disfrutaba del viento, del mar y de la sal. Entraba en la orilla sorteando las olas y sintiendo una mezcla entre placer e impacto cada vez que una ola rompía en su pecho. Mientras, yo la observaba desde la toalla, «con-sintiendo» la envidia sana de que algún día lograría quitarle poder y sonido al qué dirán.

De momento, ya estaba en el camino. Al menos practicaba actividades distintas a las de mi yo de un par de meses antes de que Candela llegase mi vida a abrirme el paradigma y a enseñarme a ver el mundo con otros prismáticos.

Durante el resto de la tarde, nos incluimos con un grupo de *campers* que habían venido a Málaga a pasar el fin de semana. Tras ahorcarnos por bulerías a través de las cuerdas de sus guitarras, decidimos aceptar la alternativa de juntar las casetas de campaña y crear nuestro propio campamento en la playa.

Estaba rodeada de personas que no conocía de nada y con las que iba a compartir alojamiento, comida y nuevas experiencias. Mi timidez se había apartado por unos días, cediéndole el paso a mi verdadero yo, que realmente no tenía ningún tipo de problemas para relacionarse más allá del círculo común y cercano.

Mientras preparábamos la cena, contábamos historias y experiencias que intercalaban con alguna broma o comentario sarcástico. La música acompañaba las olas del mar junto con las congas.

Todos bailábamos alrededor de la hoguera, sintiendo los cuatro elementos al mismo tiempo. La brisa amenizaba el calor de aquella noche de verano mientras bailábamos en la arena con el mar refrescando nuestros pies. El fuego calentaba el jugoso asado argentino, que se encontraba en su punto exacto de sal.

—¿Otra cerveza? —Candela se había sentado en las escarpadas rocas amarillas a mi lado, cerciorándose de que mi nueva llegada a la vida estuviese yendo a la perfección del libre albedrío —. ¿Qué tal te lo estás pasando?

—Sinceramente, es la primera vez que respiro en tiempo presente y disfruto de este momento tan natural que estamos viviendo. Fíjate que ni siquiera me he preocupado por tener el pelo lleno de sal recogido en una trenza. —Sabía que ya había tiempo para llegar a casa y disfrutar de mi momento *spa*, con las mascarillas y cremas hidratantes. Por el momento, tocaba vivir las sensaciones al natural y llenarse las uñas de arena.

Por un segundo la imagen de mi madre aterrizó en mi mente. Qué diría si me viese rodeada de hombres y, ¡peor!, de personas que acababa de conocer hacía unas escasas horas. Seguramente barajaría en su cabeza el peor escenario posible, como una violación múltiple o un secuestro.

Aunque, pensándolo bien, si me hubieran secuestrado en tiempo y forma en esta playa, lo agradecería. Incluso me preguntaba cómo sería experimentar el vivir en una isla desierta con lo justo y necesario para cazar, pescar y hacer la comida en la hoguera. ¿Cuántas cosas necesitábamos realmente para vivir? En ese momento solo tenía clara una cosa: quería disfrutar y olvidarme de todo; tanto que no le puse mente a que cupiera la posibilidad de que animales varios pudieran pasearse cerca de nosotros o incluso formar parte de la red de inquilinos de nuestra tienda de campaña.

—¡Nos vamos a dar un baño! ¿Quién se apunta? —No sé bien en qué momento el reloj señalaba las diez de la mañana, pero estaban todos ya preparados, gafa de *snorkel* en mano, para seguir coleccionando experiencias.

Me puse en pie y me vestí rápidamente para participar en mi nueva misión. Era una pieza que la vida me regalaba para completar el puzzle de mi nuevo yo. Por primera vez me iba a sumergir en

el fondo del mar. Nunca me había atrevido a mirar qué había más allá, en las profundidades; al igual que tampoco había tenido el coraje suficiente como para mirar hacia mi interior. —Dame la mano, yo te acompaño y vamos a un ritmo tranquilo. —Una de las chicas del grupo se había ofrecido a guiarme. El agua comenzó a cubrir mi cuerpo hasta llegar a los oídos. Debajo del agua estaba a salvo, no se escuchaba nada, solamente las burbujas y la corriente del mar. Allí reinaba la paz no solo por el silencio, sino también por la ausencia de problemas, que se habían quedado atrás, en la costa. El agua estaba completamente limpia y fresca. Los peces pasaban al lado de nosotros con un respeto mutuo, que no se encontraba en el mundo humano. Una vez más se demostraba que los animales eran más civilizados que las personas. Supongo que el bautismo no solo se refería a esa primera inmersión en el agua, sino también a esa unión divina entre los dos mundos animales, un ritual que debía hacerse con veneración, al entrar en un entorno que no era el nuestro. Una adopción y admisión con el mundo marino que nos daba el regalo de disfrutar de otro tipo de paisajes.

Al salir del agua nos tumbamos todos en la arena, sin toalla ni protector solar. Era la primera vez, desde la universidad, que estaba en un grupo numeroso de amigos. Quizás este fue un sueño frustrado de pequeña: la aceptación de un clan que me veían de igual a igual y al natural me quería por lo que era, y no por mi profesión. Allí era Lucia, la chica de Procida que se integraba y seguía las bromas despreocupadas y comunes de desconocidos. Había abrazos, había amor, había amistad. En conclusión, era real. Yo era real.

De repente el sonido de mi móvil me devuelve nuevamente a la realidad.

—Tengo que contestar. —En la pantalla se reflejaba mi frustración en modo de llamada entrante —. Sí, mamá.

—Lucia, ¿dónde estás? Te he llamado a casa y no me has contestado. Le he marcado a la vecina Marisaura, y me ha dicho que te vio salir ayer a las doce de la mañana para la playa y no has vuelto a casa aún. ¿Me puedes decir dónde estás y con quién? — Mi madre, para variar, me estaba haciendo el tercer grado. Estuve a punto de sacar una libreta para apuntar todas sus preguntas e ir respondiendo en orden.

La famosa Marisaura era conocida en la zona residencial por llevar siempre encima una de las emisoras de la Policía amberina, por lo que tenía acceso a toda la información y jugaba con ventaja sobre los ladrones. Además, cada vez que llegaba un nuevo vecino al edificio, le hacía un *tour*, junto con un parte exhaustivo de la vida de cada uno de los propietarios de la zona. Al menos nos ahorrábamos las cámaras de seguridad del edificio y de toda la manzana. En mi urbanización no volaba una hoja sin que lo supiera Marisaura. ¡Qué fichaje se había perdido la CIA!

—Mamá, te contestaría por orden, pero me he olvidado ya hasta de la primera pregunta. En resumen, estoy con Candela y con unos amigos en España.

El cronómetro del reproche se había activado.

—Me parece muy bien que desconectes, pero al menos me podrías llamar y decir dónde estás, no tener que enterarme por Marisaura, que me ha llamado esta mañana porque ha visto con los prismáticos entrar a un chico llamado Manuel en tu apartamento. Le ha echado de comer dos veces a los perros. ¿Tú has pensado en qué puede pensar Hugo si vuelve a casa y hay otro hombre dentro? Deberías estarle guardando ausencia. Si hubieras sido mejor esposa, te hubiera elegido a ti, y no al trabajo.

Mi madre era especialista en arruinar todos mis momentos especiales. Parecía que también tuviese una radio policial para saber cuándo estaba cogiendo las tijeras para cortarme el cordón umbilical. No sabía qué tenía que ver Hugo en esta parte de mi vida, ya eso era hielo de otro

wiski, pero al final logró su retorcido cometido: dispararme directamente en las alas para enjaularme de nuevo.

—Mamá, me compraré un diccionario para poder entenderte. Primero me dices que trabajo mucho y que debería salir. Si no tengo pareja, es que soy una solterona; si estoy con alguien, no te gusta. Bueno, esto último lo entiendo porque tengo ojo de lince para elegir hombre. Pero ¡vives eternamente en un mar de contradicciones! Nada de lo que hago te parece bien, ni tampoco mi forma de vivir mi vida. Así que solo te voy a decir una cosa: lo siento, pero esta vez no pienso disculparme por ser feliz.

En el fondo me sentía culpable por haber finalizado la llamada con la misma intensidad de una novela mexicana digna de haber sido producida por Televisa¹⁰. Sin embargo, me sentía liberada. Se habían acabado las explicaciones y el esperar que otros viviesen mientras yo continuaba de espectadora. Al fin y al cabo, comprendí que la frustración que destilaba mi madre en mí era solo un reflejo de lo que siempre quiso ser, y no fue. Arraigada por esa crianza de los años 50, en la que la mujer tenía como función formar una familia con veinte años, casarse y trabajar, no había lugar para experimentar ni vivir. Como dijo algún filósofo, cuyo nombre no recordaba por las cervezas de más, «La mente finita no puede entender lo infinito». No se puede explicar un color sin verlo. Pero ese no era mi circo, ni tampoco eran mis monos. Me volví a seguir disfrutando de la fiesta sin el móvil. Por primera vez me relajé, bajé los hombros y continué disfrutando de lo que nos quedaba de vacaciones.

9 Comportamiento poco natural de una persona que se esfuerza por dar una imagen pública con el fin de conseguir la aprobación de terceras personas.

10 Canal mexicano donde se reproducen telenovelas latinoamericanas.

CAPÍTULO XV

—Pues yo creo que podríamos ir cambiando la decoración entre desfile y desfile: primero rosa, después amarillo, azul... —Las ideas de Virginia, la decoradora de Wood's, eran tan absurdas que unos días nos conducían hacia la obstinación y otras veces hacia la risa.

—Entonces, Virginia, según tu criterio, ¿vamos a tener que hacer una parada entre pase y pase de diez minutos para cambiar la decoración delante del público? ¿Así, a pelo, sin cortina ni nada?

—Candela le respondía con su lógica aplastante, cansada de los constantes alargamientos temporales de reuniones, en las que se podía resolver todo en cuestión de minutos. Todos sabíamos cómo iban las contrataciones en las empresas y todos sabíamos bien el verdadero motivo de la contratación de Virginia y la frase que mejor combinaba con su carta de presentación: «quien no tiene padrino no se casa».

Al fin habíamos salido de la infinita reunión grupal después de dos horas y media.

—No sé cómo lo verás tú, pero a mí me parece que el único currículum que tiene esta mujer es el apellido de su padre. — Candela me susurraba al oído comentarios crueles, pero ciertos, de camino al ascensor.

Mientras descendíamos hacia nuestra planta, recordábamos el largo proceso de selección para contratar a una ayudante de escenografía. Sin embargo, desde la dirección se tomó la decisión final de contratar a Virginia. En ese momento subyacía la eterna profecía de «donde manda patrón, no manda marinero». Por lo que me empecé a plantear por qué había dejado de lado mi camino al emprendimiento. Ser mi propia jefa estaba dejando de ser una opción en mi mente.

—Han llegado los nuevos muestrarios de tela. Dicen que nos los envían a la oficina, pero te iba a proponer salir a buscarlos y así nos da un poco el aire. La verdad es que no me apetece volver a encerrarme entre cuatro paredes. —Candela, al igual que yo, estaba saturada y con necesidad de subir sus niveles de cafeína.

—Venga, cojo el bolso y así nos despejamos. Todavía quedan muchísimas cosas que hacer. Mientras esperábamos al taxi, ojeaba en mi teléfono móvil, ajena al mundo, la larga lista de mensajes por responder.

—Meri, desde que bajamos te miran todos los hombres de esta oficina y también alguno que otro que ha pasado por la calle, y ni siquiera te das cuenta. Aunque realmente no entiendo la expresión de sus caras, es como si te tuvieran miedo, pero, por otro lado, te rezan como a una diosa.

Candela estaba pendiente de todo lo que sucedía a su alrededor. Captaba las directas y las indirectas. Supongo que era cuestión de edad y de experiencia. De hecho, resonaba el estribillo¹¹ del tema de Chenoa: «Cuando tú vas yo vengo de aquí».

Entre Candela y yo había una diferencia de edad de un poco más de diez años. Por lo que era lógico que ella ya había destapado la vida y disfrutaba de todo sin tapujos. Aunque no compartiésemos década, yo intentaba continuamente autoadelantarme por la derecha para lograr encontrar ese sosiego en medio de las batallas diarias.

Dos cafés y un muestrario de telas más tarde, me encontraba de vuelta en la oficina. Entré en mi despacho y me senté tras el escritorio de madera de cocobolo. Mientras se encendía el ordenador, apareció por defecto en la pantalla un paisaje de Procida.

¹¹ Cantante española que debutó en su adolescencia con temas pop.

Los recuerdos comenzaron a aflorar en mi mente, echando la vista atrás hasta Italia.

Durante este primer año en Amberes, había descubierto muchas cosas de mí. Como se decía en mi pueblo: «Burro cargado encuentra camino»¹². Recordaba todas aquellas veces que acudía corriendo hacia los brazos de mi madre en busca de la protección universal, que nunca llegaba a encontrar. Eran meras expectativas creadas por las películas americanas donde brillaba el ideal de familia perfecta. Mi madre y yo siempre fuimos como notas que compartían una misma melodía, pero que nunca lograban acompasarse y sonar en armonía. Chocábamos en el centro del pentagrama, aunque al menos ahí era el único punto en el que podíamos encontrarnos.

Algunos días puntuales de mi infancia, ella se despertaba con un buen humor sospechoso y la motivación de ser una madre comprensiva y cariñosa. Era entonces cuando cepillaba mi cabello para luego darle paso a unas coletas. Para mí aquel momento significaba mucho; no solo me peinaba el pelo, sino también el alma, aliviando así el dolor de la herida de rechazo, que hasta hoy continuaba latente.

Por la tarde jugábamos a las casitas, hasta que mi muñeco, llamado Pucherito, comenzaba a llorar tras ponerle las pilas triple A. Mi empatía hacía que, a la misma vez, yo llorase con él. Le había cambiado el pañal, le había dado de comer y lo tomaba en brazos. Sin embargo, el muñeco continuaba llorando desconsoladamente. ¿Qué más quería de mí? ¿Qué más podía hacer por él? El sentimiento de desesperación e impotencia me llevó a desembocar en la idea de que nunca sería una buena madre.

Nuestro día fraterno-filial finalizaba con una lectura de un cuento, concretamente el de la Bella

Durmiente. Se apoyaba en el borde de mi cama mientras las palabras iban bajando poco a poco mis párpados, como si del telón de un escenario se tratase. Había terminado el *show*. Mañana se encenderían de nuevo las luces de la realidad.

12 Refrán canario. Lo que mueve a actuar y a encontrar soluciones son las necesidades.

El teléfono de mi oficina suena.

—Lucia, tenemos junta general en cinco minutos con los holandeses. Nos van a presentar sus ideas para la colaboración del desfile de otoño.

Afortunadamente, Candela era mi refuerzo de agenda cuando mi día estaba completamente saturado. Dejé mis pensamientos en algún rincón de mi despacho con la idea y la intención de llamar a mi madre cuando saliese de la oficina.

Durante otra reunión programada, en principio para una hora, recogí las carpetas y me dirigí a mi despacho a por mi bolso e irme directa rumbo a casa. Hoy me encontraba tan extremadamente cansada que no tenía fuerzas para el *afterwork* de los viernes. Me apetecía tomar un poco de aire fresco, así que aproveché para pasear junto al río y encontrarme con mis pensamientos.

De camino y por inercia, me encontraba frente al restaurante hindú donde había cenado tantas noches con Víctor. No teníamos contacto desde aquella noche en la discoteca. Sus mensajes de texto habían adoptado por defecto el estado de entregado, pero no leído. Miraba el local con melancolía, recordando cómo se nos podía apreciar desde fuera, en aquella mesa que daba a la ventana y que imitaba perfectamente la Cúpula de la Roca de Jerusalén. La mesa estaba ocupada por otra pareja que se mostraba igual de feliz, o de lo que yo creía que era el concepto de la felicidad. Me di cuenta de que alguien me resultaba familiar. El hombre que destilaba ilusión por cada poro de la persona que tenía enfrente era Víctor, sentado exactamente en la misma mesa, nuestra mesa. Recreaba un recuerdo que al parecer no quería soltar y que repetía con otro personaje de su largo elenco. Al verme perpleja mirándole desde la calle, salió corriendo del restaurante para hablar conmigo. Es cierto que hacía algunas semanas que nuestra relación había acabado; sin embargo, me sorprendía la rapidez con la que podía reemplazar un cuerpo, un alma y un corazón, como si de unos pantalones vaqueros rotos se tratase. Decidí ahorrar en mi factura de agua cortando la trayectoria de mis lágrimas y continué caminando.

— ¡Lucia, espera! —me gritaba Víctor a lo lejos mientras yo me alejaba de lo que algún día había llamado «el amor de mi vida»—. De verdad que sigues siendo la misma niña insegura y celópata. Es solo una amiga.

Al escuchar de nuevo su voz, mis ojos quisieron convertirse en cataratas, necesitaban sacar de algún modo la decepción y la herida de traición que había vuelto a abrirse. Tuve que ponerles diques a mis lágrimas, al menos en ese momento, por dignidad. Recordé aquel San Valentín en el que nos encontrábamos haciendo el amor. Él paró de repente, me miró a los ojos y me dijo: «Si supieras realmente quién soy, no estarías enamorada de mí».

De repente Víctor se echa a correr y llega a la misma altura de la avenida. Me agarra por el brazo bruscamente y me detiene.

—¿Estás sorda o qué te pasa? Estoy intentando hablar contigo. —En ese momento suena el teléfono, era mi madre. Le había comentado que la llamaría de regreso a casa.

—Mamá, te llamo ahora. —Colgué la llamada evitando que se escuchase la voz de Víctor al otro lado de mi mundo, que ya me había visto caer en pedazos anteriormente por esta relación. Mi madre no le soportaba. Había captado desde el principio su egolatría y soberbia cuando desembarcamos en Procida con su *jet* y varias botellas de champán francés. Nuestra relación hacía semanas que estaba tensa y no quería ocasionarle más quebraderos de cabeza con la

aparición de un fantasma que ya vivía solo en el pasado.

Víctor no se iba a rendir tan fácilmente, no se iba a marchar de mi vida hasta volver a tenerme y luego despreciarme, haciéndome sentir culpable hasta del cambio climático.

—Lucia, dame una oportunidad. Te juro que he cambiado. Haré todo lo que tú quieras, pero, por favor, no me dejes. He tenido una infancia muy complicada y no he sabido gestionarlo. Voy a ir al psicólogo. De hecho, ya tengo cita, mira. —Sacaba su móvil para enseñarme su calendario—. Además, te he echado tanto de menos que te he escrito mensajes en el chat donde me tienes bloqueado. —En ese momento se podía ver una larga lista de mensajes con un solo *check*. Él sabía que, como siempre, íbamos a volver y todo este dramatismo iba a jugar un punto a su favor.

—Víctor, ya está bien.

Tras escuchar todo lo que tenía que decir, me di la vuelta fríamente y seguí mi camino rumbo a casa. A veces los silencios decían mucho más que las palabras, aunque él ni siquiera merecía experimentar el vacío. Hoy yo había ganado la batalla de lo que aparentemente era un cuento de hadas. Él no lo percibía así en su propia realidad, seguramente porque no creía que mi adiós fuera definitivo. Fueron muchas noches en las que no escuchó los gritos de dolor ahogados en la almohada mientras su indiferencia me atravesaba sin piedad.

—¿Te vas? Nuestra relación no significa nada, ¿no? Eres una puta. A saber a quién se la estarás chupando ya...

Yo tenía claro que no era de él de quien tenía que salvarme, sino de mí misma, de aceptar este tipo de relaciones en nombre del amor disfrazado de dependencia emocional. Él, por su parte, tenía derecho a tener su propia versión de su historia, en la que el lobo era yo. Al menos tengo que admitir que estábamos de acuerdo en el desacuerdo.

Saqué mi teléfono del bolso y llamé a mi madre varias veces. Me resultó bastante extraño no obtener respuesta, cuando lo habitual era que descolgase al primer tono, a la espera de recibir una mala noticia.

Llamé a mi padre, que curiosamente sí descolgó al primer tono, algo insólito en la historia de la familia que era digno de recogerse en el *Libro Guinness de los récords*.

—Lucia, tu madre ha muerto.

El móvil se resbaló de mi mano, cayendo estrepitosamente contra el suelo de la avenida. Me apoyé en un muro, esperando que, por algún milagro, aquello fuese una pesadilla y pudiese darle al botón de posponer la alarma. Las náuseas comenzaron a invadir mi estómago, la cabeza me empezó a dar vueltas, repitiendo en bucle esa última frase que había atravesado mi alma como balas del infierno. Las piernas me temblaban hasta el punto de no poder mantenerme de pie. Mientras tanto, el móvil seguía hablando a lo lejos, en el altavoz y la pantalla rota. La voz de mi padre sonaba distorsionada debido al pitido que sentía en los oídos. Tampoco escuchaba las palabras y las explicaciones vacías sobre lo que acababa de pasar. Nada de lo que pudieran decirme iba a hacerme sentir mejor. Nada podría devolverme a mi madre.

Durante el vuelo a Nápoles alimentaba mi rabia y mi impotencia de haber malgastado la última oportunidad de haber hablado con ella. Le colgué, prefiriendo y dando prioridad a una persona que me deseaba el mal en todas sus vertientes. Al bajar del avión el luto invadía el ambiente de la sala de espera donde se encontraba mi padre para llevarme a casa. Durante el camino la radio estaba apagada, no sonaban las canciones de Eros Ramazzotti, reinaba el silencio.

—Tenía que haberla ido a buscar al trabajo. —Mi padre se responsabilizaba de lo sucedido—. Si no hubiese regresado a casa caminando, ese loco no la hubiera atropellado.

—Papá, tú no tienes la culpa de lo sucedido. Mamá tomaba sus propias decisiones, era una mujer fuerte, con un temperamento muy marcado. Por más que hubieses insistido, no hubieses podido hacerla cambiar de parecer. —De algún modo intentaba desenredar el nudo de su garganta y ayudarle a soltar esa mochila llena de culpa.

La casa se sentía vacía sin ella. Me dirigí a mi antiguo dormitorio, donde encontré una caja con un vestido. Mi madre se había encargado de hacerle los arreglos para lucirlo en la gala en la que recogería el premio al top cien de mujeres más influyentes de Italia. Dentro había una nota:

Te tuve 9 meses en el vientre. Te sentí crecer. Lo siento por esta vida llena de desprecios y humillaciones. No supe que hacer con tanto fuego, con tanta luz. Eres lo mejor que acompaña a este apellido. Estoy orgullosa de ti, siempre lo he estado. Te quiere, mamá.

No había marcha atrás. Todo había cambiado. Yo había cambiado. Al menos la muerte de mi madre había servido para saber que siempre apostó por mis sueños en voz baja y también para aprender a elegir bien las batallas que a partir de ahora decidía librar.

Tenía que volver a Amberes; pronto iba a dar comienzo el desfile con los holandeses. Entre el ajetreo del aeropuerto mis pensamientos despegaban y aterrizaban rápidamente en la realidad. Mi vida se encontraba ahora igual de caótica que los mostradores de embarque de Nápoles-Capodichino. Tocaba asumir y reconocer emociones, y sentir la nueva realidad que había cambiado mi forma de traducir la vida. Era un hecho que no podía darle hacia atrás a las manecillas del reloj, pero sí elegir, a partir de ahora, cómo experimentar cada minuto.

—Un café, por favor. —Al girarme me encontré junto a un hombre moreno con el perfume de Jean Paul Gaultier, que pretendía saltarse el orden de llegada en la cafetería—. Disculpe, señorita, con las prisas no me di cuenta de que está usted esperando antes. Permítame invitarla en compensación.

En aquel aeropuerto abarrotado de gente, me encontraba compartiendo un café americano con un completo desconocido, que, entre azúcar y llamadas de embarque, me contaba superficialmente a lo que se dedicaba. Su vuelo había comenzado el embarque por la puerta A02, rumbo a Alemania. Al dirigirse hacia su nuevo horizonte, caí en la cuenta de que no quería atraparlo en el mío. Lo concebía como una persona más que el destino había puesto en mi vida para enviarme alguna pista o enseñarme algo. Por primera vez no había subido a un desconocido a mi pedestal.

—Salida del vuelo 3822 con destino Amberes-Deurne.

Escuchaba el primer aviso de llamada de embarque rumbo a mi vida cotidiana, poniendo en modo avión todas aquellas inseguridades que no me habían permitido ir a por mis sueños. Una vez en el asiento, me puse los auriculares, donde sonaba la nueva banda sonora que había elegido para crear mi nueva historia. A partir de ahora el único momento en el que iba a dejar mi vida en manos de otra persona sería cuando me subiese a un avión.

Durante las cinco horas de trayecto, pensé en cómo iba a darles forma a mis proyectos, haciendo

balance de todas aquellas experiencias vividas. Venían a mi mente las palabras de desaliento de mi madre cuando compartía con ella mis ideas de emprendimiento: «Eso no es para ti»; «Nosotros siempre hemos sido de segunda fila». Y un sinfín de paladas de tierra que enterraban mis proyectos. Me percaté entonces de que lo que me atraía realmente de los hombres era su influencia, el poder y reconocimiento social que yo no lograba despertar en mi interior y que creía no poder alcanzar por mí misma. Aquel desconocido que me había invitado a un café apenas unos minutos antes había actuado como espejo, mostrándome lo que deseaba. Realmente, y muy en el fondo de mí, quería ser como él. Una empresaria libre y dueña de su tiempo, sin condiciones, sin ataduras. Crear un negocio donde tomar mis propias decisiones, sobre el que tener poder, con el que viajar a la carta por todo el mundo. Entonces caí en la cuenta de que conocía al dedillo el funcionamiento de Wood's desde la planta 1 a la 15. Ya me encontraba en la planta 14, era cuestión de subir esa última escalera.

Al aterrizar en Bélgica me enrollé la bufanda de cuadros alrededor del cuello. Aún no terminaba de aclimatarme al frío del norte de Europa. Al recoger la maleta me dirijo hacia la salida, donde encuentro dos hocicos peludos y una sonrisa. Allí estaban Scooby, Kiwi y Candela, que había hecho de niñera y de tía Candi durante aquellos días que había viajado a Nápoles para acudir al entierro de mi madre.

Entre saludos efusivos dignos de una película de Hollywood, nos marchábamos a casa como una familia, la que yo había escogido.

—¿Cómo estás? Sabes que estoy aquí para lo que necesites en cualquier momento y a cualquier hora.

—Lo sé. Candela, tengo que decirte una cosa.

—A ver, *illuminati*, cuéntame. —De repente se había activado de nuevo su sentido del humor. Nos dirigimos hacia el *parking* donde había aparcado mi SUV.

—Durante el vuelo he pensado en varias cosas y he llegado a la conclusión de que la única pasajera de mi vida soy yo. Sin embargo, dejo transitar en ella a miles de personas diariamente. Algunas se encuentran de paso causalmente porque vienen a enseñarme algo. Pero ¿sabes que tengo en común con todas estas personas? Que todos llevamos miedos dentro de las maletas emocionales que cargamos y que, vayamos donde vayamos, nos van a acompañar hasta que decidamos soltarlas. Así que he decidido dar un golpe en la mesa. He decidido emprender, crear algo mío, algo que aportar al mundo, y dejar en él huellas bonitas.

Candela frenó de tal manera que las largas orejas de Scooby y Kiwi levitaron y jugaron unos segundos con la gravedad.

—Pero ¡eso es fantástico, Meri! ¿Dónde hay que firmar para trabajar en tu empresa? Yo me voy contigo al fin del mundo, así te dé por montar un restaurante peruano. —Ahí estaba de nuevo mi flotador, que se activaba con el contacto con mis lágrimas. Algo había cambiado en mí, Lucia había evolucionado a su versión 3.0.

CAPITULO XVI

S

eis de la mañana. Allí estaban mis perros, más puntuales que la alarma, esperando por su

desayuno. La tía Candi les había permitido más caprichos de los habituales, así que su nivel de exigencia y mimos había aumentado considerablemente durante mi ausencia.

Ya extrañaba despertarme a base de lametones.

Un café y unos huevos con beicon más tarde, me cepillaba los dientes mientras me debatía en un combate interno con la persona que tenía frente al espejo, entre lo que vivía y lo que merecía. Estaba siendo verdugo de mí misma y víctima de mi destino. ¿Cómo iba a convertirme en lo que siempre había deseado? ¿Cómo no sentir vértigo al mirarme al espejo con las alas desplegadas? Quizás no estaba preparada para ver la magnitud de mis acciones y resultados, pero justo aquella mañana mis sueños comenzaron a ser más grandes que mis miedos, un miedo al éxito o quizás un miedo a no tener de qué quejarme. ¿De qué hablaría con Candela si no era de mis desdichas? Me debatía entre echarme a volar o comprar un extintor para hacer frente al incendio que estaba a punto de provocar.

El amor, la tos y el fuego eran tres cosas que no se pueden ocultar. Una frase acuñada por mi madre, que ponía en uso frecuentemente en diversos ámbitos. En mi caso, tampoco se podía camuflar mi autosabotaje, que borboteaba como lava ardiendo entre mis heridas del pasado. Mis sueños truncados de crear, de ser artista, de sentirme bien cuando mostraba al mundo mis habilidades mientras observaba sus caras de asombro. Estaba claro que vivía del reconocimiento que yo no me daba, pidiendo agua a quien no quería dármele. En medio de un desierto, bien por conveniencia propia o por no ver reflejado lo que podría haber sido, y no fue. Me encontraba cerrando las cicatrices que un día dejó el pasado.

Si yo lograba sanar todas mis heridas, ¿qué vendría después? Estaba en este plano para experimentar. Si aprendía la lección, el juego se acababa, *game over*, y yo no estaba preparada para irme aún. Quería vivir y dejar de ser la Blancanieves que no quería ser parte de su historia. Iba a crear la mía propia, y con derechos de autor.

Ya eran las diez de la mañana en aquella ciudad en la que reinaba el olor a chocolate, lo que me recordó que era casi la hora del *break* en la oficina.

De repente algo me golpea la cabeza. Al girar me encuentro con la mirada de Candela, feliz de haber captado mi atención. Me di cuenta de que, entre todo el edificio de Wood's, era la única persona que llevaba más colores en su alma que en su ropa. Iluminaba las jornadas de trabajo en aquella oficina y también la única que asestaba de una los pósts en mi sien. Claro, luego se quejaba de que nunca tenía dónde anotar.

—¡Meri, despierta! ¿Qué estabas pensando? —Esa es su pregunta recurrente, aunque ella ya sabe realmente lo que estoy rumiando.

—Pues esta vez, por no darte la razón, te diré que estaba pensando en el viaje que vamos a hacer juntas a Bali. ¿No me podrás negar el *glow up*¹³ que he estado haciendo durante estas semanas?

—Las expectativas y los planes de futuro me transportaban fuera del momento presente. En mi mente solo habitaba el objetivo de sanar y poner el primer ladrillo de mi empresa.

13 Consiste en tener una mejor versión de ti misma.

—Tía, de verdad, céntrate. Somos las únicas que molamos en esta oficina y hacemos un tándem espectacular. Vamos a lanzar un pedazo de evento que ni los de arriba se lo van a creer. Y lo sabes. ¿Vamos a por un café?

Candela rendía tributo a su nombre; una mecha que había que alejar a toda costa de la madera y de la gasolina para evitar cualquier incendio. Supongo que convirtió en cálido aquel día de

diciembre que entró por primera vez en la oficina, creando el concepto de la «positterapia».

—Sí, vamos. —Nos dirigiámos hacia el *hall* para tomar el ascensor hacia nuestros treinta minutos de descanso—. Estaba recordando el día que entraste por esa puerta. La verdad es que no sé por qué tenemos dos despachos si siempre estás en mi mesa. Así que, como veo que no quieres ni puedes separarte de mí, te voy a proponer venirme conmigo a la empresa.

—¡Serás niñata! ¿Cómo es que yo no puedo separarme de ti? ¡Si hasta me caes mal! —Candela era incapaz de reconocer que en tan solo cuatro meses se había forjado una amistad sólida. Supongo que a veces nos costaba expresar nuestras emociones por miedo a que nos atropellase un rechazo, dejándonos en el suelo con contusiones que luego habría que escayolar y dejar sanar al aire libre, con paciencia.

—¡Ay, ya!, deja de hacerte la ofendida. Ya le he comunicado al departamento de recursos «inhumanos» que voy a montar mi propio negocio. —Al pronunciar esas palabras me invade el vértigo, y, como es lógico, Candela se dio cuenta de ello.

—Me parece normal que te sientas así. Los cambios asustan, pero asusta más seguir insistiendo en los mismos vínculos y situaciones una y otra vez, continuando en el epicentro de aquellas emociones que nos producen ese espejo. Al final, Meri, todo se resume a una adicción emocional a querer sentir eso una y otra vez. Al fin y al cabo, es a lo que estás acostumbrada desde que eras una niña. Venga, prométeme que vas a ir a por tus metas.

—De acuerdo, pero solo si tú también te comprometes a otro reto. —Se había abierto en ese mismo momento una negociación pistolera al más estilo *cowboy* entre dos cantinas.

—Si es ponerme las botas pijas que diseñaste para el evento de la Semana de la Moda de Milán, mi respuesta ya sabes que es no.

—Ya sé que vas a ir como te apetezca ese día, me cansé de luchar con molinos cual Quijote. Pero, poniéndonos serias, me lo tienes que prometer.

—¿El qué? —Candela me mira con intriga al ver el cambio de expresión en mi rostro.

—No te sientas culpable porque te quieran, por cuidar de ti y ponerte como prioridad ante los demás. Te agradezco profundamente que hayas estado a mi lado estos meses como si hubiésemos compartido la misma cuna. Sé lo que se siente siendo salvavidas, pero yo no pienso tirarte al mar.

Dos cafés y un abrazo más tarde, volvemos a la oficina más que listas para la reunión de control antes de nuestro último evento en Wood's. Tras el lanzamiento de nuestra primera colección surgieron prendas realmente estrambóticas, pero que triunfarían sin duda en la Amsterdam Fashion Week. Al terminar nos marchamos directas en el uber rumbo al aeropuerto.

El viaje no aspectaba bien. El vuelo tenía un retraso de dos horas y el hotel solo estaba reservado para una persona. Eso significaba que tendríamos que compartir habitación durante aquel fin de semana.

—Vaya panda de incompetentes. De verdad que entre estos tres suman una neurona. —Así eran las quejas disfrazadas de bromas de Candela, tratando de apaciguar y hacer divertido aquel fin de semana en el que se había quedado sin sexo.

—A mí, mientras me dejes la cama separada, como si te traes a todos los holandeses macizos que

encuentres en el cóctel. Yo paso de los hombres. —En el fondo sabía realmente que mi apego evitativo no era más que una barrera para no volver a caer en una relación tóxica.

—Tú lo que tienes que hacer es hacer caso a tu amigo inglés, el tal Harry, y dejar de buscar a un hombre con el que casarte, tener jardín y mellizos. Por cierto, menos mal que dejaste a Víctor, porque los niños te hubieran salido feos de narices. —Ese comentario, que nada tenía que ver con el tema de conversación, nos hizo estallar en carcajadas—. Por cierto, ¿lo has vuelto a ver? —Afortunadamente, ha desaparecido de mi vida.

—No sabes de la que te has librado, Meri. Hubieras terminado sumergida en un delirio compartido.

La feria estaba abarrotada de diseñadores, famosos y de *influencers* que vestían nuestras prendas. Candela y yo aguardábamos expectantes la llegada de Katherin Hill, la modelo del momento que iba a destacar en nuestro primer lanzamiento.

—Pero ¿qué le han hecho a esta mujer en la cabeza, Meri? —Katherin lucía unas rastas que combinaban fatídicamente con el vestido *cut out* que habíamos diseñado. Sin embargo, el contraste había fascinado al público, que había desviado completamente toda su atención hacia ella—. Algún día entenderé por qué a los *hippies* nos relacionan con las rastas. Somos *hippies* de espíritu y de corazón, no nos hace falta reivindicarlo.

—Es verdad, tú alardeas de tener mucho rollo *hippie*, pero después no sueltas los modelos de alta costura y la camper *full equip*. —Me encantaba hacerle comentarios en esa línea para buscarle la lengua¹⁴.

—¿Y me lo dices tú con esas ojeras que me llevas? Hoy la verdad es que pareces completamente un panda. Te has quedado la «pija-panda». —Así, entre risas, entramos a la sala de pasarela donde íbamos a ser testigos de uno de las *performances* más esperadas del año.

14 Incitar a una disputa.

Durante el cóctel Candela desapareció con un grupo de empresarios; yo, mientras tanto, me senté en una de las sillas de la barra para revisar los WhatsApp que tenía sin contestar. Desde el otro lado de la pantalla escucho una voz familiar.

—¿Qué hace una señorita tan espectacular apartada de la fiesta? —Al girar me encuentro al famoso chico de la planta 13. Manu había hecho acto de presencia. Era como Dios: estaba en todos lados. Desde nuestro encuentro en Miami, compartía conmigo sus artículos, haciéndome llegar algo más que sus palabras. A través de cada línea asomaba su pasión, sus ganas de transmitir y de enviar al mundo un mensaje que tan solo entendíamos unos pocos, que comprendíamos nosotros los bohemios de alma, que buscábamos internamente un lugar donde expresarnos con libertad, dejando a un lado el miedo a ser juzgados. Había entendido que el triángulo amistoso que nos unía a Candela, a él y a mí tenía por objetivo vivir a través de la sensibilidad de un mundo sin tapujos. Por lo que en mi interior también residía un rasgo *hippie* y despreocupado, que me pedía a gritos desprenderme de lo que ya no formaba parte de mí, que me pedía dejarle ya salir. Algo estaba cambiando y había quedado obsoleto. En este círculo de amigos podía ser yo y mostrar mi alma sin miedo al rechazo, sin miedo a quedarme sola en medio de un mundo que no concebía aún el amor y la luz como himno, patria y bandera. Así que por qué no proponerle la idea de formar parte redactora de Kintsugi. Su arte estaba poco

valorado en Wood's y sabía que, si le daba un papel en blanco, podría encender de nuevo la llama de la creatividad y presentar, en la próxima semana de la moda, una verdadera historia de arte.

Entre copa y copa nos fuimos mezclando como nuestros *gin tonics*, llegando a confesarnos intimidades y secretos, que yo no estaba preparada para escuchar.

—Lucia, sé que hace tan solo unas semanas que nos conocemos y me gustaría poder seguir haciéndolo más a menudo. —Ahora, conociendo su verdadera situación emocional, en la que yo indudablemente salía perdiendo, decidí abandonar la partida por autoprotección. No iba a volver a permitir ser la tercera en discordia nunca más. Merecía un amor completo.

—Ahora que vamos a trabajar codo con codo, nos veremos todos los días. Prefiero que esta relación quede en una bonita y sincera amistad. —Activé el modo dignidad y subrayé en fluorescente mi concepto de amor propio. Necesitaba al menos dos combinados más para tragar aquella situación.

Afortunadamente, me salva la campana, pero la de notificaciones. Candela me había escrito un mensaje informándome de que no dormiría en el hotel aquella noche, y yo, por paz mental, preferí no hacer preguntas. En el peor de los casos, me enviaría un WhatsApp para usar una del top tres de excusas absurdas para huir de la cita. El de esta noche estaba acordado previamente que sería llamarla con el pretexto de que mi hurón tenía un ataque de ansiedad. En el mejor de los casos, me contaría todo con pelos y señales en el avión de vuelta a casa aunque fuese contra mi voluntad.

—Bueno, parece que esta noche tendré la cama entera para mí. —Miraba a Manu mientras cerraba el bolso y me incorporaba para marcharme.

—Espera, te acompaño. Te estás quedando en el Mazzioni, ¿verdad? —Estaba claro que el Departamento de Relaciones Públicas no se había complicado a la hora de reservarnos distintos hoteles. Aquello parecía la acampada de fin de curso de un instituto.

—Sí, el mismo. Solo que espero que no te estés quedando en la planta 13 también. Al llegar a la habitación me bajé de mis míticos zapatos de suela roja y por primera vez, en lugar de dedicar aquel tiempo a alguien, decidí compartirlo conmigo misma. Preparé la bañera, las velas aromáticas y una música ambiental que me ayudase a desconectar del mundo y recuperarme del agotamiento social. Tras despojarme del vestido y la ropa interior, sumergí lentamente el dedo gordo del pie derecho en el agua. Estaba en mi punto, perfecta para escaldar un pollo.

Los *amenities* de los hoteles habían evolucionado de tal manera que incluso había encontrado dentro del armario del baño una almohada para la bañera. La coloqué a conciencia, buscando la confortabilidad que en raras ocasiones me proporcionaba.

Al cerrar los ojos me concentré en respirar y en sentir cómo el agua calentaba cada poro de mi piel. Estaba tan agotada que al cerrar los ojos me sumergí entre burbujas y sueños.

—*Derecha, izquierda; derecha, izquierda.*

La única forma para que avanzásemos en el kayak hacia el monte Urgull sin dar vueltas sobre

nosotros mismos era ir marcando el ritmo.

La playa de la Concha de San Sebastián brillaba como nunca. Estaba llena de vida y de gaviotas, que me intentaban robar el sándwich. La cola interminable del único bar de la montaña estaba compuesta por turistas que dejaban ver su intento de aplicación de crema solar sobre una piel roja como la de aquel atardecer. Se avecinaba tormenta.

Nos apuramos para regresar de nuevo a la costa mientras yo hacía alguna que otra parada, haciendo peligrar la vida de mi móvil mientras grababa historias para mi Instagram.

—Lucia, creo que ya hemos pasado por aquí, esta boyas me suena. —Giré la cabeza para un lado y otro, y veía exactamente todas las boyas del mismo color. Por lo que aquel comentario desbocó mi risa escandalosa.

Al entregar el kayak de alquiler, San Sebastián hizo su magia, colmándose de nubes negras de un momento a otro.

La lluvia nos obligó a ducharnos con agua caliente al llegar al hotel. Una vez protegida de la gripe, las nubes y la tormenta, me miré al espejo del baño envuelta en el albornoz de algodón. Encontré en mis ojos un brillo diferente que se había anidado sin permiso. Me hidraté con mi arsenal de productos de belleza, que me acompañaban a todas partes del mundo, y aterricé en la cama en los brazos de Víctor. Las cosquillas en el pelo me dejaban en jaque mate en cuestión de segundos.

Como cada mañana, amanecía en el borde contrario de la cama, como una contorsionista de circo. Los cojines se encontraban repartidos por el suelo, las almohadas en el pie de la cama y Víctor en un rincón, con el centímetro cuadrado de manta que le cedía a regañadientes cada noche. Todo seguía su curso habitual, así que decidí salir al balcón a respirar un poco el aire fresco.

Eran aproximadamente las nueve de la mañana. Las rejas de los negocios cercanos comenzaban a dar los buenos días con un sonido chirriante, que se fusionaba con las voces de las vecinas que se dirigían a la panadería. Desde el balcón de la habitación se podía oler el mar y se escuchaba el sonido de las gaviotas, que también se dirigían hacia la playa a por su desayuno. Justo eso mismo me disponía a hacer yo, hasta que una arcada invadió mi cuerpo y me impulsó a salir corriendo estrepitosamente hacia el baño. Ya llevaba varios días con estos vaivenes gástricos, incluso habiendo cenado un tartar de atún espectacular en uno de los mejores restaurantes de la ciudad.

De regreso a la cama, Víctor continuaba dormido y decidí despertarlo con un beso en la nariz, como todas las mañanas que amanecíamos juntos. Desde mi primera relación destaqué en rojo la importancia de no compartir piso con nadie de forma permanente. Estaba segura de que la convivencia era el veneno que mataba cualquier relación, por lo que nos inventamos el término de pseudoconvivencia, que se resumía en tener un cepillo de dientes cada uno en la casa del otro y compartir momentos de peli y manta cuando estuviésemos preparados mentalmente para ello.

Aquella mañana terminaban nuestras vacaciones de ensueño en España. Era hora de volver a la realidad. Teníamos que tomar vuelos diferentes: yo aprovechaba la escala para viajar por

negocios a Colombia y él volaba hacia Noruega.

Nos despedimos en el aeropuerto con un beso en los labios. Se agachó y me regaló otro, pero en el vientre. Él lo sabía y yo lo sabía, pero no dijimos nada, al menos con palabras, hasta ese momento. Se reincorpora y antes de ponerse en marcha hacia la puerta de embarque se gira y me mira a los ojos.

—Va a ser una niña preciosa. Nos vemos en la fiesta de cumpleaños en casa de mis padres. Ponte el collar que te regalé. Que tengas un buen viaje. Te quiero.

Mientras se alejaba hacia su propia vida, aún desconocida y llena de secretos para mí, caí en la cuenta de que no había comprado el regalo por sus treinta y una primaveras. ¿Qué le puedes regalar a alguien que lo tiene todo? Mientras paseaba por las tiendas del aeropuerto, hasta que las agujas del reloj me permitieran embarcarme en el avión, me encontré de frente con el regalo perfecto: un peluche de aguacate con corazones en sus ojos. Por alguna extraña razón sabía que, si él tenía que ser una fruta, sería un aguacate. Su esencia se encontraba en el interior de algo que solo veía yo.

La comunicación entre Víctor y yo no era nuestro fuerte. Las palabras se colapsaban en nuestras gargantas queriendo decir todo y nada a la vez, produciendo un atasco que impedía expresar la alegría que surgió al ver las dos líneas rojas que anunciaban que, a partir de ese momento, íbamos a ser tres. ¿Y ahora qué?

—Lucia, me gustaría que le diéramos la noticia a mis padres mañana después de los fuegos artificiales en la fiesta. —El ostentoso chalet de los padres de Víctor nos vigilaba como un gigante frente a las puertas del jardín.

—Creo que es demasiado pronto, deberíamos disfrutar al menos unos meses de algo que es solo nuestro, que hemos creado nosotros mismos. —Tenía la esperanza de que, por una vez, Víctor respetase las decisiones tomadas y no retrocediera para hacer uso de su dictadura emocional.

La noche se tornaba fresca, caían gotas de rocío... Rocío, me gustaba ese nombre. El personal de servicio preparaba una barbacoa de pescado. Hacía tan solo unas semanas odiaba las sardinas, su olor, su tacto y sobre todo su sabor. Sin embargo, aquella noche las cosquillitas que sentía desde hacía ya varias semanas revoloteaban más fuerte, haciéndome volar directamente hacia un plato que detestaba y que aquella noche actuó como una prueba de polígrafo. Mis hormonas me habían delatado ante todas aquellas miradas que no daban crédito ante esta nueva preferencia gastronómica.

Aquella noche destacaba mi vestido blanco, el bronceado español y mi sonrisa en medio de la fiesta. Las notas musicales inundaban el ambiente con ritmos de todas las culturas. Para variar, los invitados permanecían recatadamente sentados en los asientos de jardín de diseño. En aquel momento los colores se alternaron y mi vestido se tornó completamente rojo.

—¿Qué ha pasado?! —Una voz masculina sonaba distorsionada a causa del mareo y mi poca falta de conciencia. Mi sentido de la vista se había vuelto borroso y oscuro.

—Papá, ibas a ser abuelo.

Aquella pesadilla me devolvió de golpe y porrazo a la realidad en aquel hotel de Holanda. El agua ya se estaba enfriando y anunciaba la hora de salir de la bañera. Me envolví en el albornoz de algodón, esta vez negro, y en aquellos recuerdos en los que sentía las cosquillas en el útero. Desde aquel momento mi corazón continuaba bombeando por pura costumbre. Al fin y al cabo, escapar del dolor es el derecho más humano que hay.

Una vez más me invadieron las ganas de continuar haciendo cambios en mi vida. Si tenía la oportunidad de romper con todo, iba a hacerlo añicos y a cerrar ciclos a portazos.

Estaba cambiando y me encontraba en medio de un proceso en el que reinaba la incertidumbre. Me reinventaba con pequeñas acciones del día a día y evolucionaba como la fase lunar. De un cuarto menguante, comencé a sentirme un poco más plena y con la suficiente luz para iluminar nuevamente aquella noche oscura del alma. Era la metáfora perfecta para comprender que, independientemente de la fase en la que me encontrase, todo iba a estar bien. Soplaban vientos de cambio hacia un nuevo horizonte cálido. Había decidido rendirme y abrazar la realidad.

Entré en la cama y en el mundo de los sueños. Había sido un gran día.

A la mañana siguiente me reencontré con Candela en una cafetería del aeropuerto. No entendía el motivo de llevar gafas de sol en un recinto cerrado. Los viajeros levantaban la vista de los periódicos para intentar averiguar si éramos *celebrities* intentando huir de la prensa con complementos que ocultaban gran parte del rostro. Afortunadamente, embarcamos con preferencia en primera clase. Nos abrochamos el cinturón y comenzamos a sacar todo lo necesario para pasar el resto de horas.

—¿Ya sabes el nombre que le vas a poner a la empresa? —me preguntaba Candela con el antifaz sobre la frente, que se disponía a utilizar para esconderse de la luz y de los efectos de la resaca de la noche anterior.

—Kintsugi: es una técnica de origen japonés para arreglar las fracturas de la cerámica. Cuando un objeto se rompe, en lugar de tirarlo, lo reparan con oro, resaltando las fracturas en lugar de ocultarlas o disimularlas. En definitiva, es el arte de aprender a amar nuestras cicatrices.

—Eres brillante, pero no te lo voy a decir mucho, que te lo vas a terminar creyendo. —Se levantó momentáneamente un ala del antifaz para picarme el ojo.

Aterrizamos una vez más en Amberes, pero esta vez como un lienzo blanco guardado en bodega, listo para dibujar una nueva realidad. Sabía que, a raíz de estos cambios, iba a perder a muchas personas por el camino, pero ya no importaba a quien perdiera, mientras no volviese a perderme a mí misma. Como decía Manu: «A la gente no le gusta aquello que no entiende».

CAPÍTULO XVII

M

e encontraba en un dormitorio completamente blanco. El único punto de luz era una pequeña ventana a la derecha de la estancia. Un estor tapaba la claridad, tan solo permitiendo traspasar algunos rayos de la luz del sol. Al fondo, una cama individual de noventa con un forro de colchón color arena invitaba al descanso. La almohada yacía mullida, a la espera de que alguien reposara sobre ella los pensamientos del final de un día.

Me acerco con curiosidad, esperando descubrir algún elemento en aquella habitación lúgubre y

solitaria. Me siento, intentando alcanzar ver un poco más allá, pero la niebla no me lo permite. Estoy tan cansada que decido acomodar mi cabeza sobre la almohada. De repente todo se para, como si alguien hubiera puesto en *pause* mi vida y mi cuerpo. No me puedo mover. Entonces comienzan a venir hacia mí sombras negras como dementores¹⁵, criaturas oscuras, siniestras y sin alma que buscaban atrapar mi luz. Están sobre mí vigilándome, queriéndome arrastrar hacia las sombras. Se van sumando cada vez más, ya hay tres. Una mano pretende apropiarse de mi cuello. Sus cuerpos flotantes se alinean con el mío paralelamente sobre el colchón. No puedo respirar, no puedo moverme, no puedo despertarme.

Mi grito aterrador ocasiona que me despierte a mí misma y, también, a la mitad del vecindario. Me reincorporo bañada en su

15 Personajes de la saga de Harry Potter que se alimentan de la felicidad de las personas, dejando tras sus víctimas sentimientos de desesperación y tristeza.

dor y me siento en el borde de la cama. Miro hacia atrás en busca de Víctor. No hay nadie y pienso que al menos sus ojos vigilantes ya no se encuentran al otro lado de la almohada.

Me cuestiono si Víctor tendría relación con los dementores al tener en común la habilidad de despertar en mí el sentimiento de tristeza y apagar mi luz. Era un vampiro energético que se alimentaba de autoestima.

Seis vueltas en la cama más tarde, decido visitar la cocina y prepararme una valeriana. Me hago consciente de la importancia de poner remedio a los terrores nocturnos que me acompañan cada noche. El estrés se estaba haciendo dueño y señor de mi salud mental, y me impedía compartir noches con otras personas. Me revolvía entre las sábanas y gritaba, dejando a Candela en *shock* y al borde de un infarto, incluso llegando a proporcionarle un tortazo involuntario.

Durante mi infancia en Procida, estuve a punto de caer por la ventana de mi dormitorio. Me rescató el frescor de la brisa y algún ángel de la guarda que decidió que aún no era momento de irme. Desde aquel suceso mi abuela cerraba las puertas y ventanas de la casa a cal y canto, como una fortaleza. La casa se convirtió en la competencia de la amurallada ciudad de Troya.

Mientras daba los últimos sorbos a la taza de valeriana, llegaron varios recuerdos de mi madre. A pesar de todo, la echaba de menos. El calor de la infusión me permitió dormir un par de horas.

Transcurría una mañana más bajo la ducha, esperando que el agua arrastrase mi dolor y se lo llevase por el sumidero. En ocasiones sentía de nuevo un pinchazo en el corazón y un vacío que no podría ser llenado con nada ni por nadie. Era un hueco que solo podía ocupar ella, o quizás la imagen que yo había dibujado en mi mente, esperando reacciones y reconocimiento que nunca llegaron. Era como un avión fuera de hora que aterrizaba en otra pista por causas meteorológicas, por causas adversas que se escapan a nuestro control. En ciertos momentos me invadía la esperanza de que algún día me hubiese apoyado en mis proyectos, erradicando esos silencios que se apoderaban de la conversación cuando le contaba un logro, un silencio que duraba un parpadeo en la línea espacio- tiempo, pero que en mi mente se tornaba eterno. Su frustración no provenía de que no fuera igual al resto de niñas; mi frustración tampoco. El verdadero origen radicaba en mi valentía, en mi fuerza para experimentar la vida, en anteponer la dominación a la sumisión al sumergirme en un destino que no era para mí y crearme un personaje que distaba

completamente de la realidad.

¿Necesitaba tener un enemigo al que demostrar o quizás crear uno en mi mente para mantenerme motivada? Quizás para tener alguna razón por la que levantarme y lograr mis objetivos. Mi gasolina durante todos estos años había sido el desdén de mi madre y su falta de fe en mí. Ahora que ella no estaba se abrían dos nuevas bifurcaciones en mi camino hacia el desarrollo personal: buscarme otro enemigo al que demostrarle todo lo que era capaz de lograr por mí misma o romper con este patrón. Había llegado el momento en el que debía buscar la aprobación y el reconocimiento dentro de mí.

Aceptaba ser la oveja negra y rebelde que se negaba a seguir un camino trazado por personajes secundarios sin guion. En mi círculo cromático intentaba escapar de triángulos amorosos y mentes cuadradas cortando las etiquetas impuestas por la sociedad. ¿Cómo describir, entonces, sin adjetivos ni etiquetas? Nos convertimos en sujetos y predicados sin identidad viviendo en el filo del precipicio, con miedo a dejarnos caer. Era un hecho que, en el fondo, la solución radicaba en desprenderse del miedo a soltar, en dejarnos caer, en sentir hasta el más mínimo ápice de dolor, llegando a sus máximos insospechados, para luego resistir. Desde ahí, podríamos descubrir realmente de qué estamos hechos. Quizás fuese el miedo a ser libre el que me hacía volver a ella para que me atrapase en su jaula de oro blanco y rosado. El lugar donde ambas sentíamos protección.

Yo pretendía que ella fuese mi caja fuerte, mi lugar seguro; ella, por su parte, se aseguraba de no sentir dolor si me llegaba a pasar algo en un mundo tan crudo y despiadado. Nuestra relación se extrapolaba a sacar a un pez del agua para cuidarlo, con el desconocimiento de que así solo me estaba asfixiando.

Cuántas alas habremos cortado sin saberlo en nombre del amor, arrebatando el poder de ser y el del ser, creando una dictadura sobre otras personas, cuando no tenemos ni siquiera el dominio del libre albedrío.

Como diseñadora, tenía que crear mi propia línea de tapones para los oídos. Los que había llevado hasta ahora no eran suficientemente insonoros para detener las críticas de la persona que yo consideraba mi mundo. ¿Cuántos rechazos seguiría experimentando? Sin embargo, tenía que admitir que sí, que me gustaba estar triste, regodeándome en el lodo de mis lamentaciones. En ese sitio es donde sale lo mejor de mí, los mejores diseños, los mejores proyectos... Desde el dolor. Entonces, si era feliz, ¿sería una fracasada? Ese era mi miedo. Al fin y al cabo, los miedos son como las familias: todo el mundo tiene uno. Morir de éxito, o quizás el miedo a que un mundo tan perfecto se derrumbe ante la impermanencia del universo, que te quita lo que crees necesitar con el único fin de que tomes conciencia de que lo único que necesitas en este mundo es a ti mismo.

Al cerrar el grifo de la ducha escuché el doble cierre de la puerta de nuestra casa de verano en Procida, fueron nuestras últimas vacaciones. Fue un cierre permanente y definitivo hacia alguien que a partir de ahora solo viviría en mi memoria. Tenía tantas cosas que contarle.... cómo pude hacer frente a mi amor propio, recuperarlo y reconvertirme en otra mujer. Una llamada sin respuesta que me enseñó a identificar quién era merecedor de mi atención y de mi tiempo.

Una lección escrita sobre un cartel que se desplazaba en avioneta por el cielo, disfrutar del presente, aquí y ahora. *Carpe diem*

CAPÍTULO XVIII

C

andela continuaba con su curso llamado En-Brujas, en el que salíamos con la pócima del amor propio. O al menos con un poco más de conciencia.

—Hoy estamos aquí para aprender a tejer un puente entre la mente y el corazón. —Candela estaba en su hábitat natural, impartiendo un taller sobre salud emocional, una asignatura de práctica y sin teoría que no se impartía en los colegios.

Escuchando las historias de sus alumnos, comenzaron a aflorar en mi mente los inicios de mi dependencia emocional.

—Lucia, ¿ya tienes novio? —*En aquel momento yo tendría solo seis años, etapa en la que, si no te gustaba ya un niño, tenías un problema. De hecho, era una catástrofe mundial que pudieses tener atracción por alguien de una edad superior, incluso a veces inferior. Pero la mayor hecatombe, que podría incluso devastar la unidad familiar, era que pudiese sentirme atraída por alguien de mi mismo género. Muy en el fondo, me hubiera gustado que la pregunta se hubiese formulado de una forma distinta. Quizás la cuestión era cambiar el «¿ya tienes novio?» por un «¿ya te quieres?».*

Candela termina de escribir anotaciones en la pizarra y deposita el rotulador violeta sobre la mesa.

—Bueno, una vez terminado este ejercicio de autoconocimiento, quiero que cada una de vosotras comente cómo sería su pareja ideal. —Una mujer rubia y esbelta levanta la mano desde el fondo del aula—. Adela, cuéntanos.

—Pues a mí me gustaría encontrar a un hombre que tuviese un buen puesto de trabajo; que supiese cocinar; que tuviese alta capacidad económica, amor propio; simpático; divertido; que no fuese celoso... —Así y un sinfín de adjetivos más que incluía como si estuviese encargando una pareja por *delivery* en su lista de regalos de cumpleaños. Aquella alumna de Candela describía a un príncipe azul que, seguramente, se habría desteñido durante el envío.

—Vale. Ahora quiero que reflexiones si tú cuentas con todas esas características que acabas de nombrar en una persona. Y lo digo principalmente porque no puedes atraer lo que tú no eres. Seamos, primero, la persona que queremos tener en nuestra vida —Así era Candela, con sus rastrillazos¹⁶, que dejaban a más de uno en otra galaxia buscando las partes del cerebro que habían volado tras esa explosión de neuronas—. Por lo que podemos concluir el taller de hoy con la reflexión de que el amor empieza por uno mismo, y atraes el reflejo de lo que eres.

Mientras tanto, yo, figuraba de oyente desde mi puf verde agua y respondía a esa pregunta mentalmente. ¿Cómo sería mi pareja ideal? Durante mucho tiempo me sentí como una casa en la que celebraban fiestas y al marcharse dejaban todo tirado y la puerta abierta. Tardaba meses

recogiendo, limpiando y reparando. Por lo que, sin saber reconocer si realmente era por soberbia o amor propio, vallé el jardín y coloqué una yincana. Solo llegarían a mi corazón aquellos que fueran merecedores de él. A partir de ahora no había espacio para la reconstrucción, sino para la construcción de la vida que quería vivir. Ya no dejaba entrar a cualquier persona en mi vida.

16 Golpe emocional fuerte que se propina a una persona para devolverle a la realidad.

En este punto mi cerebro hizo un clic, liberándose de toda expectativa. Desde hacía ya unas semanas estaba practicando el arte del desapego y del libre albedrío. Así que, a partir de ahora, todas las personas que enviaría el universo a mi vida serían las indicadas en el tiempo perfecto en beneficio de mi desarrollo personal.

—Estás diferente. —Candela rompe el hilo de mi diálogo interno. Mantenía el cigarro por fuera de la ventana mientras me miraba. El taller había terminado y nos encontrábamos solas en la sala.

—Supongo que todo ha cambiado. —Le devolvía la mirada con una mezcla entre melancolía y alivio.

—No ha cambiado nada; has cambiado tú. Lo que es arriba es abajo, lo que es dentro es fuera. Sé que durante estos meses te has tenido que enfrentar a demasiados retos, pero, mírate, lo has conseguido. —Podía darme cuenta de los destellos de orgullo que brotaban en sus ojos marrones. En el fondo ella había sido la precursora de mi cambio, a la vez que la principal espectadora de cómo recogía mis pedazos y me volvía a armar.

—Veo las cosas diferentes, eso es todo. Creo que han sido demasiadas humillaciones y mucho tiempo sintiéndome menos que mi entorno. ¿Lo podríamos bautizar como efecto rebote? Creo que, cuando experimentas un cambio tan grande que has tocado fondo, espera un trampolín abajo que te hace volar más alto.

—¿Sabes? En ocasiones soy un poco dura contigo, realmente lo hago porque te quiero, aunque no te lo diga a menudo, y no me gustaría volverte a ver enjaulada. Meri, no somos más que nadie, pero menos tampoco. —Candela había sido la mano que me había ayudado a saltar y las alas que me habían impulsado a volar. ¿Qué forma tiene un ángel de la guarda? En mi caso, el de una *hippie full equip*—. Toma, y no la abras hasta llegar a casa. —Rápidamente mete una carta dentro de mi mochila y cierra la cremallera.

Al llegar a mi apartamento y tras mi ritual de encender las velas y el palo santo, me siento en el sillón a leer.

Hoy quiero escribir de ti.

Para hacerlo, es de una manera diferente, la misma que utilizo al crear mis personajes. En este caso, y aunque ellos sean verdad en mi corazón, tú sí eres real, puede verte, sentirte cerca y mirarte a los ojos.

Mi herramienta se trata de cerrar los ojos, y es de esa manera donde encuentro las palabras para hablar de ti.

Siento que desde ahí te empecé a conocer. No vi tu físico o tu sonrisa en ese momento adoptada por el miedo y el dolor; solo vi tu luz, como una llama bella e ingenua puesta al borde de un acantilado, donde al mirar al cielo se veía llegar a lo lejos una tormenta, que creías que su única intención era apagarte.

Te he conocido desde el dolor y la duda, frágil y expuesta, y me siento afortunada de que me

dejaras entrar aun a riesgo de que así podría dañarte.

Una vez dentro, con una pulsera de estas de todo incluido, pude navegar en un velero arrastrado con mucho viento y conocer tus luces y tus sombras, tus dudas e inseguridades.

Me dejaste coger esa luz que tan débil reclamaba su derecho a existir. Me dejaste acompañarte por caminos pedregosos, llenos de trampas del pasado, de la niñez, del ego disfrazado de amor, de vacíos que no te pertenecían.

Al final encontraste un bosque, parecía sin salida, y te rendiste, aceptaste, abrazaste la realidad, y te dejaste hacer de dentro hacia fuera, y ahí justo siento que tiré esa llama al suelo, y tú dejaste que todo ardiera y ahora eres dueña de una tierra nueva, que no está cansada de sí misma, donde poder plantar semillas sanas, fuertes, llenas de belleza en su interior.

Supongo que esto se trata de saber de ti, reconocerte como un ser libre y capaz de hacer su vida, un paisaje de ensueño.

Me siento afortunada espectadora, afortunada amiga, afortunado ser humano.

Gracias por enseñarme que las heridas son parte de la belleza de quienes somos.

Y así Candela abrió por fin su corazón. Ella también había evolucionado, nos habíamos retroalimentado como un yoyó y su cuerda. Esta era la verdadera suerte de coincidir y la magia de conectar.

CAPÍTULO XIX

K

intsugi, mi empresa, ya era una realidad, mañana sería la gran inauguración de las oficinas en un pequeño local de Amberes, cerca del río. Me puse las botas de nieve y me enrollé la bufanda en el cuello de camino al mercadillo de Navidad. Las luces adornaban las calles, aportando un toque de luz y color al gris del invierno. A lo lejos se podían ver los puestos de comida repletos de familias felices, que brindaban la llegada de las fiestas con vino caliente. Para completar la estampa, una pista de hielo en la que las parejas deslizaban su amor. Los padres primerizos ocultaban las orejas de sus hijos del frío con un gorro, que les colocaban con sumo cuidado y ternura. Y en ese momento descubrí que ya no sentía dolor ni rabia ni resentimiento hacia mi familia. Era extraño porque esos sentimientos habían venido conmigo como equipaje de mano desde que decidí salir de Nápoles. Ahora me sentía en paz, era feliz.

De camino al coche me encontré con un puesto de artesanía compuesto por pulseras, collares y anillos espectaculares. El destino es tan perfecto que había puesto justo al alcance de mi mirada una pulsera de lapislázuli. Su intenso color azul me recordaba al mar de Procida, tan profundo como mis emociones. Aunque había aún lugares en las que no había llegado a ahondar. De momento, me conformaba con haber encontrado una nueva pulsera de la suerte.

Tras comprar una caja con media docena de dulces para celebrar el gran paso de convertirme en empresaria, continué caminando. Recorría el lateral de la pista de patinaje sobre hielo. Me sentía identificada con una niña que se aferraba a la barandilla como si no hubiese un mañana. Recordé que todavía tenía como reto pendiente aprender a patinar. Pequeña meta en pequeños plazos aumentaría mi autoestima.

Ya en la salida del mercado de Navidad había un árbol de corcho donde se colocaban pósits con

una frase. Era una señal del universo y de que la «positterapia» ya dominaba completamente mi vida, estando presente en cada sitio al que iba.

—Buenas noches, señorita. ¿Le gustaría escribir una frase para colgar en el árbol de la inspiración?

Cogí el bolígrafo dorado y un pósito negro. No era habitual verlos en ese color, y a mí siempre me ha gustado lo extraordinario. Esta vez no iba a escribir para los demás, sino para mí. Le entregué mi reflexión y la colocó con una pinza pequeña de madera sobre una de las cuerdas que simulaban la rama de un árbol.

Gracias, vida

Sabía que en el fondo la pérdida del bebé, mis decepciones amorosas y la muerte de mi madre tenían que servir para algo; en este caso, para que yo fuese la mujer que soy hoy. Y es que a veces no estamos preparados para aceptar que las personas son transitorias y pasan por nuestra vida como maestros mostrándonos situaciones que nos acercan hacia el verdadero objetivo por el cual hemos venido a este mundo.

Mientras caminaba hacia el coche, me acordaba de aquel día en Nápoles cuando visité a una astróloga en busca de respuestas que yo no quería darme.

—*Tu misión de vida es un uno —me indicaba mientras descifraba las líneas entre todas las formas geométricas que componían mi carta astral.*

—*¿Y eso qué significa? —le preguntaba con la expectativa de que fuese algo que pudiese afrontar.*

—*Significa que has venido a este mundo a experimentar todas las vivencias en soledad. Es decir, tienes que vivirlo todo y aprender a estar sola; en definitiva, a amar tu soledad.*

—*¿Eso quiere decir que nunca tendré pareja? —Mi desesperación infundada por aquel arraigo de tener que compartir mi vida con alguien llenaba mi cuerpo de una ansiedad que ahora consideraba innecesaria.*

—*Tendrás pareja cuando sepas primero amarte a ti misma.*

Embaucada en mis recuerdos, choqué con un hombre alto, moreno, de complexión fuerte. La caja de dulces se había precipitado al suelo.

—¡A ver si miramos un poquito por dónde vamos! —De verdad, disculpa. ¿Estás bien? —Me ayudaba a recoger las bolsas que se encontraban esparcidas por la acera. Estaba todo correcto, menos los *mattentaart*¹⁷.

—Sí, estoy bien. Lo único es que tendré que volver al puesto del mercado.

—Déjame acompañarte. Ha sido culpa mía y me gustaría reparar todo este desastre. Es mi forma de disculparme... Por cierto, me llamo Liam.

Su reacción me extrañaba, seguramente porque estaba acostumbrada a encontrarme con personas desagradables, que se desentendían de los problemas que ellos mismos dejaban tras de sí. Debía empezar a normalizar el civismo. Así que decidí tomar otro camino y darle una oportunidad.

Estaba nuevamente en el mercadillo comprando veinte *mattentaarts* recién horneados.

—Bueno, Liam, gracias por los pasteles.

—Espera, todavía no me has dicho tu nombre y..., no sé, si no tienes prisa, podría invitarte al menos a un vino caliente para terminar de compensar el desastre que he causado.

Hubiera pensado que era otro más que enviaba fueguitos de Instagram¹⁸ y que no sabría deletrear ni siquiera la palabra tortilla, pero con su mirada tímida intentaba comprobar si le daba permiso para entrar en mi vida.

Nos sentamos en el kiosco que estaba más cerca de aquella pista de patinaje. El destino estaba hoy empeñado en que calzase unos patines. Liam y yo hablamos sobre nosotros, como si de una primera cita se tratase. Congeniábamos tanto que la conversación se tornaba incluso filosófica.

—Veo a todas esas parejas felices y todavía no encuentro cuál es el ingrediente clave para mantener una relación sana y feliz a lo largo del tiempo.

—Yo creo que todo desemboca en el verbo *to be*. Significa ‘ser y estar’ a la misma vez en inglés. Su comentario me hizo remontarme a aquellas consultas de terapia de pareja donde la recomendación principal de la psicóloga era: «Deja ser a tu pareja». En aquel momento no comprendía el significado de aquel consejo. ¿Dejar ser? Me di cuenta de que no aceptaba a las personas como eran, quería cambiarlas, y finalmente no era feliz ninguno de los dos: él por no respetar su esencia y yo por no tener al lado a alguien que se pudiera compenetrar con mis necesidades de pareja.

En cuanto al estar, en estos tiempos era tan difícil encontrar a alguien que estuviese compartiendo también los malos momentos... En este instante recordé mi última conversación con Víctor antes de poner un punto y final a nuestra tragicomedia. —*A mí me gusta la Lucia feliz, no me gusta cuando estás mal.*

Estaba claro que la pérdida de Rocío había sido la estrella que coronaba un árbol de Navidad lleno de bolas de plomo.

—*Víctor, una relación es como una moneda: tienes que aceptar la cara y la cruz.*

17 Pastel pequeño con un diámetro de ocho a diez centímetros a base de hojaldre, huevos, leche entera, suero de mantequilla, azúcar y aroma de almendras. Este pastel es una especialidad local de la ciudad flamenca de Geraardsbergen.

18 Icono de una llama de fuego en la aplicación Instagram que se utiliza para demostrar interés sexual por alguien.

Me había rodeado de personas que amaban mi luz, pero no mi sombra. Por lo que mostraba mi sonrisa y ocultaba mis lágrimas para no experimentar de nuevo otro rechazo. Me costó muchas noches y muchas decepciones darme cuenta de que las personas que se acercaban a mi vida se aprovechaban de mi miedo a la soledad y mi necesidad de aprobación, hasta que comprendí que uno se puede sentir solo estando acompañado.

—Es hora de cenar. ¿Te apetece si continuamos la conversación en un restaurante de la zona?

La propuesta de Liam sonaba interesante. No había comido nada desde el mediodía y, haciendo memoria, en mi nevera solo quedaba medio limón seco.

—Venga, me apunto al plan.

Una vez subida en su moto y alcanzados los cien kilómetros por hora, sentía el viento y la libertad. Experimentar la velocidad con aquel desconocido era una verdadera gozada. Los edificios de la ciudad quedaban detrás ajenos a la realidad, era como entrar en otro plano.

Al llegar al restaurante me abrió la puerta, cediéndome el paso. Seguía integrando las conductas normales de los hombres como extraordinarias. Una vez más me pedí perdón a mí misma por haber permitido que no me trataran como me merecía. Haciendo balance, Liam resultó ser una persona correcta, educada e intelectual. Respetaba mis decisiones y mi intensidad. Era un buen comienzo para una primera cita mientras nos sumergíamos en la poesía culinaria belga.

—¿Cuáles son tus planes a corto plazo? —le preguntaba mientras probaba los *chicons au gratin* que nos acababan de servir. —Pues mi idea es irme a la India durante unos seis meses. He encontrado un voluntariado donde ayudar a los elefantes que han sido maltratados. No tengo pasaje de vuelta, así que me dejaré llevar por el destino.

Por una parte, me resultaba conmovedora la idea de querer ayudar a los elefantes. De hecho, me planteaba qué tipo de herida quería sanar dentro de sí mismo para sentirse realizado, o quizás más en paz consigo mismo ayudando a los animales. Sin embargo, por otro lado, me preguntaba por qué todos me abandonaban. Me inundaba de nuevo el sentimiento de no ser suficiente, y eso que le había conocido hacía menos de dos horas. Pensaba que después del avance que había hecho estos meses empezaría a atraer a otro tipo de personas a mi vida, que no me mostrasen mis profundas heridas de la infancia. Por lo que me di cuenta de que había algo dentro de mí que todavía no había llegado a sanar. Empecé a agobiarme; encontrar el origen de mi sufrimiento era como intentar encontrar una aguja en un pajar emocional. Me encontraba claramente en una posición de inferioridad emocional con respecto a la persona que tenía enfrente. Al menos él si tenía el valor de sacar un billete directo hacia el corazón.

—¿Y tú qué tienes pensado hacer?

No sabía qué contestar a esa pregunta. Ahora mismo me encontraba en una autopista con varias salidas, sin saber cuál tomar. Después de todo lo que había agitado mi vida pensé que jugaba en primera división emocional, pero Liam había hecho que me lo cuestionase. Estaba volviendo a subir a un pedestal a una persona que acababa de conocer, a un pedestal de uso individual, en el que ahora solo había espacio para mí y para mis sueños.

CAPÍTULO XX

—Lucia.

Era la primera vez que Candela me llamaba por mi nombre en *petit comité*, por lo que llamó más mi atención que si me hubiese tirado uno de sus pósits.

—¿Sabes? Me asustas realmente cuando te pones seria. Puedo llegar a pensar desde que ha quebrado la empresa hasta que nos han invadido los extraterrestres.

—Invadir los extraterrestres, no sé; pero sí te ha invadido otra vez la tristeza. —Candela me miraba seriamente mientras yo seguía regando los cactus que recibían agua de San Juan a Corpus o directamente cuando me acordaba.

—Estás regando las plantas. Algo te pasa fijo.

—No quiero que te rías de mí. Lo que pueda decirte puede llegar a parecer cursi. —La miraba con cara de querer contárselo y a la vez no.

—Pues no me lo cuentes —me decía haciéndose la dura mientras ambas sabíamos que, si yo permanecía un poco más en silencio, ella iba a insistir—. Venga, va, cuéntamelo.

—Uno de mis mayores miedos es que te vayas.

—A ver, Meri, no seas basta, ¿a dónde me voy a ir yo? Además, sabes que existe WhatsApp, ¿no? Como eres tan anticuada, quizás te has quedado en las palomas mensajeras. —Candela siempre tenía esa jocosidad para cambiar la emocionalidad de los temas y que no pareciesen tan monocromos y escabrosos.

Tenía la necesidad de depositar mi dependencia emocional en alguien. Cuando no era mi madre, era un hombre o, si no, una amiga. Dentro de mí había un concepto anclado de incapacidad de poder debutar en solitario. Necesitaba al menos saber que el batería y el guitarrista estaban conmigo en el escenario. Me enseñaron que el espectáculo debía continuar, pero ¿quién iba a pagar por irme a ver solo a mí?

Mi vida parecía el final de ese concierto donde se pronunciaban palabras de agradecimiento. Gracias a mi abuela, que me llevó en el Ford Escort de la época cada día al colegio. Gracias a mi madre, que pagó la universidad de Medicina, etc.

¿Cuándo empezaría un nuevo capítulo que se titulase «gracias a mí»? En mi programación neuronal estaban todos los canales que destacaban en sus subtítulos que nadie llega solo a ningún puerto, que todos necesitamos ayuda o de alguien más. Pero ¿hasta qué punto?

—Recuerdo cuando te conocí. Eras tan frágil que me daba sentimiento. Pero, Meri, todo este camino lo has hecho tú. Yo solo he estado al lado tuyo apoyándote y animándote a que recogieras todos esos trocitos de corazón y los volvieses a juntar. No te equivoques, lo has hecho tú. Eras la única persona que podía reconstruirte y seguir hacia adelante. Por mucho que te digamos los demás, si tú no accionas, no sucede la magia.

Estaba claro que ella apostaba porque lograra mi independencia emocional. Su función en mi vida se limitaba a ser como la Abuela Sauce de Pocahontas. Ella siempre estaría ahí para darme uno de sus consejos.

—¿Te parece si subimos la música e ignoramos el problema? —Candela le ordenaba a Siri que encendiese la música y la subiese al máximo en la nueva oficina, donde el primer día estaba siendo estupendo. Kintsugi era como una hiedra: se encargaba de ahogar otros árboles para dejar paso a lo nuevo. Tenía que aprender a disfrutar de esta nueva etapa.

El móvil no para de sonar con la entrada de mensajes de texto de Liam, por lo que la música modulaba su volumen con cada notificación, llamando claramente la atención de Candela.

—¡Uy, Meri!, ¿qué ha pasado, que yo no me he enterado? —Candela recordaba mentalmente el listado de Excel de hombres que había conocido hasta entonces. Me había dado la oportunidad de conocer a todo tipo de personas. Así sabía qué quería, qué no quería y quién nunca más.

—Pues fue un chico de una noche.

El ambiente se tornó más gélido de lo normal. Candela abrió los ojos como si hubiese visto un fantasma.

—¿Que has sido capaz de follar con un tío una noche sin implicarte emocionalmente? Esto hay que celebrarlo, quita estos pasteles y que traigan una botella de champán. ¡Felicidades! Te has dado cuenta de que puedes disfrutar de tu sexualidad siendo libre y disfrutando de tu cuerpo.

—Fue una buena noche, nada más allá. Ahora quiero seguir disfrutando de mí, de mi vida.—Las nuevas acciones y mi amor propio me habían curado como un medicamento natural que debía mantenerse fuera del alcance de las malas vibras.

—No tengas tú cuidado, que Mercurio está retrógrado. —La misticidad de Candela había aparecido en la oficina.

—¿Y qué significa eso?

—Que es más probable que vuelvan a aparecer las personas del pasado.

—Tú sí que estás retrógrada.

CAPÍTULO XXI

Albert Einstein nos aconsejaba que, si buscábamos resultados distintos, no hiciésemos siempre lo mismo. Lo que no nos dijo fue que transitar el camino de lo desconocido iba a despertar sentimientos tan desagradables dentro de uno mismo. Salimos de nuestra zona de confort, o, mejor dicho, nuestra zona de mierda, porque, si fuera cómoda, al menos nos sentiríamos a gusto.

Nos rendíamos ante los cambios por el dolor que implicaba experimentar, ese instante en el que se nos inundaban las pupilas y el corazón presionaba. Queremos dejar de sentir malestar a cualquier precio, ya sea volviendo a relaciones tóxicas con familiares, amigos o parejas. Preferimos continuar reviviendo viejos patrones una y otra vez antes de enfrentarnos a lo desconocido. Hasta que llegamos al punto de no retorno, en el que nos damos cuenta de que duele menos enfrentarnos a un nuevo paradigma que seguir en la rueda del hámster.

Nos preguntamos cada día si estamos haciendo las cosas bien, nos cuestionamos si nos hemos equivocado de camino y miramos hacia atrás con disimulo, viendo cómo se tiñe de gris un pasado sin retorno y sentido único.

En mi caso, ya no estaba mi madre para recordarme las malas decisiones que tomaba; tampoco existía ningún antagonista en mi vida que manipulase la realidad a su favor. Las aguas estaban calmadas, el mar estaba en paz y mi mente en modo alerta. Asomaba por encima del agua, enfrascada en un pensamiento desconfiado: «Está todo demasiado tranquilo». Estaba acostumbrada a las olas, que surfeaba una detrás de otra, agotada, al punto de necesitar que pare, que acabe ya. ¿Por qué no disfrutaba de la ausencia de la marejada? ¿Por qué seguía sintiendo una falsa sensación de estabilidad en la tabla, y no en la arena? El continuar bajo la sombra de alguien más a sabiendas de que podría conseguir las respuestas por mí misma.

La guerra estaba tan integrada en mí que lo extraño era sentir paz. Era algo parecido a las batallas de las películas, cuando reinaba el silencio e iban apareciendo poco a poco los soldados hasta ocupar más de la mitad de la pantalla. Supongo que le tenía tanto pavor al silencio y a la serenidad porque detrás de ella me esperaba la catástrofe. No me podía despistar, no podía bajar las armas. En estos momentos tendría que tensar aún más el arco y estar preparada para esquivar la siguiente flecha, que vendría aún peor.

Después de haber visto la muerte de cerca, me esforzaba día a día por disfrutar de las pequeñas cosas de la vida: esa infusión, ese beso descafeinado, el cabello al viento sin peinar en la playa, las hogueras, las notas de la guitarra, despertar y ver el mar, caminar por la arena, sentir el pelaje de mis perros al acariciarlos, el sabor de cada comida... Me permití sentir todas las emociones y sensaciones porque de una manera u otra sabía que pronto estaba por llegar el final.

Afortunadamente, estaba rodeada de personas vitamina que me animaban a diario con sus consejos, con sus miradas, que inspiraban a superarme, a seguir adelante. Los bordes del pozo sin fondo estaban repletos de cuerdas que me lanzaban por todos los ángulos escalables. Desde fuera me observaban de reojo, sosteniéndome en peso muerto, con la confianza de que yo sola lo conseguiría. Solo tenía que subirlas poco a poco, día a día, acampando en los resquicios de alguna zona más aplanada que me brindase protección y soporte durante la noche.

Aprendí a respirar para no ahogarme y poder continuar al día siguiente. ¿Habría día siguiente? Cada noche, al volver de la oficina, miraba por encima del hombro, esperando no encontrarme

con ese rostro en la oscuridad del portal que me reduciría a un simple número más en las páginas de sucesos de la prensa local. Una película de terror inspirada en una crónica más que anunciada.

Su rostro se reflejaba en la parte interior de las ventanas cada noche. Era hora de correr las cortinas y bajar las persianas de la fortaleza. ¿Cómo podría sentirme protegida tras haber sido atacada en mi propio castillo? Cometí el error de volver a abrir las murallas y dejar entrar al caballo de Troya, que una vez más destrozó mi jardín, al punto de que no quedaba ni un ápice de tierra donde plantar.

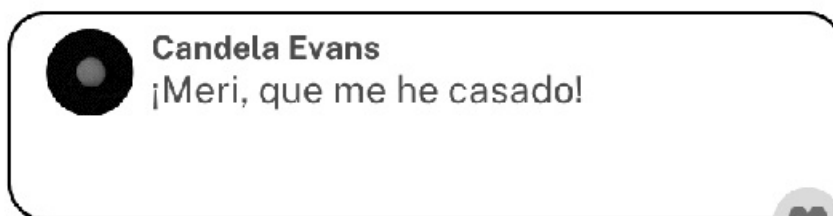
Durante las noches me perseguía su presencia, que viajaba conmigo como equipaje de mano y aparecía en sueños en forma de terror nocturno. Mi pánico, mi sufrimiento y el miedo reflejado en mis ojos eran su combustible, que le hacía acelerar más y más hasta el destino final, en el que siempre perdía yo. Se alejaba y volvía una y otra vez trayéndolo y llevandoselo todo consigo, acompañando el abandono sus puños cerrados y su mandíbula apretada. El castigo no había terminado. Continuaría...

Siempre continuaba, hasta que él decidiese que no. Y entonces ahí supe que no podía detenerle, no podía hacerle frente, no podía hacer más que rezar por tener suerte.

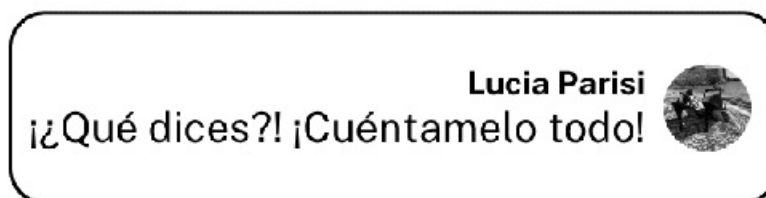
CAPÍTULO XXI y medio

H

abían pasado ya varios meses desde aquel episodio donde Candela apareció como una auténtica dragona defendiendo a la princesa del castillo, pero los dragones también cogían vacaciones. Marcaba su ausencia en el calendario con una X en Arial rojo en cada casilla.



Visto



Entregado

El sonido de su felicidad se escuchaba desde el otro lado del planeta. Se encontraba en la isla Mauricio disfrutando de unas vacaciones dignas de postal. No podía esperar hasta su vuelta para indagar en qué le había llevado a una persona tan libre como el viento a comprometerse en matrimonio. Mantenía desde hacía unos meses una relación abierta con Eimy. Mi curiosidad me llevó a pulsar el botón de videollamada.

—No seas ansias. Te lo contaré todo con pelos y señales cuando vuelva. Por cierto, riégame las plantas de la mesa de la oficina, y no derrames la tierra. Hala, se te acabó el duro¹⁹ —Así se despedía desde el continente africano.

Sentada en mi nuevo despacho de Kintsugi, miraba a través de la ventana el resto de edificios de Amberes. En cierto modo, sentía envidia sana. Hacía años que no cogía vacaciones, supongo que por no dejarle espacio y tiempo a mi mente para pensar. Estaba malacostumbrada a indagar en recuerdos que no eran aptos ni siquiera para el reciclaje. Isla Mauricio era un buen destino; de hecho, si fuese un país, podría ser ese perfectamente. Fue una isla abandonada en 1970 que cinco años después se convertiría en un importante enclave comercial y multicultural. Al fin y al cabo, en estos últimos meses habían pasado por mi vida numerosas personas con diferentes visiones y percepciones del mundo que me habían hecho abrir fronteras.

Echando la vista atrás, me había arrancado el cordón umbilical que me ataba a mi madre; también había me había deshecho de mis muletas emocionales. Ahora solo faltaba recuperar la confianza en mí misma. Decidí tomarme la tarde libre para indagar en por qué necesitaba la compañía de Candela para generar seguridad, así que agarré el bolso y me puse en marcha rumbo al parque, donde me sentaría a escribir en mi libreta un nuevo plan de energías renovables autosuficientes.

Empecé por el cómo trazando un plan de acción y una viabilidad, como si fuese a crear una nueva empresa. Pronto caí en la cuenta de que yo era mi nuevo emprendimiento y, por ende, mi proyecto más importante.

Tendí el mantel de mandalas rojos y me senté en el jardín del parque más cercano mientras recordaba las recomendaciones de mi psicólogo, que me enviaba a buscar las respuestas en el subconsciente a través de preguntas y respuestas instantáneas. Supongo que en el fondo yo ya sabía cuál era el camino correcto.

19 Expresión referida al agotamiento de saldo en una cabina telefónica que funcionaba con pesetas en España.

—Esta vez no traigo pícnic, pero, si me lo permites, me puedo sentar por aquí. —Mi cuerpo sintió un respingo al escuchar una voz tan familiar. Al levantar la vista encontré a Hugo.

—¡No me lo puedo creer! ¿Qué haces tú por Amberes? —Estaba tan sorprendida que tuve que abrazarle para cerciorarme de que era él en carne y hueso, y no el espejismo que veía en mis sueños desde hacía años.

—Fui a Nápoles a visitar a mi familia y me comentaron lo de la muerte de tu madre. La verdad es que lo siento mucho. Tu padre me comentó también que te habías mudado a Amberes y que acababas de inaugurar tu propia empresa. Lucia, ¿cómo has llegado tu sola hasta aquí?

—Pues la verdad es que no lo sé. Supongo que lo hago por inercia. —Mientras lanzaba mi reflexión al aire, sentía el calor de su abrazo.

—Me voy a quedar unos días por aquí y, ya que la razón principal de mi viaje es ver cómo estabas, pues me gustaría poder quedar contigo.

—Sí, claro. Por cierto, ¿cómo me has encontrado? He cambiado de número de teléfono.

—He pasado por Kintsuji y las chicas me han dicho que seguramente estarías por aquí.

—Te hago una llamada perdida y nos hablamos para quedar, ¿te parece? Yo esta tarde me la he tomado libre.

—Eso suena a *sushi* y aire fresco, ¿verdad?

—Eso suena a tres veces tú. —La tensión entre los dos se palpaba. Los sentimientos continuaban intactos. Como el techo de la Capilla Sixtina, nuestro amor era una obra de arte chapada a la antigua: que se conservaba aunque pasasen los años.

Me encontraba en casa mientras corría de un lado a otro del apartamento bajo la atenta mirada de Scooby y Kiwi. Ladeaban la cabeza de un lado a otro siguiéndome con la mirada, sin tener mucha idea de lo que estaba pasando, aunque el olor de mi chaqueta me delataba y les daba los motivos suficientes para hacerme un tercer grado.

—De verdad, es que nunca encuentro nada, debería ser más ordenada. ¿Cómo se me puede perder un tacón en mi propia casa? —Caminaba sobre el zapato izquierdo mientras el derecho iba apoyándose como podía en el suelo en busca de su pareja. Más o menos compartíamos esa noche el mismo objetivo.

Los perros estaban acostumbrados a escucharme hablar sola y responderme, como un eco hogareño al que ya no le ponían asunto. De repente, suena la campanita de WhatsApp, Hugo ya estaba con su coche debajo de mi apartamento, y yo sin haberme puesto el rímel. Me perfumé con tres toques de mi aroma afrutado (al diablo con el Chanel) y llamé al ascensor, intentando erradicar de mi mente la posibilidad de que pudiese quedarse atascado conmigo dentro. Así que decidí bajar por las escaleras. Esa noche no era un buen momento para tentar a la suerte.

—Buenas noches, princesa. ¡Estás espectacular!, como siempre. Aunque tengo que decir que has pasado de princesa a diosa del Olimpo. Me gusta esta versión de ti 3.0. —Hugo estaba asombrado de mi cambio, que iba más allá de un corte de pelo radical.

—Bueno, si la cosa va a ir de caballeros andantes, yo prefiero pedirme ser la dragona de Shrek.

—A ver, explícame eso.

—Pues, mira, la dragona protegía su castillo, era dura y machacona; pero luego se enamora del asno, con quien es cariñosa y maternal con sus crías de asno-dragón. Dejemos de ser tan convencionales.

—Voy a obviar que me has llamado burro gratuitamente. Venga, dragona, ponte el cinturón, que nos cierran la cocina del restaurante. —Con su mano derecha, me colocaba el cinturón, era una costumbre que mantenía desde el primer día que me subí a su coche. Era su forma de asegurarse de que estaba todo en orden y quedarse tranquilo durante todo el trayecto, sobre todo en aquellos tiempos en los que vivíamos en Nápoles.

Las últimas veces que había salido a cenar con algún hombre había terminado en un bar de chochos y moscas²⁰, pero, repasando la historia con Hugo, sabía que esa noche terminaríamos en un sitio tranquilo, poco abarrotado y elegante.

Aparcamos en La Trattoria di Firenze, un restaurante que nos evocaba tiempos pasados. Tras haber pedido la comanda, se hizo un silencio divertido, en el que competíamos a ver quién aguantaba más tiempo la risa.

—¡He ganado!, así que me quedo con la porción de *pizza* que tenga más burrata.

—¡Jope, eso no vale! Sabes perfectamente que me cuesta un mundo no reírme. Además, no me hables de la burrata, que todavía recuerdo aquel trágico momento en el que casi pierdo la vida en el baño del *camping* de Manarola.

Hacía bastantes años que, como plan romántico, se nos había ocurrido viajar hasta Cinque

Terre con el fin de cruzar todos los pueblos como senderistas experimentados. La ausencia de veteranía desembocó en que dejásemos alegremente la burrata al sol tras el almuerzo. Aquella noche, por seguridad, cerramos con candado la caseta de campaña por dentro.

De repente, mis tripas empezaron a crujir a mayor velocidad de la que yo podía buscar la llave para salir de ahí rumbo al baño compartido.

20 Canarismo. Establecimiento poco higiénico donde la puerta estaba flanqueada por una cortinilla con anilla de chocho y servía de contención a las moscas. Se utiliza esta expresión para definir actividades gastronómicas vulgares y cutres.

—Lu, ¿qué haces? Son las cuatro de la mañana. —Me ha sentado fatal la cena, me estoy muriendo, Hugo, de verdad. Ayúdame a encontrar la llave o terminaré rajando esta tienda, te lo juro.

Salí corriendo hacia el baño, donde pasé las peores horas de mi vida. Mientras, al otro lado del parking, un señor siciliano le preguntaba a Hugo si una chica llamada Lucia estaba con él.

—Sí, es mi mujer. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque está pálida en el suelo del baño a causa de una indigestión. Llévase esta mascarilla, le va a hacer falta.

Ese momento conformaba el top ten de los episodios más ridículos de mi vida y que más habían dado de qué hablar. Claro estaba que no era lo más propio para hablar durante una cena de reencuentro en un restaurante, pero las lágrimas no inundaban los ojos solamente de recordar cómo me encontré agarrada al secador de manos pidiendo un Fortasec.

—Bueno, esa fue solamente una de las veces donde viste la muerte de cerca. Yo aún tengo pesadillas con el oso. —Hugo continuaba recordando viejos tiempos que eran para reír y llorar de terror.

Nuestro último aniversario decidimos pasarlo en Islandia. La idea era romantizar la isla de tal forma que cada mañana amaneciéramos con una cascada frente a nosotros. Estaba claro que era poco viable, teniendo en cuenta que las zonas para acampar estaban delimitadas y un poco alejadas de las cascadas. Pero, como nosotros queríamos hacer nuestro sueño realidad y disfrutar de la magia de las auroras boreales, nos paramos cerca de Hvallátur.

Durante la madrugada empezaron a escucharse unos ruidos bastante extraños por fuera de nuestra caravana y una sombra que no me estaba gustando nada, así que decidí echar un vistazo por una de las ventanas delanteras.

—Hugo, despierta.

—¿Ya es de día?

—Hay un oso polar ahí fuera.

Me había quedado tan paralizada que aún tenía medio cuerpo sobre el freno de mano y el otro medio sobre el colchón de la parte de atrás.

—Lu, esos son tus terrores nocturnos. Ven, que te hago la cucharita y te duermes en un momento. Venga, ven al mejor lugar del mundo —mientras estiraba los brazos con la intención de que yo me acurrucase entre ellos.

—A un lugar mejor sí que nos vamos a ir, pero del zarpazo que nos va a dar este bicho. Hugo se despereza y se acerca lentamente hacia el cristal delantero, donde vemos una réplica de la nariz negra en forma de mora parecida a la de Scooby y Kiwi, pero con una dimensión desorbitada.

Después de unos minutos paralizados, se nos ocurrió buscar en Google «qué hacer si te encuentras un oso polar». Nuestras expectativas de salir con vida de allí acabaron cuando en la primera página de recomendaciones ponía «hacerse el muerto».

—Oye, pues muy bien. ¿Otra opción no hay?

—Aquí pone que le podemos tirar comida. De las sombras de anoche, nos queda polenta y tu especialidad de carne a la camping gas.

—Ningún problema. Yo le tiro la polenta que compramos en el supermercado, aunque seguro que no la quiere ni él. Venga, vamos a trazar la estrategia: tú te pones en el asiento de conductor, luego arrancas; yo, por mi parte, bajo la ventana, tiro la polenta, y aceleras como si no hubiera mañana. ¿De acuerdo?

—Lu, esto es una puñetera locura, y lo sabes.

—A ver, vamos a morir igual quedándonos aquí o huyendo. Por lo menos vamos a intentarlo, aunque, si quieres, lo invitamos a pasar cuando nos toque la puerta.

—No es momento para bromas, Lu.

—Tampoco lo es para quedarnos aquí debatiendo sobre cómo salvar nuestra vida.

Hugo y yo nos unimos como Troya contra Grecia, pero esperábamos no tener los mismos resultados y terminar como aquella ciudad. Aunque, si lo pensabas bien, los renacimientos no están nada mal, Roma era la Troya 2.0.

—Voy, ¿preparada?

—No me queda de otra.

El camarero nos devuelve a la realidad mientras nos sirve los postres. Había pasado muy buenos momentos con Hugo, aquellos recuerdos me producían una masturbación mental, tejían un puente con mi cerebro y mi corazón. Cabía la oportunidad de que se estrenase una segunda parte. ¿Estaría preparada para ello?

Al menos ya no me tiraba a piscinas sin agua de manera inconsciente; tampoco lo meditaba. Simplemente desde su partida no había llegado a sentir nada por nadie. Barajaba la posibilidad de que mi corazón hubiese dejado de latir o que no pudiese llegar a sentir algo más grande por otra persona que por mí misma.

Aun así, después de cenar acepté la propuesta de compartir la noche en su casa, sabiendo que automáticamente aceptaba la entrada en su cama.

Durante el trayecto en coche aparta su mano de mi rodilla izquierda y pulsa el botón de la pantalla, bajando el volumen de la radio.

—Lu, estaba deseando hacerte esta pregunta desde el principio de la cena. —Su voz entrecortada dejaba entrever su miedo por recibir una respuesta que no quería escuchar.

—¿Por qué te fuiste a Londres y a Bélgica en lugar de venirte conmigo a Suiza?

—¿Qué te parece si te respondo a esa pregunta mañana?

La claridad se colaba entre las cortinas, haciendo que poco a poco abriese los ojos acompañado de un entrecejo fruncido. Justo después de desperezarme encuentro una nota junto a una rosa blanca y zumo de naranja:

«Te he visto hacerle competencia al amanecer por la ventana»²¹. Tómate el zumo de naranja antes de que se vayan las vitaminas y tengas que salir corriendo detrás de ellas.

El mensaje de estilo cómico romántico me dibujó una media sonrisa en forma de V en mis labios mientras me imaginaba como un sargento dándole órdenes a las vitaminas. ¿Sentir esta tranquilidad era parte del amor sano? Estaba acostumbrada al drama y a las subidas y bajadas de una montaña rusa emocional construida desde 1989. Estaba claro que se estaba oxidando y habría que demolerla pronto, antes de que ella se derribase y acabase conmigo.

Busqué mi ropa esparcida por el suelo, que revelaba los secretos de la noche anterior. Me calcé, por último, los tacones de suela roja, cuya altura era proporcional a mi amor propio. Al salir del dormitorio, recorro las esquinas de su casa de alquiler, hasta que encuentro a Hugo teletrabajando en el estudio. Al mirarle desde la puerta, supe que todavía quedaba algo de verde donde plantar.

21 Algeet, E. (2013). Co-razones. Alas de mar y prosa. Ya lo dijo Casimiro Parker.

Me acerco a él, recordándole la pregunta que me había hecho en el coche la noche anterior. Me acerqué a su rostro y con un beso en la frente le dije:

—Solo te busco si yo siempre me encuentro.
FIN

Índice

CAPÍTULO I	9
CAPÍTULO II	13
CAPÍTULO III	17
CAPÍTULO IV	25
CAPÍTULO V	29
CAPÍTULO VI	31
CAPÍTULO VII	35
CAPÍTULO VIII	41
CAPÍTULO IX	49
CAPÍTULO X	55
CAPÍTULO XI	61
CAPÍTULO XII	65
CAPÍTULO XIII	73
CAPÍTULO XIV	77
CAPÍTULO XV	85
CAPÍTULO XVI	95
CAPÍTULO XVII	109
CAPÍTULO XVIII	113

CAPÍTULO XIX	119
CAPÍTULO XX	125
CAPÍTULO XXI	129
CAPÍTULO XXI y medio	133

